



EL BARCO DE VAPOR

William Camus
El fabricante
de lluvia



se

Pete Breakfast, un muchacho de once años, se siente el más feliz del mundo cuando «el fabricante de lluvia» lo acepta como compañero y ayudante. La fama de «el fabricante de lluvia» se extiende por toda Norteamérica. ¿Charlatán, curandero, mago? Es amigo de indios y blancos. ¿O... tal vez... sólo sea amigo de sí mismo? Nadie podía desentrañar qué se ocultaba tras su aureola de misterio. Ni siquiera Pete.

A partir de 12 años



William Camus

El fabricante de lluvia

**Serie Roja - 57 (El Barco de
Vapor)**

ePub r1.0

nalasss 19.07.14

Título original: *Le faiseur-de-pluie*

William Camus, 1974

Traducción: Guillermo Solana

Ilustraciones: Antonio Lancho

Diseño de cubierta: Antonio Lancho

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1



*Dedico este libro
a mi amigo Jacques Nigay,
que en su vida se topó
con tantos fabricantes de lluvia...*

ESTADOS - UNIDOS

A COMIENZOS
DEL
SIGLO XIX



OREGÓN

Stanton

Missouri

Cheyenne

Davenport

Mississippi

SAN LUIS

Wichita

MÉJICO

Lubbock

Golfo
de
México

Océano Pacífico

Prólogo

DURANTE el siglo XVIII, cuando Texas era todavía parte de México, y Oregón constituía aún una mancha en blanco en el mapa de los Estados Unidos, el país fue recorrido por evangelizadores de todo género: católicos, puritanos, baptistas, luteranos, cuáqueros, calvinistas, anglicanos, etc.

Jamás país alguno vio florecer al

mismo tiempo tantas religiones. Algunas estuvieron a punto de constituir un estado dentro del Estado. Los cuáqueros, que se llamaban a sí mismos los «ángeles», poseían su propio gobierno y sus propias leyes. Los mormones, que se autodenominaban los «santos», se hallaban dotados de un fuerte ejército.

Los misioneros de estas numerosas «Iglesias» desplegaron considerables esfuerzos para ganar adeptos a su causa. Semejante proselitismo acabó por crear un clima de devoción tal, que las creencias y las supersticiones llegaron al paroxismo.

Fue entonces cuando aparecieron algunos «inspirados» que se llamaron a sí mismos «predicadores». Aunque no eran ministros oficiales de ninguna Iglesia, aquellos exaltados no dejaban por ello de experimentar una intensa necesidad de difundir la «buena nueva». Unas veces apóstoles sinceros de una fe oscura, otras aventureros charlatanes o sencillamente granujas, aquellos predicadores recorrieron el gran territorio en todas direcciones, atizando el entusiasmo religioso ya reinante. Cada uno se creyó encargado de una misión divina y de ahí surgieron algunos abusos: en Salem se quemaron

«brujas» y en todo el país se linchó en nombre de una ideología que no era la misma para todos.

Después entró en escena un extraño personaje. Nadie podría decir si tenía un pacto con Dios o con el mismo diablo. Corrientemente llamado Dusthman o Comerciante de arena, la leyenda nos presenta a este hombre fabuloso, bajo el nombre de Fabricante de Lluvia.

El Fabricante de Lluvia no predicaba, sólo trabajaba para su provecho: curandero, hipnotizador, hechicero, exorcista, propiciador de la mala o de la buena suerte, los dones de

este hombre misterioso y temible se ejercían en todos los campos. Aureolado de su fama, utilizaba unos poderes sobrenaturales que para unos procedían del cielo, y para otros de lo más profundo de los infiernos.

Dios y Satanás a la vez...

Ese brujo de la joven América no siempre inspiraba respeto, sino que, con mayor frecuencia, provocaba miedo. A su paso, los malos escupían al suelo y los buenos se santiguaban. Las lenguas maldicientes murmuraban que el Fabricante de Lluvia debía sus conocimientos a los brujos pieles rojas.

Pero cuando se le necesitaba, se

aguardaba con ansia la llegada del hombre-milagro. En cuanto aparecía, se atendían sus más pequeños caprichos. Sin embargo, una vez cumplida su misión, todo el mundo se sentía aliviado al verle partir hacia otros horizontes.

¿Es que su saber resultaba demasiado vasto para la gente sencilla de la época? ¿O era inmerecida la fama del Fabricante de Lluvia?

1 Un final triste y un buen comienzo

YO TENÍA once años cuando murió mi padre.

El hecho de tener que entregar su alma a Dios en un establo de los arrabales de San Luis no parecía entristecerlo. Creo que mi padre, desde

su nacimiento hasta su último suspiro, no conoció nunca otro abrigo. Me parece que jamás puso los pies en la habitación de un hotel, y aún estuvo más lejos de contar con una verdadera casa.

En aquellos momentos se hallaba tendido en el suelo, cuan largo era, junto a un magnífico caballo roano que comía la paja que tenía ante sí.

Le creía dormido cuando, tendiendo el brazo, me atrajo hacia él. Con su voz de bajo me dijo:

—Escúchame bien, Pete Breakfast, se está muy a gusto en este establo y pienso que podría dormirme aquí para siempre.

Abriendo los ojos como con desgana, me miró durante largo tiempo, antes de añadir a modo de excusa:

—Ya lo ves, chico, he andado mucho en mi larga vida y me siento fatigado.

Al hablar de su larga vida supongo que mi padre se refería más a su aspecto físico que a su edad real. Tenía cuarenta y tres años, pero representaba sesenta.

He de decir que para entonces yo ya poseía una visión muy realista de las duras exigencias de la vida, y al oír las palabras de mi padre deduje, sencillamente, que tenía pereza.

Jamás habría podido imaginar que hablaba en serio.

Por todo lo que recuerdo, nunca había visto a mi padre hacer grandes gastos de energía. Era un personaje muy flemático. No se me ocurre otra palabra para calificarlo.

Como mi padre había vuelto a cerrar los ojos y ya no se movía, pensé que se había quedado dormido, pero siguió diciéndome:

—Cuando el Señor todopoderoso haya llamado a su paraíso a este pobre pecador que soy yo, tomarás esta Biblia que tengo aquí a mi lado. Será para ti, Pete.

Pareció que titubeaba antes de continuar:

—Sé que al abrirla te harás un montón de preguntas. Pero no descubrirás los méritos de este divino libro hasta haber vivido tanto como yo y haber conocido las vicisitudes de la vida. Entonces te ayudará, quizá, a elevarte hasta donde yo no he conseguido llegar...

Lanzó un largo suspiro y murmuró como si hablara consigo mismo:

—Te lo deseo, hijo mío... Sí, te lo deseo.

Aquella Biblia era para mí un verdadero misterio. Yo tenía sólo nueve años cuando él se hizo con el libro, pero recuerdo muy bien su adquisición.

Un día, al salir de un tugurio de Boston en donde acababa de perder, jugando, sus últimos dos dólares, me anunció entre sollozos que acababa de ver la luz; que hasta entonces había vivido en pecado, y que se sentía profundamente avergonzado. Entre los vapores del alcohol me reveló haber escuchado una voz interior que le murmuraba: «Jef Breakfast, hazte predicador del Señor y salvarás tu alma».

Después mi padre llenó el granero con sus ronquidos sonoros y durmió toda la noche el sueño de los justos.

Por la mañana pensé que habría

olvidado el incidente de la víspera. Pero ¡qué va! Jef Breakfast sacudió su traje para limpiarse las pajas y me dijo con una voz radiante que yo no le conocía:

—¡Vamos, en pie, muchacho, hoy tenemos trabajo! No podemos haraganear en este pajar; en la ciudad nos esperan asuntos urgentes.

Se hallaba poseído de una actividad febril cuando se volvió hacia mí:

—¿Tienes en algún bolsillo aquel peine que encontramos el año pasado en una calle de Chicago?

Al oír aquello me quedé estupefacto, y tuve que reconocer que algo había cambiado. Nunca hasta entonces había

reclamado mi padre un objeto de ese género. Por lo que yo podía recordar, la navaja, las tijeras, el jabón y el peine le resultaban totalmente desconocidos.

Sospechando que nuestra vida iba a dar un giro, me apresuré a hacer los preparativos consiguientes.

Cuando estuve dispuesto, y una vez que Jef Breakfast, a falta de peine, puso con los dedos un poco de orden en su cabellera, partimos hacia la ciudad a paso ligero, como si nos persiguiera el diablo.

Durante toda la jornada me arrastró a las casas de los prestamistas, peristas y usureros de Boston.

Por la tarde, mi padre estaba radiante: ¡había vendido su reloj y comprado una Biblia!

Ni una sola vez en el curso de aquella jornada me habló de comer. En consecuencia, yo experimentaba un agudo agujijoneamiento en el estómago. Desde hacía unos instantes me comía con los ojos el bulto que hinchaba el bolsillo de su chaqueta. Casi muerto de inanición, me decidí a preguntar:

—¿No tienes hambre, padre? Es muy tarde, ¿sabes? Desde ayer no has comido nada.

Sin aflojar el paso volvió su mirada hacia mí, frunciendo el ceño como si

hubiera dicho una barbaridad. Después sus ojos me observaron con más dulzura y respondió:

—¡Qué importa la hora, muchacho! ¿Qué es el tiempo que fluye en el reloj de arena, ante la eternidad que se le ofrece a nuestra alma? ¡Sin reloj, ya no hay tiempo!

Tras concluir esa frase pareció volver a la tierra, y añadió cariñosamente:

—Pete, no encontrarás el camino del cielo en el fondo de un plato.

Y después concluyó con desenvoltura:

—De todas maneras, tras la compra

de la Biblia, no me queda ni un centavo.

Avivó el paso y le oí murmurar:

—Comeremos mañana, hijo mío; sí, eso es, comeremos mañana.

¡La Biblia de mi padre tocaba a muerto por mi estómago!

Al llegar al granero, Jef Breakfast se sentó sobre una bala de heno y se puso a admirar su compra. Yo aproveché la ocasión para lanzar una mirada por encima de su hombro. La Biblia, causa de mis calambres estomacales, medía treinta centímetros de altura y quince de anchura. Era un libro muy grueso, su sólida encuadernación se veía en la sombra. Jamás había visto una Biblia tan

gruesa.

Tras sacar su cuchillo de una faltriquera, mi padre me dijo:

—Déjame solo un momento con el Libro divino, hijo mío, necesito leer todas sus páginas.

Me alejé extrañado, ya que mi padre no sabía leer ni escribir. Pero al cabo de dos largas horas, mi padre vino a reunirse conmigo. Su cara aparecía radiante, «iluminada interiormente», como él decía. El bulto de su bolsillo había desaparecido.

Tras aquella memorable jornada, anduvimos siempre sin un dólar. Durante dos largos años fuimos de pueblos a

ciudades, de ciudades a aldeas. Mi padre predicaba en cada ciudad con la Biblia en la mano. Sermoneaba en todas partes: en las plazas, en las granjas, en los vestíbulos de los hoteles, en los caminos, e incluso estando solo, de pie como un cirio, en mitad de los campos.

Si, por una parte, Jef Breakfast daba a conocer a los ignorantes la palabra de Dios, no dejaba, por otra, de ser un mortal inteligente y práctico: aspiraba a ganar con sus predicaciones refugio y alimento.

En su honor he de decir que mi padre condenaba los juramentos, las blasfemias y el tabaco, tanto el de fumar

como el de mascar. Varias veces le oí declarar a los ociosos que lo escuchaban con un buen pedazo de tabaco en la boca:

—¿Cómo queréis que el Señor todopoderoso admita en su Paraíso, tapizado como está con nubes blancas, a un asqueroso que no hace más que mascar y escupir por todas partes?

Para mostrar claramente su reprobación, blandía siempre su Biblia y subrayaba sus frases golpeándola repetidamente con la palma de la mano. Verlo resultaba muy impresionante.

He de decir que desde el asunto del tugurio de Boston, cuando se hizo la luz

para mi padre, jamás volví a verle beber. Al contrario, desde aquel día atacaba a los bebedores de alcohol y a su tez enrojecida, gritando a quien quería oírlo:

—No tenéis más que mirar las imágenes piadosas y veréis que los ángeles de Dios tienen siempre una cara pálida.

Los sermones del predicador nos proporcionaban a veces una cena y el refugio de una cuadra para dormir. En ese caso, la vida era maravillosa. Pero la «buena palabra» podía lograr también que nos persiguieran a botellazos cuando mi padre se empeñaba en

evangelizar a los descreídos; sobre todo cuando se empeñaba en predicar en un *saloon* de Pecos, donde los *cowboys* de Texas bebían de firme, y en manera alguna les gustaba que nadie fuera a predicarles templanza.

Un día, toda una banda de energúmenos la emprendió con nosotros a escobazos. Mi padre, subido sobre un barril de melaza, afirmaba desde hacía más de una hora que no se debía jurar, porque las palabrotas abrían de par en par las puertas del infierno. De pronto, la tapa del barril cedió bajo sus pies; mi padre desapareció en la melaza lanzando un estentóreo juramento.

Nunca supe si la causa de nuestra precipitada huida fue la melaza perdida o el sonoro juramento que lanzó mi padre. Por respeto hacia el predicador, jamás le formulé la pregunta.

Algunas veces, cuando mi padre hacía llorar con su sermón a las damas de la población, varias acudían posteriormente a pedirle consejo para empezar, a partir del día siguiente, una vida mejor. Y si se encontraba apurado ante una pregunta, se aislaba con su Biblia y, al cabo de unos instantes, regresaba con el rostro transfigurado, «iluminado» interiormente, y siempre con la respuesta oportuna. En el mejor

de los casos aquello nos valía una gallina o un cochinito.

He de reconocer que aquella famosa y gruesa Biblia me hechizaba. Un libro que poseía el don de iluminar a un hombre que no sabía leer era, a mis ojos, un objeto casi milagroso.

En diferentes ocasiones pedí a mi padre permiso para consultar el Libro sagrado. Pero siempre me daba la misma respuesta:

—Ya te llegará la hora, muchacho. Eres demasiado joven y no entenderías nada.

Sí, todos aquellos momentos quedaron grabados en mi memoria y

entonces los revivía como si hubieran sucedido ayer.

Pero he aquí que mi padre parecía salir de su somnolencia; se enderezó sobre un codo y me pidió:

—Méteme tras la espalda esta bala de paja para estar a gusto; ha llegado el momento de confiarte un secreto.

Hice lo que me pedía. Tosió para aclararse la garganta y habló lentamente:

—Pete, en varias ocasiones me has preguntado por tu madre, a la que no conociste nunca. Ahora que ya eres un hombre debo decirte la verdad: tu madre era una mujer encantadora, rebotante de cualidades. Lo malo, chico, es que me

topé con ella en una tribu india en algún lugar del noroeste del país. ¡Oh! No vayas a avergonzarte de tus orígenes, a aquel campamento indio no le faltaba detalle. Pero lo malo es que tu madre era entonces la mujer del jefe. Al nacer tú apenas tuve tiempo de cogerte y huir contigo para salvar la vida. Has de entender, Pete, que un bebé indio, pelirrojo como yo, habría despertado sospechas. Y tuve que abandonar a tu madre, que prefirió quedarse con los suyos.

Mi padre calló durante unos instantes y suspiró entre dientes:

—Desde luego, tu madre era muy

bella. Se llamaba Wa-Hu-Wa-Pa. En la lengua de aquellos pieles rojas eso significa «Oreja de Cuerno». Tu nacimiento nos causó una gran alegría.

Parecía sumido en sus pensamientos, pero se repuso y continuó con voz más alta:

—Cuando mi alma haya ascendido al cielo, te quedarás con mi Biblia y mis tirantes, porque los tuyos no valen gran cosa.

Se deslizó sobre la paja mientras añadía:

—Ahora ha llegado el momento de preparar mis cuentas con el Señor. ¿Sabes, Pete? Incluso allá arriba es

necesario un tira y afloja para obtener un sitio no demasiado lejos de Dios. Déjame ahora, muchacho. Para este tipo de diálogo vale más estar solo con los ángeles.

Me alejé sin entender muy bien el sentido de aquellas frases. Pensé largo tiempo en mi madre, aquella piel roja de nombre Oreja de Cuerno, pero no conseguía imaginármela.

Reflexioné durante tanto rato que no me di cuenta de que el sol llegaba ya al horizonte. A mis espaldas, en el granero, mi padre debía de estar haciendo todavía sus cuentas, y decidí ir a ver por dónde iba.

En cuanto empujé la puerta lo vi en la posición en que lo había dejado. Su rostro ya no estaba iluminado interiormente. Jef Breakfast había entregado su alma a Dios.

Para mí, en aquella época, la muerte formaba parte de los incidentes normales de la vida. Oía hablar de ella a cada momento, porque en ese rudo país la gente moría con más prisa que en cualquier otro lugar.

Me adelanté y, tomando entre mis manos la preciada Biblia, la estreché contra mi corazón. Me alejé inmediatamente y no tuve valor para quitarle los tirantes a mi padre. Alguien

se ocuparía de hacerlo en mi lugar.

Las personas que nos albergaban en su granero se encargaron del entierro. Es decir, que el hombre excavó un enorme agujero en el fondo de su huerto y la mujer rezó una oración.

Aquella gente era muy amable. Me propusieron que me quedase a trabajar en la granja. Me negué en redondo. Ahora que me hallaba en posesión de aquella Biblia me sentía otro hombre. Además, prefería alejarme del lugar en donde había oído hablar de mi madre por primera y última vez.

Di cálidamente las gracias a aquellas buenas personas y partí en

dirección a San Luis, con mi grueso y santo Libro bajo el brazo.

No me vais a creer, pero todavía no me había atrevido a abrir mi Biblia. Se hallaba para mí tan cargada de misterios que me inspiraba un enorme sentimiento de temor. Sin embargo, cuando divisé por fin las primeras casas de los arrabales, me decidí a echar un vistazo a las Sagradas Escrituras. Me senté al borde del camino y coloqué el libro sobre mis rodillas. Tan recogido como en el entierro del predicador, respiré hondo y levanté delicadamente la tapa de cuero.

¡Me quedé estupefacto!

Todas las páginas de la Biblia estaban pegadas y en su interior habían recortado un hueco. ¡La Biblia divina contenía... un frasco vacío de güisqui!

Apenas repuesto de mis emociones, fui presa de una súbita rabia. ¿Por qué estrellé con fuerza el frasco contra una piedra? Me sería imposible decirlo; pero el caso es que corrí como un loco hacia las casas que distinguía en la lejanía; corrí como quien huye ante un peligro.

A cada zancada sentía el grueso Libro bajo mi brazo. A pesar de mi decepción no había podido decidirme a arrojar aquella Biblia del pecado.

Viví un año en San Luis. No faltaba trabajo en aquella ciudad populosa y, de una forma o de otra, cada día encontraba con qué alimentarme y en donde alojarme.

Pero no vayáis a imaginar que San Luis era por aquel entonces un paraíso. Mi primer patrono fue el viejo y tacaño señor Kisby. Me contrató a razón de un dólar por mes, con comida, alojamiento y lavado de ropa incluido. El tío Kisby, como todo el mundo lo llamaba, alquilaba caballos. Poseía un increíble número de sillas y arneses que cada día me hacía encerar y lustrar. ¡Y puedo juraros que el tío Kisby se cuidaba de

que brillasen sus cueros! Vigilaba muy de cerca mi trabajo.

¡Al final del primer mes noté, horrorizado, que mi trasero casi se salía por el fondo gastado de mi pantalón! Reclamé, por tanto, el dólar que me debía, para comprarme otro.

El señor Kisby dijo que nuestro contrato estipulaba que mi sueldo me sería entregado al final de cada trimestre y que, en consecuencia, tendría que esperar todavía un par de cortos meses. No veía cómo los meses del señor Kisby podían ser más breves que los demás y pregunté la razón a la señora Kisby. Ésta eludió la cuestión,

respondiéndome que era una manera de hablar para recomendar paciencia a la gente. Me dijo también que «atendería mi pudor» y que «salvaría mi dignidad» echándole un remiendo a mi pantalón.

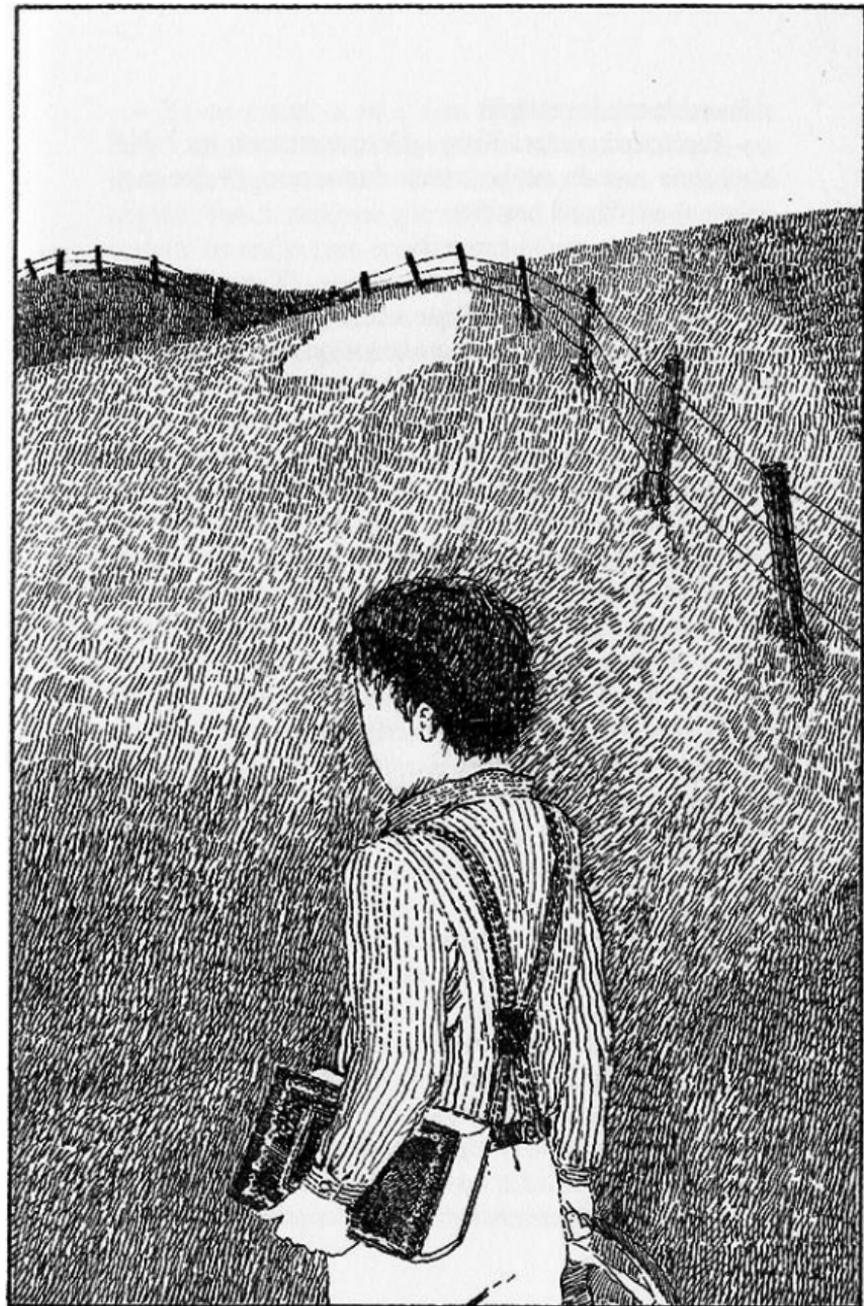
Como el tejido que empleó era tan fino como la muselina, al final del segundo mes mi problema seguía siendo el mismo. La señora Kisby se molestó mucho, me dijo que lo desgastaba desconsideradamente porque trabajaba demasiado tiempo sentado.

—Con un puesto como el que te ha proporcionado el señor Kisby, con sueldo y derecho a comida, alojamiento y lavado, podrías demostrarle tu

agradecimiento trabajando más.

Por más que le dije que, habida cuenta de mi pobreza, me resultaba indiferente tener derecho a la colada, ya que jamás lavaba ropa alguna, no quiso saber nada y afirmó:

—Esa cláusula está en tu contrato, no podemos hacer nada para cambiarla.



Fuera de mí, le repliqué:

—Perdóneme, señora Kisby. ¿De qué contrato me habla? Me habría costado mucho trabajo firmar uno, ya que ni siquiera sé escribir mi nombre.

Ante este argumento enrojeci.

—Pequeño impertinente —me gritó—. ¿Y es que para ti no cuenta el contrato moral que tienes con nosotros? ¿O es que eres uno de esos seres sin honor que reniegan de sus compromisos sin hacer caso de quienes se sacrifican por ellos?

Aquello fue demasiado. La misma noche recuperé la Biblia que había escondido sobre una viga de la cuadra y

me fui al otro lado de la ciudad sin reclamar lo que se me debía.

Tuve que contentarme con imaginar los excelentes manjares que me habría comido si hubiera tenido mis dos dólares en el bolsillo.

Tras esa aventura trabajé algún tiempo en *El 3 de picas*. Mi cometido en el *saloon* era de lo más simple: hacia las dos de la mañana mi patrono, el señor Bob Morans, añadía agua al güisqui, y era yo quien iba a llenar los cubos. El señor Morans decía que a partir de medianoche sus clientes perdían toda noción del gusto. Como era un trabajo nocturno, ganaba cinco

centavos por cada cubo.

Aquello complementaba mis actividades diurnas. Por la mañana barría la sala, vaciaba las escupideras y los ceniceros y lavaba los vasos. Por la tarde sacaba brillo a los objetos de cobre y ordenaba las sillas. Por aquel trabajo, el señor Morans me había prometido dos dólares al mes. ¡Añadido a mis cubos de agua a cinco centavos, aquello era una verdadera fortuna!

Eso fue al menos lo que creí al principio. Pero una noche en que acababa de sacar un cubo del pozo, me vi rodeado por tres hombres borrachos. Uno de ellos gritó:

—Ya me parecía a mí que en *El 3 de picas* ese descreído de Morans hacía chanchullos con el alcohol. ¡Así que, pequeño sinvergüenza, eres tú el cómplice de este vergonzoso engaño! Tan cierto como que me llamo Ben Moor que voy a cortarte las orejas para enseñarte a ser honrado.

Estaba aterrado, y todo mi cuerpo temblaba mientras los otros dos animaban con sus voces a Ben Moor.

—¡Sí! Muy bien, Ben, ponle las orejas puntiagudas. ¡Demonios, hazle orejas de coyote para que nos divirtamos un poco!

Presa del pánico, solté mi cubo y

desaparecí sin dejar rastro. Ya lejos, oí todavía sus risas estridentes. Me juré no volver a poner los pies en *El 3 de picas*, ni siquiera para pedir al señor Morans el dinero que había ganado.

Tras aquellos sinsabores desempeñé varios empleos más.

Con un barbero me encargué de enjabonar los mentones de los clientes, antes de que el patrono pasara la navaja. Era yo también quien le tendía sus largas pinzas cuando extraía una bala del cuerpo de un paciente. Pero este último aspecto de la profesión me hizo abandonar el puesto: ¡me horrorizaban los gritos y los gemidos! De allí pasé a

trabajar en un bazar en donde ponía el petróleo en bidones para su venta al por menor. Pero aquel empleo fue de corta duración. El patrono se negaba a proporcionarme un embudo, y el petróleo empapaba mi ropa. Allí por donde iba, la gente me evitaba, tan impregnado estaba de aquel horrible olor.

Hacia el final del año, cuando llegaron de Boston unos carrromatos rebosantes de irlandeses, fui contratado por Poping y Poping, los exportadores de algodón. Los dos hermanos Poping, Joe y Gustavo, me ofrecieron un empleo de contable en los muelles. Como yo

sabía leer, pero no escribir y contar, trazaba un palote sobre una hoja de papel cada vez que veía pasar ante mí una bala de algodón. Según Joe Poping, me convertí en poco tiempo en su mejor contable.

Era una existencia de ensueño.

Me ganaba tan bien la vida que, tras el primer trimestre, conseguí comprarme un pantalón, un cortaplumas, unos zuecos y una vela. Así ya no me veía obligado a vestirme a oscuras antes del amanecer.

Me gustaba mucho el estado de Misuri. Me encantaba el gran Misisipi. No me cansaba de ver maniobrar durante horas a los grandes barcos de

ruedas, que escupían humo por sus altas chimeneas. Las ruedas, al remover el agua del gran río, hacían estallar millares de perlas que brillaban al sol. Las largas estelas cortaban como hojas de cuchillos las aguas amarillentas. Y las sirenas, anunciando las maniobras, se imponían a los demás ruidos de los almacenes portuarios.

En uno de esos barcos llegó un día el hombre que iba a cambiar mi vida.

Aún estábamos en mayo, pero hacía ya mucho calor para esa época del año. Era mi día libre. Soñaba despierto, encaramado en lo alto de una montaña de balas de algodón. Entonces se perfiló

sobre el agua un barco enorme y blanco que no conocía. Al aproximarse, un hombre gritó a otro:

—Es el *América*, que viene de Davenport, en Iowa.

La roda rompía el agua formando dos chorros plateados.

La nave estuvo muy pronto cerca de su malecón de desembarco, en el que se agitaba la multitud. Los marineros arrojaban ya al muelle las sogas de cáñamo que los obreros del puerto sujetaban a los postes de amarre. En los puentes del navío, mujeres que lucían vestidos de tonos pastel hacían girar sus sombrillas, y hombres de trajes claros

iban y venían haciendo gestos con los brazos.

La campana de a bordo repicó: el capitán hacía saber que el barco estaba en el muelle. En cuanto se lanzó la pasarela, todo el mundo se precipitó para saludarse y abrazarse cordialmente.

Mucho antes de que el barco llegara al muelle, yo había reparado en una mancha oscura que resaltaba entre las ropas claras de los pasajeros. Un hombre acodado en la batayola del puente superior observaba imperturbable el barullo de la llegada. Era alto y bien constituido. Lo que atraía sobre todo la atención en su cara eran

sus ojos oblicuos, que enmarcaban la parte superior de una nariz como el pico de un águila. Sus pómulos eran salientes, y su piel estaba bronceada como la de los tramperos, quemada por el sol de las llanuras del noroeste. No debía de ser el primer viaje de aquel coloso.

Cualquiera habría esperado que un hombre como aquél llevara bigote y barba como exigía la moda. Pero no era así. De su negro sombrero semiesférico y de anchas alas escapaban unos cabellos color de miel que caían sobre sus hombros. Su traje era igualmente negro, a excepción de un chaleco de brocado rosa que ceñía su torso. En

torno a su cuello tostado había anudado, a guisa de corbata, un cordón de cuero de cuyos extremos se balanceaban dos bolas de metal amarillento.

Aquel hombre contrastaba extrañamente con los demás pasajeros, por su calma, su indumentaria y por la fuerte sensación de personalidad que emanaba de él.

Era con seguridad un personaje impresionante, a la vez temible y atrayente.

En cuanto el barco llegó al muelle, estuvimos tan sólo a una decena de metros uno del otro. Instintivamente debió sentir mi mirada fija en él; alzó la

cabeza lentamente y sus ojos se clavaron en los míos durante un breve instante. Tuve tiempo para distinguir, entre sus párpados semicerrados, dos ojos de un azul tan pálido que habría podido pensarse que eran blancos.

El hombre que había reconocido el *América* gritó a su camarada:

—Eh, Flitz, mira quién está allá arriba, en el puente superior. Te apuesto diez dólares contra una de tus botas a que es Gaho, el Fabricante de Lluvia.

No entendí la respuesta. Aquel nombre, *el Fabricante de Lluvia*, había hecho mella en mí. Volví la cabeza hacia los dos hombres que acababan de

hablar: observaban con fijeza al increíble personaje que continuaba acodado en la batayola. Le hicieron señas con las manos. Me pareció que el hombre fingía no verlos.

El hombre de negro se volvió, recogió del suelo un enorme saco de lona, se lo echó negligentemente al hombro y, como un rey, bajó por la pasarela. Ya en tierra, se afirmó sobre sus dos largas piernas. Sus fosas nasales palpitaron como las de un perro de caza. Con un movimiento circular de los ojos inspeccionó a su alrededor. Después se volvió hacia mí súbitamente y, con paso seguro, se me acercó. Tuve la impresión

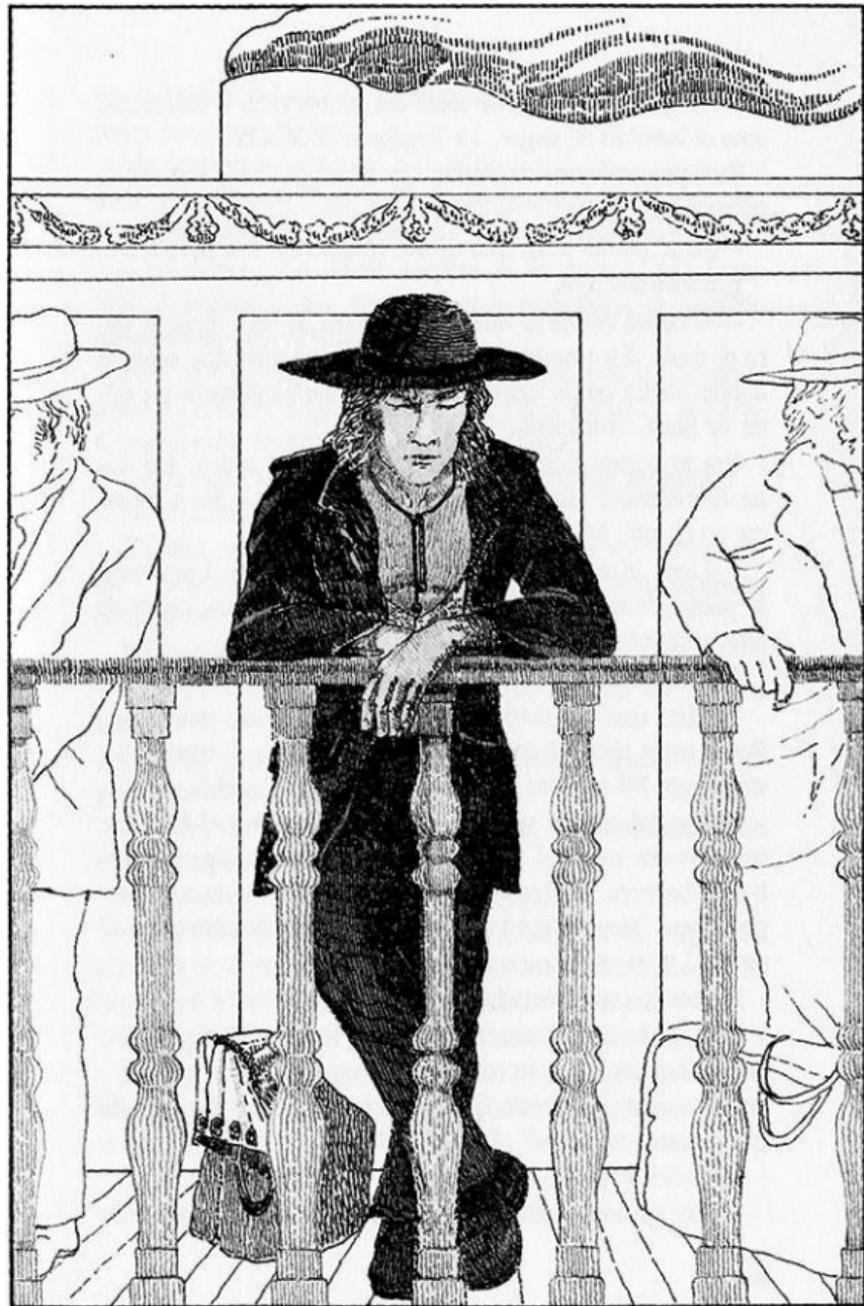
de que deseaba evitar a los dos hombres que le hacían señas.

Mi corazón parecía a punto de estallar.

Al llegar al pie de mi montaña de algodón, me interpeló sin titubear:

—¡Eh!, chico, ven aquí, Me parece que voy a necesitar tus servicios.

Aquella voz, Dios mío, me produjo un curioso efecto. Era dulce y firme, grave y silbante. Aquella voz parecía capaz de cortar como un sable, y también de consolar a un bebé asustado. Y, para que todavía fuera mayor su originalidad, advertí en ella un ligero acento extranjero.



Descendí de mi atalaya como un mono y fui a colocarme ante el hombre de negro. Le llegaba a la cintura.

Tosí para adoptar la actitud que convenía ante semejante personaje.

—¿Qué puedo hacer por usted, forastero? —le pregunté.

Entornó sus ojos.

—Necesito comprar varias cosas antes de salir mañana para el oeste. En primer lugar, preciso de un guía que sepa en dónde puedo hallar buenas mulas. ¿Quieres ganarte un dólar de plata, muchacho?

Era al mismo tiempo una invitación y una orden. Un dólar centelleante saltó

con presteza de su mano y fue a aterrizar en la mía. Me apresuré a responder:

—Tiene usted suerte, forastero. Conozco San Luis como la palma de mi mano, y si desea buenas mulas soy capaz de encontrarle las mejores de Misuri.

Entornó de nuevo los ojos y esbozó una ligera sonrisa:

—Basta con que sean las mejores de San Luis, muchacho. Pero ten la bondad de no llamarme forastero si quieres ser mi amigo. Mi nombre es Gaho. No lo olvides, ¿eh?

Había comenzado su frase amablemente, pero el final fue tan cortante como el filo de la navaja de mi

antiguo patrono, el barbero. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. Aquel hombre acababa de aludir a una posible amistad entre él y yo. ¿Cómo podía ser eso?

Me sentía muy excitado.

Para darle una buena impresión y mostrar al extranjero que tenía educación, le contesté:

—De acuerdo, señor Gaho, no lo olvidaré. ¿Por dónde quiere usted empezar? ¿Por las mulas?

Me miró de arriba a abajo.

—¡No! ¿Cómo pretendes que inicie grandes negocios con un individuo del que ni siquiera conozco el nombre?

¡Empieza por presentarte!

Me sentí muy halagado. Era la tercera persona, junto con los dos hermanos Poping, en considerarme en mi justo valor. Le tendí la mano, diciéndole muy seguro de mí mismo:

—Es cierto. ¿En dónde tendría yo la cabeza? Me llamo Pete Breakfast, y soy contable en la Compañía de algodón cuyos almacenes ve usted aquí.

Tras una rápida mirada a los cobertizos que le indicaba, tomó mi mano y empezó a sacudirla enérgicamente. Me sentí conmovido. Su rostro expresaba simpatía.

—Pues ahora eres mi guía, Pete.

¡Vamos por las mulas!

En el camino me preguntó:

—Dime, chico, ¿de dónde has sacado un apellido como ése? Breakfast... ¿Quiere eso decir que tienes hambre constantemente?^[1]

Me quedé de una pieza ante semejante observación.

—No, señor Gaho, es el apellido que me legó mi padre al morir.

Pero no queriendo romper aquella reciente amistad, le sugerí vivamente:

—Mire, si ese apellido le desagrada, puedo cambiármelo inmediatamente.

El hombre de negro pareció

contrariado.

—Pues claro que no, chico. Ese apellido te va muy bien. Cuando se tiene la suerte de poseer un verdadero apellido es preciso hacer lo posible por conservarlo siempre.

Creí advertir en sus palabras un rastro de tristeza.

En cuanto nos pusimos en marcha adopté el paso firme de los marinos del puerto: manos en los bolsillos, largas zancadas, hombros que marcaban el ritmo, la barbilla alta; así los veía comportarse cuando escrutaban el horizonte.

Atravesar la ciudad con el señor

Gaho era ser objeto de todas las miradas. Aunque no hiciera nada por llamar la atención, toda la gente se volvía a su paso. Destacaba como una gruesa judía roja en medio de un plato de arroz. Sin embargo, caminaba con normalidad, aparentemente inconsciente del interés que suscitaba. A fin de cuentas, creo que el atractivo de aquel hombre residía precisamente en su indiferencia.

Yo me sentía muy orgulloso de hallarme en su compañía. Hinché el pecho como un pavo en época de celo.

Interiormente, aquello me divertía mucho, porque yo tenía un plan. Llevaba

al señor Gaho a comprar mulas a casa de mi antiguo patrono, el tío Kisby, el que alquilaba caballos. ¿Qué efecto le produciría verme llegar con el hombre de negro? Le mostraría mi éxito al viejo tacaño. Tenía que saberlo.

Durante el trayecto, el hombre de negro apenas miró hacia los costados una o dos veces. Nada parecía interesarle en San Luis, de todo lo que le rodeaba. Al llegar ante las cuadras de Kisby, solamente me preguntó:

—¿Es aquí?

Le respondí llamando:

—¿Está usted ahí, señor Kisby? Soy Pete Breakfast. Vengo con un amigo a

comprar mulas.

Kisby se asomó por la puerta, parpadeando a causa del sol. Llevaba los anchos tirantes deshilachados de color malva que ya le conocía. Su gruesa y peluda verruga seguía adornando su frente.

El señor Gaho puso su mano sobre mi hombro y, sin que se moviera un solo músculo de su cara, dijo:

—Tal como mi amigo Pete acaba de decirle, buen hombre, queremos dos buenas mulas, porque mañana al amanecer nos vamos hacia el norte.

Deduje que el señor Gaho había cambiado sus planes.

El tío Kisby se frotó las manos y llamó a su mujer:

—Leonie, ven aquí. Hay dos clientes y necesito que me eches una mano.

Ella no había cambiado. Seguía teniendo un gesto contrito de perro apaleado. Leonie inspeccionó largamente al hombre de negro y al verme a su lado pareció estupefacta.

El tío Kisby se mostró empalagoso:

—Mira quién está aquí, Leonie. Es nuestro viejo amigo Pete que viene a comprarnos mulas con un señor. Vete pues a buscar las que guardaba para mí. Están en la cochera.

Como no había pronunciado una

palabra todavía y parecía atónita, su marido la sacudió.

—Vete, mujer. Ya verás, son dos mulas grises con manchas blancas.

Y después, volviéndose hacia nosotros, prosiguió:

—Ya saben ustedes que en estos tiempos las mulas no se regalan precisamente. Es a causa de los irlandeses, que vienen de todas partes y pujan para conseguirlas.

Si el tío Kisby intentaba convencerle, le salió el tiro por la culata. El hombre de negro le cortó:

—¡Eso es mentira! Todo el mundo sabe que los irlandeses que llegan a este

país no tienen un centavo.

Kisby se quedó mudo, sólo pudo articular un «¡Ah!, bien», pero se recobró muy pronto:

—De todas maneras son las mejores mulas de San Luis; por esta razón considero que me será imposible vendérselas por menos de diez dólares las dos.

Los ojos de mi amigo chispearon.

—Le pagaré quince dólares si me conviene. Sepa, señor Kisby, que yo no regateo jamás, compro siempre las cosas a su justo precio.

El viejo Kisby no sabía qué hacer, y yo me sentía tan desconcertado como él.

Entonces apareció su mujer para salvar la situación. Tiraba de dos pencos. Sin gran convicción, manifestó:

—Vea qué buenas son, fuertes, jóvenes y de buena planta.

El señor Gaho apenas las miró. Declaró secamente:

—Están cerradas de patas, asmáticas y mal alimentadas. Estas mulas, señor Kisby, no valen más de tres dólares cada una, y usted lo sabe. Mi precio será de seis dólares por las dos. O lo toma o lo deja.

El señor Kisby optó por vender, pero no sin lamentarse. El hombre de negro había ido directamente al grano

con su desenfado tan personal.

Puesto que se hablaba de dinero, aproveché la ocasión que se me brindaba para deslizar en la conversación:

—Oiga, señor Kisby, eso me recuerda que todavía me debe dos dólares de cuando trabajaba a su servicio. Si tiene la bondad, podría dármelos ahora. Mis proyectos me ocasionan en la actualidad grandes gastos, y temo hallarme escaso de dinero.

Por segunda vez, el dueño de los caballos se quedó estupefacto. Recobrado por fin de su sorpresa, dijo:

—Pues claro que es cierto. Hasta ayer había olvidado completamente esa pequeña deuda.

Y tomando por testigo a su mujer, añadió:

—¿No es cierto, Leonie? Ayer mismo comentábamos que para nuestra conciencia era cosa urgente saldarla.

Y advirtiéndole que el señor Gaho lo miraba con dureza, añadió:

—Ven por aquí la semana próxima, mi querido Pete, y arreglaremos las cuentas.

No habiendo previsto esta salida, me quedé desconcertado. Pero oí que el hombre de negro decía detrás mío:

—¿Por qué dejar para más tarde una cosa que puede usted arreglar hoy, señor Kisby? Dentro de ocho días Pete estará en el norte. Es ahora cuando necesita ese dinero.

Aquellas palabras pronunciadas con una voz helada, suave pero imperativa, produjeron su efecto en el alquilador de caballos, que observó el rostro enigmático del señor Gaho. No pudiendo leer nada en él, el tío Kisby farfulló:

—Desde luego, desde luego. ¿Cómo no habíamos pensado en eso? Leonie, entrega, pues, dos dólares al señor Pete.

Leonie, desfigurada por el estupor,

fue a buscar las monedas de plata. Las añadí a las que ya se encontraban en el fondo de mi bolsillo. Era el comienzo de mi fortuna.

La expresión del señor Gaho cambió súbitamente. Hasta entonces me había parecido unas veces severa y otras impenetrable. Ahora parecía tranquilo y sonreía ampliamente.

—Vamos, buen hombre, no quiero que pierda dinero. Va usted a venderme dos aparejos para las mulas, sillas y cinchas. En fin, todo lo que hace falta para equipar convenientemente a nuestras bestias.

Abriendo su enorme saco, el señor

Gaho sacó una bolsa de piel, cerrada con un cordón de cuero.

—Dígame, señor Kisby, ¿puede proporcionarme, además, provisiones para el camino? Víveres para dos personas durante un mes y los productos que encontrará en esta lista.

Al decir esto le mostró un papel cubierto por una escritura fina y, también, cinco monedas de oro con el águila mexicana. ¡Eran tan gruesas como platos!

Decididamente, me había topado con un hombre de gran fortuna.

Los ojos del alquilador de caballos chispearon, y la cara de su mujer reflejó

la mayor sorpresa. A partir de entonces todo fue «señor Gaho por aquí y señor Pete por allá». Tuvimos también derecho a mil reverencias.

—Pidan, señores, y yo obedeceré — susurró el viejo Kisby.

Y añadió incluso:

—Aquí el cliente es el rey, y tiene derecho a toda nuestra devoción.

Mi amigo afirmó satisfecho:

—¡Eso está muy bien! He aquí mis órdenes, respételas al pie de la letra y no saldrá perdiendo. Señor Kisby, yo sé recompensar la buena voluntad.

El hombre de negro explicó que quería que las mulas estuvieran cargadas

y dispuestas para partir aquella misma noche a las diez en punto. Señaló una barra en donde debía atarlas. Así, al amanecer, no tendría más que pagarle y emprender el camino. El señor Kisby juró que todo estaría dispuesto. Satisfecho, el señor Gaho se metió su bolsa de piel en la cintura y me tomó por el hombro.

—Vamos, Pete, ahora tenemos que ir al banco a retirar el dinero necesario para nuestro gran viaje.

Al alejarme me pareció oír a alguien hipar tras de mí. Debía ser el señor Kisby que se reponía de sus emociones. Por mi parte, yo me sentía en un mundo

irreal y tenía la impresión de flotar entre nubes.

Cuando nos alejamos de la casa del señor Kisby, pregunté al hombre de negro:

—¿A qué banco quiere usted que le lleve, señor Gaho? Tenemos varios en San Luis.

Me anunció alegremente:

—No iremos a ninguno, muchacho. Tenemos dinero suficiente para nuestro viaje.

Después de que le hubiera manifestado mi sorpresa, me puso al corriente.

—Mira, Pete, el señor Kisby es un

hombre ladino que sólo atiende a sus intereses. Si le mostré mi oro y hablé del banco era para hacer nacer su confianza. Éste es el secreto del éxito en los negocios.

Entornó los ojos y afirmó:

—¡Pete, a esto se le llama arreglar las cosas!

No dudé ni un instante de la importancia de tales arreglos. Entonces, el señor Gaho dijo que tenía mucha hambre. Como no estábamos lejos de *El 3 de picas*, decidí dar un pequeño rodeo. Era mi día de suerte. ¿No podría recuperar el dinero que me debían todavía en el *saloon*?

El 3 de picas no era un restaurante, pero a partir de las seis de la tarde servían cenas ligeras. Allí se daban cita los viajantes de comercio. El señor Morans afirmaba que aquellas gentes tenían constantemente hambre y sed. Por la noche, cuatro bailarinas vestidas a la moda de París danzaban sobre un pequeño escenario a los acordes de una pianola llegada de Inglaterra.

En cuanto traspasamos las puertas comprendí que no recuperaría mi dinero.

El *saloon* había cambiado de propietario.

Sólo más tarde supe lo sucedido. Tras mi partida, Bob Morans había

contratado para reemplazarme a un viejo borracho. Éste, una noche en que había bebido más de la cuenta, decidió no mezclar el güisqui con agua, sino darle fuerza con el petróleo de las lámparas de alumbrado. Se trataba, por lo visto, de una antiquísima receta escocesa destinada a envejecer los alcoholes jóvenes, mejorándolos. Los clientes descubrieron el truco. Estalló una monstruosa pelea entre los que estaban a favor de la mezcla y los que se oponían a ella. En medio del barullo, el señor Morans acabó por recibir una mala cuchillada. Restablecido de su herida, fue a instalarse a Texas. En aquel estado

los *cowboys* eran menos puntillosos que las gentes engoladas de Misuri.

El nuevo propietario de *El 3 de picas* se llamaba O'Donelly. Era un hombrecillo regordete de rostro colorado. Vestía un pantalón gris a rayas azules y una camisa blanca con chorrera. Al primer vistazo había dos cosas que llamaban la atención en la persona del señor O'Donelly: un enorme revólver en una funda de cuero que colgaba sobre su vientre, y en su frente una gran verruga peluda, idéntica a la del señor Kisby.

El señor Gaho encargó pan con salchichas, dos grandes tazones de café y dos pasteles de almendra.

Durante toda la cena, el señor Gaho se comportó de forma curiosa: mientras que no había prestado atención alguna a la verruga de Kisby, parecía obnubilado por la del señor O'Donelly. La observaba obstinadamente, muy abiertos sus ojos de color azul pálido. Aquella observación no pasó inadvertida a O'Donelly, que ya parecía molesto y fastidiado por semejante insistencia. A partir de aquel momento evitó darnos la cara tanto como le fue posible.

Mientras comía, mi amigo no pronunció una palabra. Se hallaba demasiado interesado por el bulto que el patrono de *El 3 de picas* tenía sobre su

frente. Cuando concluimos, el señor Gaho cogió su gran saco de viaje, se encaminó directamente hacia el señor O'Donelly y le interpeló sin miramientos:

—Dígame, buen hombre. ¿Hace tiempo que tiene usted en la frente esa *Verrum devoratus*?

—¿Esa qué? —preguntó sobresaltado el propietario.

—Es latín —explicó el señor Gaho—. Se trata del término científico que sirve para designar la verruga devoradora que tiene usted encima de la nariz.

O'Donelly no pareció nada

satisfecho con aquella precisión. Y preguntó:

—¿Es usted médico, señor...?

Mi amigo se presentó:

—Gaho, para servirle. No soy exactamente médico. Digamos que soy especialista en lo que concierne a las enfermedades de la piel y de la cavidad craneana.

Y como si su título no tuviera importancia alguna, preguntó amablemente:

—¿Le duele por la mañana al despertarse?

Cada vez más inquieto, O'Donelly respondió:

—Al revés, a veces por la noche me duele la cabeza.

El señor Gaho pareció contrariado y adoptó un aire más serio.

—¡Ajá! Pues eso no arregla las cosas. Mi pobre hombre, usted se halla en la fase aguda de la enfermedad.

Las manos del propietario se habían crispado sobre el borde del mostrador y su rostro había tomado un tinte rojizo. Para tranquilizarlo, mi amigo le explicó detalladamente:

—Como indica su nombre latino, esta verruga empieza por devorar la carne fina de la cabeza y después ataca a los huesos. Cuando alcanza el cerebro

se produce la locura en breve plazo. La muerte sobreviene en medio de atroces sufrimientos. Algunos enfermos tardan años en morir; para otros el final llega en unos días.

La ciencia de mi amigo, expuesta desenfadadamente, me dejaba estupefacto. O'Donelly temblaba de pies a cabeza mientras que Gaho hurgaba en su saco. Extrajo un pequeño frasquito y su rostro se iluminó súbitamente.

—Puede usted asegurar que tiene suerte, señor O'Donelly, me queda un último frasco de un medicamento especialmente concebido para la enfermedad que padece. Aplíqueselo

localmente por la mañana y por la noche, y en quince días bendecirá el que yo haya pasado por esta ciudad.

O'Donelly agarró el frasco, como un individuo a punto de ahogarse se aferra a la boya salvavidas que se le lanza.

Con la mirada húmeda de agradecimiento, preguntó:

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Veamos. Procedamos con orden.

Para empezar, soy yo quien le debo dos cenas.

El señor O'Donelly afirmó:

—Me ofendería si quisiera pagar, señor Gaho.

Para no ser menos cortés, mi amigo

concluyó:

—En ese caso, entregue dos dólares a mi ayudante y estaremos en paz.

Me guardé el dinero y nos encaminamos hacia el puerto. En el trayecto, el hombre de negro me hizo comprar dos cigarros. Encendió uno y se guardó el otro.

Aquella noche hacía calor, y el doctor Gaho decidió que no iríamos a un hotel. Nos instalamos sobre las balas de algodón en donde nos habíamos conocido aquella mañana.

Muy cerca de nosotros, el *América* se hallaba inmóvil sobre el agua. Sus puentes resplandecían de luz. Estaban

encendidas todas las lámparas de petróleo de a bordo. En el gran salón, los jugadores profesionales arrebataban su dinero a los pasajeros ricos. En aquella época se jugaba fuerte en los barcos de vapor del Misisipi.

El claro de luna se prestaba a las confidencias. Le conté toda mi vida al señor Gaho, incluyendo las revelaciones que me hizo mi padre justo antes de morir. El hombre de negro se echó a reír abiertamente.

—Así que eres un mestizo. ¿Sabes que yo también lo soy? Pero al revés que tú: mi madre era una mujer blanca y mi padre un indio iroqués.

Aquella información me hacía ver por qué mi compañero tenía ese aire extraño que tanto me había intrigado al comienzo de nuestras relaciones.

El señor Gaho me dijo que en realidad su nombre era Ga-Oh, que en indio significaba «Gigante del Viento». Aquel nombre me gustaba enormemente. Me confió además que había realizado estudios de química con los padres jesuitas del Canadá. Sus cabellos rubios heredados de su madre, su instrucción y su nombre anglosajonizado le permitían llevar la vida que le gustaba sin ser víctima de ninguna discriminación.

Conseguí hacerle la pregunta que me

quemaba en la lengua:

—¿Es cierto, señor Gaho, que es usted un Fabricante de Lluvia?

Con un tono extrañamente amable, me respondió:

—Mira, si quieres puedes llamarme Gigante del Viento. Eso me gustará.

Después alzó los ojos hacia el cielo azul de la noche, observó las estrellas y, tendiéndose boca arriba sobre su bala de algodón, me dijo:

—Es cierto, muchacho, soy un Fabricante de Lluvia. Hablo con las nubes, converso con el trueno, me comunico con los relámpagos, y cuando me desobedecen los rompo entre mis

manos. Puedo ordenar la sequía y hacer crecer las aguas hasta la inundación. Hablo cada día con el Ser Eterno, Manitú, el dios de los iroqueses.

Volviéndose hacia mí, añadió con una carcajada:

—Sí, puedo curar a los enfermos, resucitar a los muertos y hacer morir a los vivos. Pero en lo que sobresalgo, Pete, es en curar un mal extraño que alcanza a casi todos los hombres: ¡puedo curar enfermedades que no existen!

Me quedé atónito ante semejante poder. Me intrigaba especialmente la última frase. El doctor acababa de

decir: «¡Puedo curar enfermedades que no existen!»). Iba a pedirle que me aclarara ese misterio cuando sacó un reloj redondo de un bolsillo de su chaleco rosa.

—Ya es hora. He de ir a buscar las mulas. Aguárdame aquí, muchacho, antes de una hora estaré de vuelta. A partir de entonces, Pete Breakfast, te haré atravesar las inmensas llanuras, franquearás las montañas que tocan el cielo, marcharás sobre los grandes lagos verdes, rosas, amarillos y rojos. Cuando volvamos, chico, habrás visto tanto que tus ojos estarán tan pálidos como los míos. Su color se habrá desgastado en la

contemplación de fantásticos paisajes.

Todo daba vueltas en mi cabeza y todo giraba en torno a mí. Cuando recobré la conciencia, el Fabricante de Lluvia ya no estaba allí. A mi lado, únicamente su gran saco de tapicería me recordaba su existencia.

Un pensamiento vino a alterar mis sueños. En el *saloon* había visto cómo el señor Gaho metía la bolsa en su saco. Pero el saco estaba allí y me preguntaba cómo se las arreglaría para pagar al señor Kisby, que no sabía lo que era vender a crédito.

Al pensarlo mejor, sentí vergüenza de mí mismo. ¿Cómo se me ocurría

pensar, aunque sólo fuera un segundo, que un Fabricante de Lluvia podía ser tan atolondrado?

Una hora más tarde tuve la prueba de la inutilidad de mi inquietud. El doctor estaba de vuelta con las dos mulas pesadamente cargadas.

—Vamos, Pete, es una noche magnífica para caminar. Mientras marchamos hablaremos con la luna.

Descendí de las balas de algodón y lo seguí sin decir palabra.

Hacia el amanecer, cuando nos detuvimos para hacer una pausa, recordé que se me había olvidado recoger mi Biblia. La conservaba en el desván en

donde me alojaba, encima de un almacén.

Reparé también en que no había avisado a los hermanos Poping de mi partida. Era indudable que había tomado mi decisión demasiado rápidamente, si es que podía hablarse de decisión, puesto que el señor Gaho no me había pedido opinión al respecto. Con absoluta naturalidad, había sido él quien decidió esa colaboración, y yo no tuve más que aceptarla.

Después me daría cuenta de que, en realidad, la opinión de los demás no le interesaba en absoluto. El señor Gaho era así. Hubiese sido inútil querer

cambiarlo.

2 Un negocio de mulas, un negocio de caballos

CAMINAMOS durante tres noches seguidas. El Fabricante de Lluvia había adoptado un curioso sistema de marcha: en cuanto caía la tarde nos poníamos en

camino, tirando de nuestras mulas, y hacia la aurora buscábamos un refugio a la orilla de un río. Entonces descargábamos las bestias y establecíamos nuestro campamento para la jornada. Vivíamos al revés que los demás.

Al final del segundo día reanudamos el camino en dirección al sol poniente. Me di cuenta de que no íbamos hacia el norte, sino en dirección al oeste. Se lo hice observar al doctor.

—Dígame, señor Gaho, ¿está usted seguro de no equivocarse de camino?

Me miró sorprendido.

—No, muchacho, vamos bien.

Tenemos que hacer un alto en Fort Scott, en la frontera de Kansas. Después seguiremos hacia el oeste, dejando Topeka al norte y Tulsa al sur, hasta Wichita. Más tarde iremos a lo largo del río Arkansas, que va a Dodge City.

—¿Pero no dijo usted al señor Kisby que íbamos hacia el norte del país?

Dándose cuenta de que esperaba una aclaración, el señor Gaho me explicó:

—Pues claro que dije eso al alquilador de caballos. Es preciso que sepas, Pete, que a un Fabricante de Lluvia jamás le gusta revelar a la gente con la que se tropieza adónde va exactamente. Más tarde comprenderás

por qué es preferible actuar así.

Esta reflexión me recordó otra respecto a la Biblia de mi padre, pero por el momento pensé que para un Fabricante de Lluvia debía de ser muy importante rodearse de misterio.

Esa misma noche tuve ocasión de volver a ver la bolsa que contenía las cinco monedas de oro, y no pude evitar plantearle la cuestión que tanto me intrigaba:

—En realidad, señor Gaho, ¿cómo pudo conseguir las mulas del señor Kisby si aquella noche no se llevó consigo las monedas de oro?

Sus ojos parecieron sondear los

míos por un instante y me replicó:

—Eres muy observador, Pete; un día llegarás a ser un buen Fabricante de Lluvia. Voy a decirte cómo sucedieron las cosas.

Puso una cafetera de hojalata en equilibrio sobre el fuego, sacó de un bolsón de cuero una sartén y empezó a freír dos buenas lonchas de tocino.

—Cuando llegué a la casa de tu ex jefe, las mulas estaban atadas a la barra, pero Kisby no se hallaba allí. Decidí, por consiguiente, coger las mulas, pensando que cualquier día volveríamos por San Luis y entonces nos resultaría fácil saldar nuestras deudas.

—Podría haber llamado al señor Kisby; estaría en su casa y le habría sido fácil arreglar el asunto.

—Llamar, llamar... —gruñó el señor Gaho—. ¿Estás loco, chico? Con una noche tan clara hubiera sido correr demasiados riesgos. Con mis gritos habría despertado con toda seguridad a Na-Na-Bun, el Espíritu de los Sueños.

Y me explicó que era un genio malo iroqués que se alimentaba de los pensamientos de los hombres en las noches de luna llena. Que si hubiera abierto la boca para gritar, ese genio maléfico habría entrado en su cuerpo y habría devorado en un instante todos sus

dones naturales. Un largo estremecimiento recorrió mi cuerpo al pensar en todas las cosas que yo todavía ignoraba. Me pregunté también si el señor Kisby conocería siquiera la existencia de ese espíritu, porque una noche le oí gritar a su mujer cuando en el cielo lucía la luna llena.

Durante la quinta jornada decidió el doctor que podíamos viajar de día. Ahora pienso que aquellas marchas nocturnas tenían como objeto despistar a un eventual perseguidor. En aquel caso, al viejo tío Kisby.

Las mulas que habían marchado tan bien durante la noche ponían ahora

dificultades para nuestros desplazamientos de día. Se detenían constantemente y, testarudas, no querían reanudar la marcha. Por mucho que tiráramos de ellas y las empujáramos para que caminaran, no había nada que hacer.

Harto ya, el señor Gaho acabó por estallar de cólera. Se plantó ante su mula, la cogió por las narices y le gritó en las orejas una serie de palabras que yo no entendí. La bestia dejó al instante de rebuznar. Entonces, lanzándole su aliento por tres veces en las fosas nasales, dijo mirándola fijamente a los ojos:

—Ahora, si no quieres seguirme, eres libre. Puedes quedarte aquí.

El señor Gaho volvió la espalda a la mula y se puso en marcha a grandes zancadas. No había recorrido diez metros cuando su mula se le puso dócilmente al paso. ¡Yo no daba crédito a lo que veía...!

Como, a pesar de mis esfuerzos, la mía permanecía obstinadamente afianzada, recurrí al Fabricante de Lluvia.

—¡Eh, doctor! No se vaya tan pronto. Por mucho que tiro, se niega a avanzar. ¿No querría usted venir a hablar a esta mula como ha hecho con la

suya?

El señor Gaho volvió hacia donde yo estaba, procedió de la misma manera y me dijo:

—Ahora ya puedes avanzar, Pete, esta mula te seguirá como si fuera tu sombra.

Me volví sin prestar atención al animal y me puse a la altura del doctor. No habíamos dado tres pasos cuando oí a mi espalda el golpear de los ocho cascos. Todavía incrédulo, pregunté a mi amigo:

—¿Cómo hace usted para transformar unas mulas tan tercas en bestias tan obedientes?

—¡Bah!, les he dicho en mi lengua nativa que, como se nieguen a seguirnos, Na-Na-Bocho, el Espíritu de los Animales, las va a condenar a morir de sed.

Me guiñó un ojo en un gesto de complicidad y en la parte inferior de su rostro apareció una amplia sonrisa. Inclinandose hacia mí, murmuró:

—Las mulas son muy supersticiosas, tenemos que aprovecharnos de esa debilidad.

Eché una mirada a las mulas; se pegaban a nosotros como si tuvieran miedo de que las abandonáramos.

Me sentía asombrado e inquieto; era

la primera vez que me encontraba en presencia de un hombre dotado de tan extraños poderes. ¡Además, me había sorprendido mucho saber que las mulas entendían el iroqués!

Llegamos a Fort Scott al final de una magnífica mañana.

El fuerte había sido construido por el ejército para impedir las incursiones hacia el este de los indios hostiles. Éstos vivían penosamente en Colorado y Nuevo México, pero abandonaban muy frecuentemente sus territorios. En Fort Scott se formaban también caravanas de pioneros que iban a instalarse en Utah y en Arizona. La pista que conducía a

Santa Fe era poco segura y estaba plagada de restos de carromatos saqueados por los apaches, los cheyennes del sur, los comanches y los kiowas. Al oeste de Fort Scott, los irreductibles pieles rojas pretendían conservar un territorio que los rostros pálidos invadían poco a poco.

Por el momento, el fuerte se me presentaba como una gran construcción rectangular, fabricada con troncos de árboles y adobe. En el centro, alzada en lo alto de un mástil, ondeaba la bandera estrellada.

En torno al fuerte, cabañas apresuradamente construidas, tiendas de

lona gruesa y refugios que carecían de las necesidades mínimas indicaban que este bastión era considerado por los civiles sobre todo como lugar de tránsito. Junto a la empalizada de troncos los comerciantes vendían, a precio de oro, toda clase de objetos que traían con grandes esfuerzos desde las ciudades del este. Por el momento, sus tenderetes parecían bastante desprovistos en razón de la llegada masiva de gran número de pioneros.

Por todas partes reinaba una gran actividad. La gente iba y venía en todas direcciones, con los brazos cargados de baúles, fardos y utensilios diversos.

Algunos cargaban carromatos entoldados, otros conducían cabezas de ganado. Los gritos brotaban por doquier. Las vacas mugían asustadas, los caballos piafaban y relinchaban. Cuando, por encima de todo aquel estruendo, resonó la corneta anunciando a los soldados la comida del mediodía, nuestras mulas, enloquecidas, escaparon a toda prisa. Nos costó gran esfuerzo recuperarlas.

El señor Gaho se enderezó, abarcó de una sola mirada la multitud congregada y, confiándome las bestias, me dijo:

—Espérame un instante, Pete, he de

inspeccionar lo que venden los comerciantes. Tengo la impresión de que vamos a hacer fortuna.

Se alejó con paso solemne.

Al cabo de un momento regresó con cara satisfecha. Se frotaba las manos de satisfacción. Conduciéndome al lugar en donde había más gente, me indicó un espacio libre en el suelo y me gritó como si hubiera querido que todos le oyeran:

—Deshaz nuestro equipaje, muchacho. Tenemos que hacer el inventario de nuestro equipo. Tal vez tengamos un exceso del que debemos desprendernos.

Varias cabezas se volvieron hacia nosotros.

Desde que salimos de San Luis me preguntaba por qué llevábamos tantos pertrechos sobre nuestras mulas; pronto iba a conocer la razón.

El señor Gaho acababa de saber que el último convoy de comerciantes procedente de Kansas City había sido saqueado en el camino. Los carros habían sido incendiados por una banda de indios kiowas, y la mayor parte de los hombres de la escolta habían muerto acribillados por las flechas. Los pioneros congregados en Fort Scott seguían esperando el material

indispensable para instalarse en las tierras vírgenes del oeste. Se hallaban dispuestos a pagar diez veces su precio, con tal de adquirir lo necesario para sobrevivir. Con nuestras dos mulas cargadas de objetos fuimos recibidos como Jesucristo el día de la multiplicación de los panes.

El señor Gaho desembalaba uno a uno los artículos, contándolos en voz alta.

—Veamos, Pete, con esto hacen cinco palas y cuatro cafeteras. Mira a ver en ese bolsón cuántos cazos tenemos. No, en ése no, ahí guardamos los clavos, busca entre las velas y el

tocino ahumado, detrás de las latas de judías...

Un hombrón que lucía una larga barba y una camisa a cuadros se rascaba la cabellera con aire perplejo. Sólo tenía ojos para nuestras cinco palas nuevas que relucían al sol. De repente, pareció haber tomado una decisión, dio dos pasos hacia nosotros y se dirigió a mi amigo:

—Perdone, señor, pero veo que ustedes son dos y que tienen cinco palas. ¿Podría venderme una o dos? Aquí resulta imposible encontrar una y yo la necesito con urgencia.

El Fabricante de Lluvia adoptó una

expresión de sorpresa y le dirigió su más encantadora sonrisa.

—Tendría un gran placer, buen hombre, pero sinceramente no me es posible. Cuando compré estas palas en San Luis me cobraron lo inimaginable.

Aquello resultaba nuevo para mí. Sin tiempo para poder decir una palabra, el barbudo replicó:

—Eso no tiene nada de extraño; en nuestros días ya no queda honradez sobre la tierra de Dios. ¿A cuánto pagó esas condenadas palas, señor?

Mi amigo tomó por testigo a la muchedumbre agrupada a nuestro alrededor:

—¡Pagué seis dólares por cada una, una vergüenza, ya se lo digo!

Los dedos regordetes del hombre hurgaron más enérgicamente en su cabellera.

—Escuche, amigo mío, yo le doy doce dólares por dos palas. Al vendérmelas, recobraré un poco del dinero que le robaron.

Después, buscando la aprobación de todos los que le escuchaban, añadió:

—Además, el dinero no nos servirá de nada para cavar nuestra tumba. ¿No es verdad, muchachos?

Todos estuvieron de acuerdo. El hombrón no había acabado de contar su

dinero cuando llegó un tipo alto y seco:

—¡Tome, aquí tiene dieciocho dólares, me llevo las tres que quedan! Y dígame, ¿cuánto pagó por esas lámparas de petróleo?

Ante la buena voluntad del señor Gaho por hacer un servicio a aquellos pobres diablos, todo el mundo se apresuró. El enorme montón de utensilios que había a nuestros pies desapareció como un trozo de manteca de cerdo expuesta al sol. Por un momento creí que no dispondríamos de bastantes bolsillos para guardar el oro que nos tendían de todas partes. Mi amigo apenas tuvo tiempo de regatear;

en menos de cinco minutos no nos quedaban más que nuestras dos mulas y el gran saco de lona del señor Gaho. Por fortuna, y antes de desembalar, el Fabricante de Lluvia había tenido la previsión de meter allí un buen pedazo de tocino, café en grano, algunas latas de judías y varios alimentos más. Precisamente, los que figuraban en la lista que había entregado al señor Kisby.

Íbamos a marcharnos tirando de nuestras bestias por la brida, cuando llegó corriendo un retrasado:

—¡Eh, amigo! Puesto que no tiene nada que transportar en sus mulas, le propongo comprárselas. ¿Cuánto quiere

usted?

El señor Gaho miró de arriba abajo al desconocido como si acabara de ofenderlo.

—Mulas de raza como éstas no tienen precio, señor. ¿No se ve a simple vista que se han criado con la buena hierba de Kentucky?

El hombre tragó saliva; parecía avergonzado de su ignorancia.

—Ignoraba ese detalle, amigo. Sin embargo, necesito urgentemente esas mulas. ¿Qué diría usted de cuarenta dólares por las dos si le prometo cuidarlas como si fueran mis propias hijas?

Las dos mulas asmáticas siguieron sin reticencia al desconocido, aún dominadas por el miedo a sufrir de sed, por obra de Na-Na-Bocho.

Si creía que el señor Gaho se sentiría satisfecho del negocio que acabábamos de realizar, pronto tuve ocasión de convencerme de mi error. Mostraba un gesto preocupado y parecía sumido en negras reflexiones. Le pregunté prudentemente:

—Ahora que ya somos ricos, ¿qué cree usted que podemos hacer con todo este oro?

Su respuesta brotó secamente.

—¡Nada, muchacho! No vamos a

poder hacer nada, por la sencilla razón de que aquí no hay nada que comprar.

En manera alguna había pensado yo en aquello.

—Pero entonces, ¿por qué hemos liquidado todos nuestros bienes? ¿No habría sido mejor conservar nuestras preciosas mercancías?

La respuesta del Fabricante de Lluvia me llenó de estupor.

—No, hemos hecho muy bien vendiéndolo todo. Mira, Pete, cuando se presenta un negocio, no hay que dejarlo pasar; y éste era excelente. Sin embargo, este oro es aquí menos precioso que el agua que corre por el río Arkansas. Por

eso, chico, vamos a irnos precisamente allí.

No comprendía gran cosa de su plan y le di cuenta de mi inquietud.

—¿Pero cómo vamos a arreglarnos ahora que hemos vendido nuestras mulas?

Me sorprendió una vez más:

—Las mulas apenas avanzan; para los viajes largos son preferibles los caballos. Ven conmigo, vamos a buscar las monturas en donde se encuentran. Iremos a visitar al comandante de Fort Scott. ¿Sabes tú que aquí hay un regimiento de caballería?

Las construcciones militares

formaban como una herradura alrededor de un patio enorme. El suelo estaba cubierto por grava blanca que daba al conjunto un aspecto de perfecta limpieza. En medio del patio se hallaban alineados cuatro pequeños cañones de campaña. Tres soldados se afanaban en lustrarlos. Otros hombres, vestidos con el tradicional pantalón azul con rayas amarillas, se dedicaban a las ocupaciones habituales: una decena marcaba el paso a las órdenes de un hosco cabo y, en un rincón, otros tantos pelaban patatas, todos masticando enormes pedazos de tabaco y escupiendo aquí y allá.

Un joven sargento, al que no había visto llegar, surgió bruscamente ante nosotros:

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? Los paisanos no pueden entrar en los cuarteles como Pedro por su casa.

El señor Gaho miró con dureza al sargento y le replicó con altivez:

—Se presenta usted en el momento oportuno, joven. Indíqueme el despacho de su comandante, necesito hablarle urgentemente.

El militar titubeó ante el aplomo del Fabricante de Lluvia.

—¿Y qué quiere usted del comandante?

Las palabras de mi amigo restallaron como un látigo:

—Su propio jefe se lo dirá si lo juzga oportuno. Vamos, tenemos mucha prisa. Indíquenos en dónde se oculta su comandante y ahórrenos su intolerable curiosidad.

El sargento quedó desconcertado. Masculló unas excusas que el señor Gaho ni siquiera escuchó y nos señaló una puerta:

—Llamen allí y verán al comandante Mitchum. Pero se lo advierto de buena fe: estos últimos días tiene un humor de perros.

Bruscamente, el Fabricante de

Lluvia pareció muy excitado. Como si esperara aquella información desde hacía varios años, se dirigió dando zancadas hacia la puerta indicada y la golpeó con fuerza. Un «¡Entre!» exasperado se filtró a través de la madera y mi amigo irrumpió en la habitación como una bala de cañón.

El comandante se hallaba sentado ante una mesa, sobre la cual se extendían mapas del Estado Mayor. Era un hombre de unos cincuenta años que bajo su enorme nariz lucía unos gruesos bigotes canosos. Al vernos, se puso rojo de ira e hizo un gesto con la boca que echó sus bigotes hacia adelante. En sus ojos leí

nuestra condena a muerte. El señor Gaho no le dio tiempo para pronunciar la sentencia; con tres pasos decididos se puso ante la mesa, colocó encima de ella sus puños y, clavando sus pálidos ojos en los del comandante, le espetó de un tirón:

—Comandante Mitchum, necesito sus dos mejores caballos. Dentro de tres días tenemos una cita en el río Arkansas, un poco antes de la ciudad de Wichita.

Creí que el comandante iba a estallar, tan congestionado estaba su rostro.

—¿Caballos? ¡Truenos! ¡Eso es precisamente lo que yo necesito!

¡Truenos! ¡Qué desfachatez venir a pedirme caballos!

El comandante se había levantado de su asiento y, con sus bigotes casi rozando la nariz del señor Gaho, le soltó en plena cara:

—¡Truenos! ¿Pero es que usted no sabe que los cincuenta caballos que me habían prometido formaban parte del convoy saqueado la semana pasada por los kiowas? ¿Ignora que he recibido la orden de dar caza a esos condenados pieles rojas, y que no puedo cumplirla por la magnífica razón de que son ellos quienes tienen mis caballos? ¡Truenos! Mando el quinto de caballería y sólo

tengo una docena de burras para más de un centenar de hombres. Y es usted, señor, cuyo nombre ni conozco, quien viene a pedirme caballos. ¡Rayos y centellas!

Yo efectuaba ya un repliegue estratégico hacia la puerta para salvar mi vida, cuando, con gran extrañeza por mi parte, vi que el Fabricante de Lluvia asestaba enormes puñetazos sobre la mesa del comandante. Todo el cobertizo temblaba. El señor Gaho, aún más rojo de furor que el militar, aullaba literalmente:

—Pero, ¡demonios!, precisamente estoy aquí por esa razón. Necesito sus

caballos más rápidos para proveer a su caballería. A ciento cincuenta millas de aquí tengo un hato a su disposición; pero, ¡diablos!, necesito ir a buscarlos...

La puerta estaba abierta a mis espaldas. Ante el estruendo promovido en la estancia, los soldados de la guardia, inquietos, habían acudido a ver lo que sucedía. El señor Gaho no distinguió las dos negras bocas de los fusiles que los soldados apuntaban contra nosotros, porque su mirada no se desviaba de los bigotazos del comandante. A través de su cólera, éste pareció asimilar lentamente las palabras

del Fabricante de Lluvia. Lanzó un suspiro y se desinfló como un globo. Dirigiéndose a la guardia, dijo:

—¿Queréis dejarme discutir mis asuntos? ¡Demonios! Si me molestáis una vez más, os formaré consejo de guerra.

Después, hundiéndose en su asiento, preguntó tranquilamente a mi amigo:

—Entonces, es cierto. ¿He entendido bien que usted tiene caballos para mí? ¡Truenos!

El Fabricante de Lluvia había recobrado totalmente su aplomo. Estaba sentado en un enorme sillón de cuero negro enfrente del comandante. Estiró

sus largas piernas y sus pupilas desaparecieron entre sus párpados semicerrados. Explicó que, cuando llegó por la mañana, se enteró del robo de que había sido víctima el ejército. Por desgracia, y para prestar un servicio a un grupo de pioneros, había vendido ya sus mulas.

Añadió que los kiowas debían ser castigados, y que consideraba su deber entregar sus caballos al comandante de Fort Scott.

El militar rebosaba alegría:

—¡Diablos!, señor, ese sentido patriótico le honra.

El señor Gaho dio el golpe de gracia

declarando:

—... Además, he vendido una parte de mi hato y tengo aquí doscientos quince dólares y doce centavos, que no querría llevar encima. ¿Quiere usted meter ese dinero en su caja? Aquí al menos estará seguro.

El comandante había firmado ya un recibo en debida forma cuando decidió:

—Voy a confiarle dos caballos; me los entregará con el resto. Además, he aquí una orden de misión; le nombro *scout*^[2] del quinto regimiento de caballería. El sargento Murphy le proporcionará lo que necesite para el camino.

El sargento Murphy era el mismo que nos había abordado descortésmente a nuestra llegada al fuerte. Cuando el comandante le ordenó satisfacer todas nuestras exigencias, abrió los ojos de par en par, como las ruedas de una diligencia. Pese al desagrado que parecíamos inspirarle dos paisanos como nosotros, nos condujo al almacén de avituallamiento. El señor Gaho reclamó un par de fusiles, cartuchos, dos cuchillos, mantas y dos garrafas de güisqui de cinco litros cada una. Ante semejante petición, el sargento no pudo evitar hacernos una pregunta:

—¿Pero qué van a hacer ustedes con

todo ese güisqui? Es más de lo que damos a los hombres del regimiento antes de lanzarse al ataque.

El Fabricante de Lluvia adoptó una expresión helada.

—He aquí una vez más, sargento, su maldita curiosidad. Usted me permitirá que no le dé una explicación; sólo le diré que, en parte, el empleo de ese güisqui constituye un secreto militar.

Pensando que indudablemente participaba en la elaboración de un plan que podría inscribirse en la historia de los Estados Unidos de América, el sargento dio muestras de una gran amabilidad. Nos condujo a la enfermería

e hizo que el mayor nos entregara las dos garrafas solicitadas. Llevaban una etiqueta: «Alcohol medicinal».

El doctor del destacamento nos explicó:

—Así llamamos al güisqui en el ejército.

Las despedidas fueron breves. El comandante Mitchum se limitó a estrecharnos la mano, aconsejándonos:

—Y sobre todo, no enciendan fuego al acampar. El lugar al que se dirigen está plagado de salvajes sedientos de sangre.

Me preguntaba en qué extraña misión me había embarcado el

Fabricante de Lluvia.

El sol estaba alto en el cielo cuando galopábamos en dirección a Arkansas.

Montábamos dos de esas grandes jacas negras que tanto gustan a la caballería de los Estados Unidos. En cada una de nuestras sillas McLylen, el sargento Murphy había colocado un fusil Sharp del calibre 50. Por mi parte, reparé en el mío con aprensión; me preguntaba si sería siquiera capaz de alzarlo en caso de necesidad. No era, por lo demás, el único en experimentar tan curiosa impresión. El cabo armero había adoptado una expresión de completo asombro cuando me puso en

los brazos aquella arma a la que no le faltaba mucho para pesar tanto como yo. Arqueando las cejas, le preguntó, incluso, al señor Gaho:

—¿Está usted seguro de querer estos fusiles? No creo que este joven pueda resistir su retroceso.

Pero el Fabricante de Lluvia ni se dignó responder, considerando sin duda que no tenía por qué modificar su decisión.

Aquel asunto de los caballos se había desarrollado con tanta rapidez que yo no había tenido tiempo de reflexionar al respecto. Ahora veía claramente dos cosas: que mi amigo poseía un arte

consumado para contar historias falsas, y que tenía un don extraordinario para lograr el objetivo que se había fijado.

Como si adivinara las preguntas que se agolpaban en mi cabeza, se volvió hacia mí y me gritó:

—Hoy me has oído decir muchas cosas que no entenderás bien. Esta noche te las explicaré, Pete.

Y sin aguardar mi respuesta ni inquietarse por saber si yo ya había montado en mi caballo, hincó sus talones en los blancos de su montura, que avivó el paso. ¡Me costaba mucho aguantar la marcha infernal que llevaba!

Cuando el sol se convirtió en medio

disco en el horizonte, lanzó un «uf» de satisfacción. Acabábamos de atravesar una pequeña aldea con nombre francés, La Harpe, y el señor Gaho detuvo su montura. Se enderezó sobre sus estribos e inspeccionó los alrededores. Tras haber reparado en un bosquecillo que formaba una mancha sombría en aquella planicie amarillenta, me dijo:

—Vamos allá, muchacho. Entre aquellos árboles corre un arroyo que va a desembocar en el río Neosho. Con su agua haremos un buen café.

Me encantaba poder bajar por fin del caballo, pero en cuanto puse un pie en el suelo creí que éste se hundía bajo

mi peso. ¡Mis piernas estaban tan flojas como el algodón de la Compañía Poping y Poping del Misisipi!

Atamos nuestras dos jacas con una larga cuerda para que pudieran saborear la hierba que crecía en aquel oasis. Después instalamos nuestro campamento para la noche.

La última visión que tuve de aquella agitada jornada fue la imagen del Fabricante de Lluvia que aplastaba entre dos piedras los granos de café. Después me sumí en la nada.

Con la aurora me desperté enredado en mi manta. Tenía mucha hambre. El señor Gaho había encendido ya un

fuego, y el agua del café cantaba en el cazo. Su voz me despertó completamente.

—Hala, en pie, perezoso, es hora de recobrar las fuerzas. Anoche dormías tan bien que no quise interrumpir tu sueño. Tuve que cubrirte para que no cogieras frío.

Se lo agradecí a mi amigo lo mejor que pude, pero ya no me escuchaba. Vertía el café en dos tazas de hojalata al tiempo que cantaba una canción india.

Mientras yo bebía aquel ardiente brebaje, arrojó sobre el fuego una gruesa rama llena de hojarasca. Una espesa columna de humo blanco

ascendió ensanchándose hacia el cielo. Yo mojé algunas galletas en mi café y, menos de una hora después, nos hallábamos en camino. Tenía la impresión de que durante la noche Na-Na-Bun, el genio malo piel roja, había colocado un puñado de clavos en los fondillos de mi pantalón.

Cuando nos hubimos alejado de nuestro campamento una buena milla me volví sobre mi montura. El bosquecillo era ya invisible, pero distinguí muy bien la humareda blanca que todavía subía hacia el cielo. No entendía por qué el Fabricante de Lluvia hacía todo lo contrario de lo que le había

recomendado el comandante de Fort Scott. Cualquiera habría dicho que pretendía indicar su presencia.

Aquella mañana resultó para mí rebosante de enseñanzas, porque mi amigo se mostró especialmente locuaz. Respondió a todas mis preguntas.

Por lo que se refiere a la historia que le había contado al comandante Mitchum, me explicó:

—Mira, Pete, cuando estás en dificultades hay que decir siempre a los hombres lo que les gusta oír. Sólo a este precio aceptarán prestarte un servicio. Ese militar quería caballos y yo no podía proporcionarle mayor placer que

prometérselos.

—¿Pero cómo podrá complacerle usted? Por lo que creo, ningún ható nos aguarda en el río Arkansas.

El señor Gaho me miró con intensidad:

—¿Qué sabes tú, muchacho, de lo que cada uno de nosotros posee o no posee? Las cosas que necesitas por la mañana pueden caerte del cielo por la tarde. ¿Cómo puedes asegurar, Pete, que mañana no lloverán caballos en esta inmensa planicie que se extiende ante nosotros?

Visto desde ese ángulo, había que reconsiderar, naturalmente, el problema.

Pero, a pesar de todo, creí poder afirmar:

—Bueno, pero es que nadie ha visto nunca caer un solo caballo del cielo.

Mi amigo alzó sus dos brazos hacia las nubes.

—¡Así que Pete no tiene fe más que en lo que creen los hombres! Yo puedo asegurarte que cada día llueven millares de caballos, pero los hombres nunca los ven. Y ello por la sencilla razón de que están ciegos.

Me sentí muy indeciso y, ante mi turbación, el Fabricante de Lluvia prosiguió:

—Tu pesimismo procede, muchacho,

de tu incredulidad; y tu incredulidad se debe a que tu corazón no se halla habitado por la esperanza.

—De acuerdo, señor Gaho, pero no es menos cierto que usted mintió al comandante Mitchum para obtener de él las monturas que necesitábamos. Eso es una mentira.

—Mentira..., mentira... Si yo no entrego los caballos, entonces habré mentido; pero si los entrego, habré dicho la verdad. Mira, Pete, la mentira se produce cuando los acontecimientos se confabulan contra ti. Te apuesto lo que quieras a que pasado mañana tendremos más caballos de los que he prometido a

ese comandante.

Su risa sonora, que ya conocía bien, brotó con tanta fuerza que mi caballo hizo un extraño y el suyo empezó a relinchar. Colocando su saco de lona sobre la parte delantera de su silla, dijo:

—Teniendo en cuenta las circunstancias con las que debo enfrentarme, en este caso ver caer caballos del cielo, he de cambiar de apariencia.

Sin reducir la marcha de su montura, se quitó la chaqueta y el calzado y metió todo en su enorme saco. Después sacó una pluma de águila que prendió de su negro sombrero, y sujetó a su cinturón un

largo cuchillo de mango de cuerno. Su metamorfosis fue completa. Sin sus cabellos rubios hubiera parecido un auténtico piel roja disfrazado de hombre blanco.

El señor Gaho pronunció una frase sobre la que pude reflexionar durante largo tiempo, porque fueron las últimas palabras que articuló aquel día.

—Recuerda siempre, Pete, que en cada hombre duerme un Fabricante de Lluvia. Sólo que son raros los que saben explotar su don. Ahora, muchacho, tienes que ayudarme a hacer aparecer esos famosos caballos. Para ello vas a llamarme Gigante del Viento, como ya te

propuse en San Luis. En los próximos días ese nombre me traerá suerte, estoy seguro. Por lo demás, no digas a nadie que soy un Fabricante de Lluvia, a menos que me oigas decirlo o que te autorice a hacerlo. ¿Has entendido, Pete?

Asentí con la cabeza:

—De acuerdo, señor Gigante del Viento, haré como usted desea.

Me dirigió una sonrisa y avivó la marcha. ¡La jornada fue todavía larga para mi dolorido trasero!

Desde su transformación, Gigante del Viento había empezado a escrutar las cimas de las colinas. Con frecuencia, se

inclinaba sobre el cuello de su caballo e inspeccionaba el suelo. Sus fosas nasales palpitaban como las de los perros de las praderas cuando intentan detectar la presencia de un enemigo. Mi amigo parecía buscar algo o alguien. Yo, por mucho que abriera los ojos, no veía absolutamente nada.

Hacia las cinco de la tarde bajó del caballo para examinar más de cerca el suelo. Me hizo descubrir huellas de caballos. Algunos estaban herrados y otros no. El señor Gaho pegó entonces el oído a tierra y escuchó. A una señal que me hizo adopté una postura idéntica. Percibí un ruido sordo y continuo, como

si el suelo temblara bajo mi oído.

Alzándose del suelo, Gigante del Viento me dijo clavando en mí sus blancos ojos:

—Ya han caído del cielo los caballos que aguardábamos. Escucha, muchacho, sus cascos resuenan hasta en lo más profundo de la tierra.

Ya no sabía qué pensar, todo se embrollaba en mi cabeza. Sentía ganas de llorar.

Pero Gigante del Viento me consoló y mostró el rostro complacido de sus mejores días:

—Fuera esa cara enfurruñada, Pete. Mañana por la mañana tendremos que

levantarnos al amanecer. Podremos reposar de todas nuestras fatigas. Ahora, chico, ayúdame, tenemos que encender un gran fuego.

Dispusimos unas ramas secas y el señor Gaho preparó un gran montón de hojas verdes. Después, echándose una manta al hombro, me anunció:

—Vas a asistir a tu primer milagro, Pete. Ven, vamos a conversar con Manitú.

Cuando crepitó el fuego, arrojó por encima las hojas verdes y, como la víspera, se alzó, toda derecha, una larga columna de humo blanco. Desplegando la manta, la tomó por una punta e hizo

que yo la sostuviera por la otra. Después, con un amplio movimiento de los brazos, la extendió horizontal sobre la hoguera, que se cubrió completamente. La columna blanca se interrumpió en seco, como cortada por un cuchillo. Temí que la manta se quemara, pero Gigante del Viento la hizo girar rápidamente hacia un lado...; entonces se elevó una enorme bola blanca.

Repitiendo sus movimientos otras dos veces, ascendieron, una tras otra, tres bellas volutas. Parecían tres blancos globos que partieran a la conquista del cielo. Era algo magnífico.

Como no entendía muy bien el significado de aquellas humaredas, pregunté a mi amigo:

—Así es como se habla a Manítú. Pero ¿cómo va a respondernos?

—Manítú está ya a punto de respondernos, pero tus ojos no saben ver nada. Mira en esa dirección...

Con un gesto, me indicó una colina que se hallaba a dos o tres millas de nosotros; de su cima ascendían tres bolas blancas semejantes a las nuestras. Fueron seguidas por un largo rastro negro.

Excitado por tan original conversación, olvidé preguntar por su

exacto significado. Por lo demás, el Fabricante de Lluvia me devolvió a una realidad más terrena, anunciándome:

—Desensilla los caballos, muchacho, vamos a cocer las judías.

Durante la cena no dejé de observar la colina de la que se había alzado la «voz» de Manitú. Cuando el gran manto negro de la noche la sumió en las tinieblas, todavía la distinguía. Después me costó mucho trabajo dormirme. Mis sueños estuvieron poblados de millares de globos blancos que gesticulaban a mi alrededor, haciendo muecas y gritando ensordecedoramente.

Tras un agitado sueño, me despertó

por la mañana una sensación rara. Extraños sonidos zumbaban en mis oídos y aromas indefinibles me llegaban hasta la nariz. Era un olor fuerte, una mezcla de sebo rancio, cuero crudo, sudor y estiércol de caballo.

Abrí prudentemente un ojo. A unas pulgadas de mi nariz distinguí un par de mocasines agujereados de los que sobresalían dos pantorrillas. Jamás había visto pantorrillas semejantes, desnudas y rojas de la rodilla al tobillo.

Recobrando la conciencia, me alcé sobre un codo y obtuve inmediatamente la solución del enigma: las dos pantorrillas pertenecían a un piel roja

pintado de los pies a la cabeza. En realidad eran seis, que charlaban con Gigante del Viento en un tono gutural que me resultaba desconocido.

El indio de las pantorrillas pintadas se agachó hacia donde yo estaba y me sacó de debajo de la manta, tirándome sin miramientos de un brazo. Después me inspeccionó como si fuera un animal curioso, lanzando gruñidos. Como aquel indio carecía de dientes en la parte anterior de sus mandíbulas, a excepción de dos largos incisivos que lo asemejaban a una hiena, encomendé mi alma a Dios. Por fortuna, la bien conocida voz del Fabricante de Lluvia

vino a sacarme de aquella pesadilla.



—No tengas miedo, Pete, estos indios tejas^[3] son amigos. El que te examina es su jefe. Jamás había visto hasta ahora un joven blanco de cerca. Se llama Sa-Kan'wan: «Dientes Puntiagudos».

Dientes Puntiagudos palpó mis brazos y mis piernas; me tiró de los pelos y después de ver que aguantaban en mi cráneo me levantó en vilo e hizo una mueca de repugnancia.

Decepcionado sin duda por su inspección, Dientes Puntiagudos me dejó caer al suelo como si fuera un trasto viejo y fue a sentarse sobre una piedra sin volver a ocuparse de mí.

Experimenté un inmenso alivio.

Gigante del Viento me presentó a los otros cinco indios. Se llamaban, respectivamente, To-na-ha, Bisonte; Na-wo'tsi, Oso; Ki-shi, Pantera; Ta'sha, Lobo, y Ta'o, Castor.

Era la primera vez que yo veía unos pieles rojas tan de cerca; hasta entonces, y con mi padre, habíamos huido de ellos como de la peste.

En aquellos momentos los seis tejas me inspiraban más curiosidad que temor; incluso Dientes Puntiagudos, que resultaba horrible con sus mandíbulas desdentadas. Aquellos indios estaban casi desnudos: Bisonte, Lobo, Castor y

Pantera llevaban por toda indumentaria una especie de taparrabos de piel de antílope. Oso lucía una chaqueta de paño azul del ejército de los Estados Unidos. Dientes Puntiagudos llevaba un pantalón demasiado corto, de la misma procedencia, y del que había cortado los fondillos, sin duda a fin de sentirse más cómodo. Todos calzaban mocasines desgastados. Los tejas eran pequeños y robustos; sus piernas arqueadas indicaban que se trataba de jinetes natos. Su piel, bronceada y curtida, aparecía cubierta de grasa y pintarrajeada con dibujos multicolores. Sus cabellos, negros y relucientes, estaban divididos

en dos largos mechones que caían a uno y otro lados del rostro. Al final de cada mechón habían sujetado una pluma de faisán.

En aquellos instantes los seis indios parecían cautivados por la taza de humeante café que acababa de ofrecerles Gigante del Viento. Mientras la taza pasaba de mano en mano, todos hablaban al mismo tiempo.

Desde luego, yo no entendía ni una palabra de lo que se decía. Fue el Fabricante de Lluvia quien, después, me relató toda la conversación.

Cuando la taza llegó a las manos de Dientes Puntiagudos, se la llevó a los

labios y echó un largo trago; pero lo escupió al instante y declaró:

—¡Es muy malo!

Los otros cinco fueron de la misma opinión. Con un gesto de repugnancia, Bisonte fue a plantarse ante el señor Gaho y le preguntó:

—Este brebaje sólo es bueno para rostros pálidos. ¿No has traído contigo «Viejo Tom»?

Así llamaban los indios al güisqui, por el nombre de una de las marcas más conocidas.

Gigante del Viento se tomó tiempo para reflexionar, y al final reconoció:

—Tengo «Viejo Tom». Tengo mucho,

pero antes de probarlo hemos de fumar y de hablar.

Oso pareció muy interesado.

—¿Quiere decir eso que Ga-Oh tiene también tabaco consigo?

Como mi amigo afirmó con la cabeza, los seis pieles rojas se sentaron en círculo sobre el suelo. Dientes Puntiagudos, que escatimaba sus palabras, dijo simplemente:

—¡Entonces, fumemos y hablemos!

Gigante del Viento rebuscó en su saco de lona y sacó una petaca bien llena, mientras que Castor descolgaba de su cuello un estuche de cuero que pendía sobre su pecho. De allí sacó una

pipa de larga boquilla que tendió al Fabricante de Lluvia. Éste cargó la pipa minuciosamente, tomó un tizón de la hoguera y prendió el tabaco. Aspiró enérgicamente el humo y cubrió todo el lugar con una espesa nube azul. Los pieles rojas, fascinados, no le quitaban los ojos de encima.

Para respetar el orden jerárquico, Gigante del Viento tendió la pipa a Dientes Puntiagudos, que aspiró ávidamente varias bocanadas antes de pasarla a Lobo, sentado a su izquierda. Los indios expulsaban unas bocanadas de humo tan gruesas, que parecían toros furiosos. Cuando se hubieron fumado

todo el tabaco, Dientes Puntiagudos limpió la cazoleta y la pipa volvió al estuche de Castor.

A partir de aquel momento, los indios ya no pronunciaron una palabra. Cualquiera habría creído que, después de haber provocado semejante humareda, las palabras para ellos se habían tornado inútiles. Sólo se expresaban mediante gestos de las manos. Ante mi gran sorpresa, mi amigo se entregó a la misma mímica, y yo tuve la impresión de estar rodeado por siete molinos de viento.

Más tarde, Gigante del Viento me explicó que había aprendido esta forma

de lenguaje en su infancia, cuando aún vivía con los iroqueses. Con ayuda de estos signos podían llegar a entenderse tribus que hablaban lenguas diferentes.

Por el momento, Dientes Puntiagudos decía con sus gestos:

—Ayer vimos tus humaredas en el cielo y hemos venido al *Pow-Woo*^[4], como querías.

Sus ojos se tornaron más penetrantes cuando preguntó:

—¿Era para ofrecernos tu «Viejo Tom»?

El señor Gaho afirmó:

—Sí, era para eso, y también para cambiaros los caballos que estaban

destinados a Fort Scott.

Los pieles rojas parecieron desconcertados. Todos empezaron a hacer señas con las manos al mismo tiempo. Cuando volvió la calma, Dientes Puntiagudos afirmó:

—Los tambores brujos resonaron en la llanura después de ese asunto. Por ellos supimos que era la banda de A-May-Xo-Ya, Gran Hombre, la que había saqueado el convoy de los blancos y robado sus caballos.

Con una gran tristeza en el rostro, Pantera confirmó las declaraciones de su jefe:

—Esos kiowas son unos ladrones y

no sabemos en dónde se refugiaron después del ataque.

Los ojos de Gigante del Viento reflejaron dureza:

—Tal vez ignoréis en dónde están los kiowas; pero no, desde luego, en dónde se encuentran los caballos. Los que montáis llevan en la grupa la marca hecha al rojo vivo por los soldados yanquis. Además, Oso lleva la chaqueta de uno de los soldados que acompañaban al convoy. En el cuello está el emblema del quinto regimiento de caballería. Por consiguiente, los valientes de Dientes Puntiagudos han hecho trueques con la banda de Gran

Hombre después del saqueo del convoy.

Aquel razonamiento pareció producir su efecto en el estrecho cerebro de Oso, pero éste resolvió el problema a la manera de los pieles rojas:

—Gigante del Viento tiene quizás razón; puede que las cosas hayan sucedido como él dice; pero hace tanto tiempo que ya no me acuerdo de nada.

—Entonces, mis hermanos los tejas olvidarán también que yo les había traído «Viejo Tom» —replicó el Fabricante de Lluvia.

Ante la idea de que iban a perder una buena cantidad de agua de fuego, Dientes Puntiagudos recobró

súbitamente la memoria:

—Espera, Gigante del Viento, no precipites las cosas, porque ahora recuerdo que efectivamente nos encontramos con los kiowas después del robo. Pero es que hace ya varios días de eso y se nos había olvidado por completo.

Unánimes, los cinco indios asintieron con la cabeza para confirmar las manifestaciones de su jefe. En mi opinión, los seis tejas constituían una banda de mentirosos como no había conocido jamás otra.

Mientras que las cabezas de los indios se inclinaban cadenciosamente, el

Fabricante de Lluvia reflexionaba. Después, adoptando una decisión, agitó sus manos:

—Como ves, estoy muy molesto, Dientes Puntiagudos, porque no voy a poder invitarte a beber «Viejo Tom». Los blancos de Fort Scott me recomendaron mucho que sólo se lo diera a los indios que tuvieran los caballos de que acabamos de hablar.

Los pieles rojas adoptaron una expresión enfurruñada, pero Oso, a quien la codicia volvía cada vez más locuaz, se precipitó en responder, gesticulando por debajo de la nariz del señor Gaho.

—Entonces, bebamos sin perder un instante, Gigante del Viento, porque somos nosotros quienes tenemos los caballos de los hombres blancos.

Después, recobrando un tanto la calma, explicó:

—¿Sabes? Gran Hombre es muy astuto; sabía que las sospechas recaerían sobre los kiowas, y por eso nos encargó conducir los caballos hacia el oeste, mientras que él galopaba hacia el este con su banda. Los kiowas han de describir un gran círculo antes de encontrarse con nosotros, dentro de seis días, en la montaña que tiene forma de halcón.

Dientes Puntigudos pareció muy sorprendido por el largo discurso de Oso. Indudablemente era la primera vez que aquel indio decía tantas cosas de una sola vez. El jefe no quiso quedarse atrás:

—Así es, bebamos el «Viejo Tom» y te daremos todos los caballos de los blancos. Espero que lleves contigo una gran cantidad de agua de fuego, porque nos veremos obligados a guardar un poco para Gran Hombre. Hemos de compensarlo por la pérdida de sus caballos.

Tras una breve meditación, Dientes Puntigudos añadió:

—Creo, además, que los valientes kiowas preferirán el «Viejo Tom» a sus caballos.

El Fabricante de Lluvia pareció conformarse con esta exigencia, pero con gran extrañeza por mi parte, complicó las cosas:

—Dientes Puntiagudos ha hablado bien. Voy a daros el «Viejo Tom» que tengo. Pero como amo, por encima de todo, a mis amigos los tejas, quiero que consigáis más. Serás tú, Dientes Puntiagudos, quien irá a Fort Scott, conduciendo los caballos. Allí se los entregarás de mi parte al comandante Mitchum, y él te proporcionará todo el

agua de fuego que tú le reclames.

Los rostros de los indios se iluminaron; sin embargo, Bisonte, que hablaba poco, pero reflexionaba mucho, objetó:

—Me parece poco seguro penetrar en el fuerte de los soldados yanquis, sobre todo con caballos que llevan su marca. Nuestros más grandes brujos dicen que la lengua de los rostros pálidos va en los dos sentidos; a menudo prometen «Viejo Tom» a los indios, pero para no dárselo los cuelgan del cuello.

Ante esta perspectiva poco atrayente, el miedo se adueñó rápidamente de los seis hombres; para

ellos no existía muerte más vergonzosa.

El señor Gaho reaccionó. Una sonrisa invadió su rostro. Garrapateó algunas palabras sobre un pedazo de papel viejo y se lo tendió a Dientes Puntiagudos.

—Toma, aquí tienes con qué calmar los temores de Bisonte. Los signos de este papel dicen que es absolutamente preciso no colgaros, que sois buenos indios y que os gusta enormemente el agua de fuego.

Y tomando nuestros dos fusiles se los tendió al jefe:

—Acepta este obsequio, es un regalo de los hombres blancos para

quienes les devuelvan los caballos.

Mientras Dientes Puntiagudos, completamente tranquilizado, metía el mensaje en la vaina de su cuchillo y ofrecía un fusil a Oso, mi amigo levantó una manta e hizo aparecer las dos garrafas de güisqui. Inmediatamente, Oso se precipitó hacia ellas, seguido de los otros cinco.

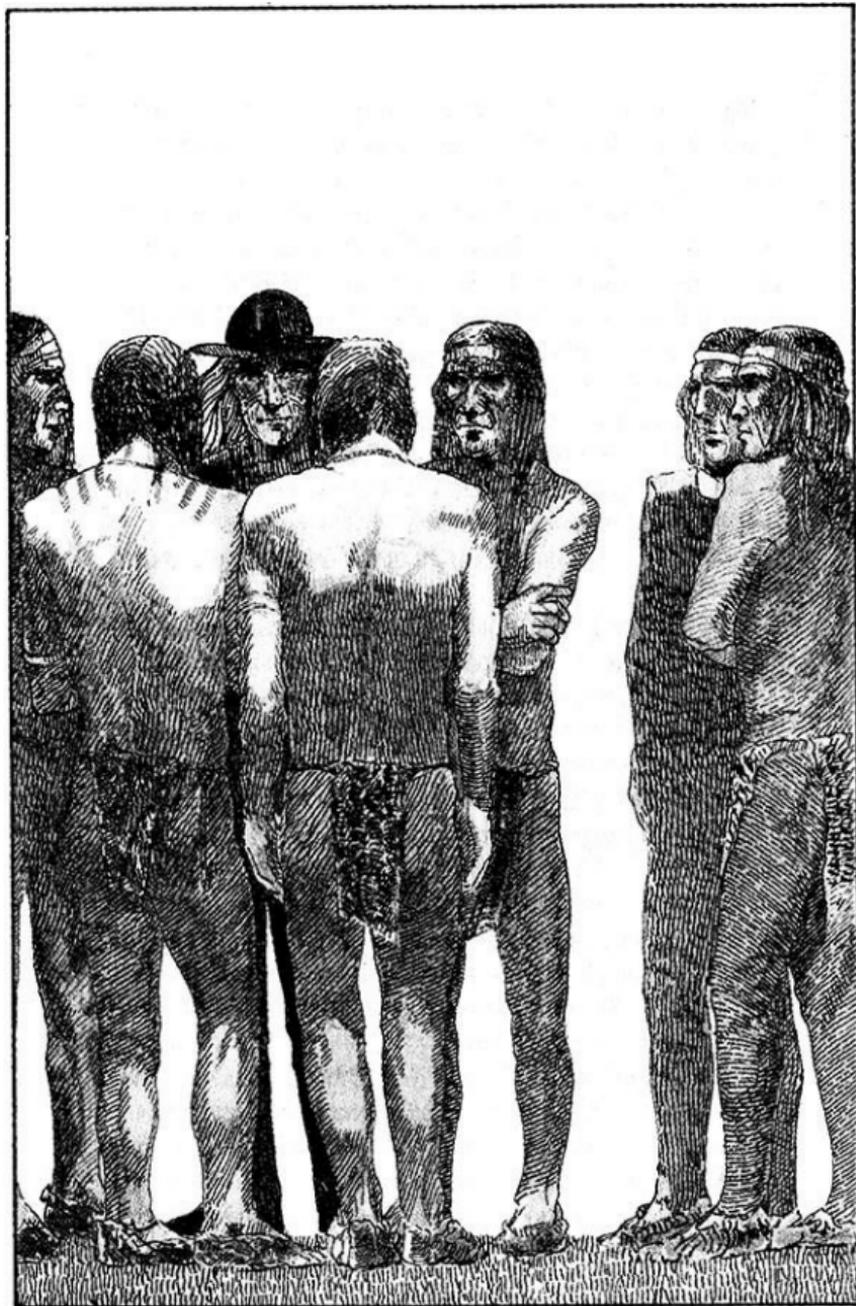
A la mitad de la primera garrafa, Dientes Puntiagudos titubeaba, Bisonte no dejaba de hipar, y Oso, sentado frente a él, entonaba su canto de la muerte; Pantera y Castor se miraban fijamente, temblando de pies a cabeza, en tanto que Lobo, muy digno, permanecía inmóvil,

más tieso que un huso.

Nosotros habíamos recogido nuestro equipaje. Al subir a su caballo, el Fabricante de Lluvia me dijo imperativamente:

—Vamos, Pete, es preciso que partamos. A la segunda garrafa resultarán peligrosos, porque los indios no soportan el alcohol.

A la velocidad a que iban las cosas, yo dudaba, incluso, de que alguno de ellos tuviera fuerzas suficientes para levantar tan sólo la famosa segunda garrafa. Nos alejamos al trote corto.



Cuanto más reflexionaba, menos entendía la manera de actuar de Gigante del Viento. La explicación que me proporcionó me demostró que se sentía muy satisfecho de sí mismo.

—En Fort Scott teníamos doscientos dólares, pero no caballos apropiados para las grandes llanuras que ahora abordamos. Para conseguir estos dos buenos caballos tuve que prometer cincuenta. Dentro de unos días, la banda de Dientes Puntiagudos entregará el grupo de caballos al comandante Mitchum, y todo el mundo se sentirá satisfecho.

La explicación era, desde luego,

lógica; sin embargo, había algo que me molestaba en aquel asunto.

—Pero, Gigante del Viento, usted no entrega caballos suyos, como anunció en el fuerte. Usted no hace más que devolver al comandante Mitchum un hato que ya le pertenecía.

—Eso es falso, muchacho, ya que el comandante no poseía caballo alguno, en razón de que se los habían robado.

Aquella magnífica demostración me dejó escéptico.

—¿Y si los tejas, tras haber bebido su güisqui, se quedaran con los caballos?

El señor Gaho lanzó una carcajada.

—¡No hay peligro! —afirmó—. La banda de Dientes Puntiagudos está constituida por los mayores borrachos que sea posible hallar en todas las tribus pieles rojas del sur de los Estados Unidos. Estate tranquilo, Pete, si Dientes Puntiagudos y Oso saben que les aguarda en el fuerte una buena ración de «Viejo Tom», entregarán los caballos aunque Fort Scott estuviera en el infierno.

Sin embargo, me inquietaba pensar en la nota de recomendación que el Fabricante de Lluvia había entregado a Dientes Puntiagudos. Por encima de su hombro había leído el mensaje, que

decía textualmente: «Comandante Mitchum, tenga la bondad de hacer que transfieran a mi nombre, al Universal Bank de Dodge City, los doscientos quince dólares y doce centavos que le dejé en su caja fuerte. Gracias por anticipado. Firmado: Gaho, criador de ganado».

Dudaba yo mucho que con semejante recomendación los tejas, nuestros buenos amigos, escaparan a la horca, si al comandante Mitchum se le ocurría la idea de colgarlos. Aquello no dejaba de recordarme el asunto de la Biblia hueca. Por lo que al Fabricante de Lluvia se refiere, no pasaría mucho tiempo antes

de lamentar no haber efectuado personalmente la entrega de los caballos.

Hacía diez días que atravesábamos áridos parajes. Puedo afirmar incluso que, cuanto más adelantábamos, más seca se tornaba la tierra y más desolado y triste se presentaba el paisaje. A medida que avanzábamos, las granjas iban escaseando y los árboles desaparecían para dar paso a una vegetación irregular. Desde la mañana del día anterior no habíamos distinguido un ser vivo. Hasta los coyotes y las hienas habían abandonado aquel lugar.

Un viento sofocante que levantaba

nubes de polvo se afanaba por arrancar del suelo el menor brote. Aquel cálido soplo en nada atenuaba el ardor del sol, que traspasaba mis ropas.

A decir verdad, empezaba a inquietarme, y más aún desde que un buitre comenzó a sobrevolarnos a primeras horas de la tarde. El ave de rapiña describía grandes círculos por encima de nuestras cabezas y de pronto se tiraba en picado hacia nosotros como una flecha, lanzando horribles chillidos. Me daba la impresión de que me andaba gritando:

—Pete, tengo hambre, ¿por qué no te has muerto aún?

Paradójicamente, cuanto más nos metíamos en aquel horno, más a gusto y más seguro de sí parecía hallarse Gigante del Viento. ¡Aquel hombre no dejaría de sorprenderme nunca! Fue él quien primero rompió el silencio; yo tenía la garganta demasiado seca para tomar semejante iniciativa. El Fabricante de Lluvia no hizo alusión alguna a nuestras cantimploras vacías ni a las escasas probabilidades que existían de que un arroyo nos cortara el camino. ¡No! Abrió la boca para hablarme del buitre.

—Fíjate en la gracia y en la agilidad de esa ave, Pete. ¿Sabes que puede

planear durante horas enteras sin batir las alas? Mira cómo se aprovecha de las menores corrientes de aire. ¿No es magnífico imaginar la embriaguez que debe causar una libertad tan espléndida?

—No quería perturbar sus bellos pensamientos, señor Gaho, pero en estos momentos me imagino más bien a esa ave de rapiña en trance de devorar mis entrañas. Por lo demás, eso es lo que hará cuando me haya muerto de sed. Mi lengua está tan seca como la alfombra que adorna el despacho de los hermanos Poping en San Luis, donde reciben a sus mejores clientes.

El señor Gaho se encogió de

hombros y frunció el ceño contrariado.

—Es preciso que sepas, muchacho, que un hombre que no sabe sufrir un poco no puede experimentar la alegría de recorrer espacios maravillosos como los que atravesamos. Tú sólo vives con tu cuerpo, Pete, sin utilizar tu imaginación.

No me atreví a responderle que mi imaginación me llevaba, por el momento, a considerarme en el interior de un brasero. Tampoco le dije la escasa emoción que sentía a la vista de los magníficos espacios que recorríamos. El Fabricante de Lluvia veía las cosas de manera tan diferente a la mía, que me

hubiera soltado otro discurso, del que no habría entendido nada. Al echar un vistazo, por entre las orejas de mi caballo, hacia el horizonte, he de declarar con gran vergüenza por mi parte que me era imposible imaginar algo que sonara a felicidad en un próximo futuro. ¡Sería que me hallaba totalmente desprovisto de sentido poético!

Para hacerme perdonar mi simpleza, dije tímidamente:

—Sé que tiene usted razón, señor Gaho, al hablarme como lo hace. Pero mire, es algo más fuerte que yo: en cuanto tengo sed y mi cerebro se me

tuesta, como el tocino en una sartén, soy incapaz de admirar el vuelo de un buitre.

Gigante del Viento se sobresaltó.

—Cómo, muchacho, ¿tenías sed y no lo decías? Detengámonos para sacar agua.

Ya había echado pie a tierra y buscaba en su enorme saco. Yo me encontraba demasiado atontado por el sol para preguntarle de dónde sería posible sacar agua en aquel desierto. ¿Quizás mi amigo era víctima de un espejismo?

Descendí a mi vez del caballo. Más bien he de reconocer que caí de mi silla como un trapo viejo. Mis pies, calzados

con plomo, me condujeron hacia Gigante del Viento, que excavaba el suelo con su largo cuchillo. A su lado había dejado su gran sombrero negro y la taza de hojalata en la que había ofrecido café a los indios.

Haciendo un giro con la mano, el señor Gaho recortó la dura corteza de la tierra, la arrancó en un solo bloque y la arrojó lejos. Vi cómo rebotaba sin romperse; cualquiera habría dicho que se trataba de la tapadera de una caldera.

En el agujero así formado apareció una tierra más blanda. Mi amigo cavó con sus manos y sacó una especie de arena amarillenta que tenía la

consistencia del barro. Me dijo con una sonrisa:

—Mira, Pete, aquí está el agua. Siempre te ocurre lo mismo, sólo sabes ver la superficie de las cosas. Fíjate, muchacho, la fealdad recubre muy a menudo tesoros inestimables, como pasa con esta tierra que nos rodea.

Eché una mirada al agujero. Iba a jurarle que jamás me metería yo en la boca aquella arena blanduzca, cuando el señor Gaho introdujo su sombrero en el agujero. Se apoyó en el fondo hasta hundirlo en la arena esponjosa: un agua maravillosa y límpida se filtró a través del fieltro e invadió el sombrero hasta

los bordes. Para mí, aquello fue un milagro.

El Fabricante de Lluvia sacó el sombrero lleno de agua fresca y me lo tendió. Bebí varios tragos, uno tras otro. Mi amigo llenó nuestras cantimploras, porque el agua parecía inagotable. Los caballos también pudieron calmar su sed en aquel oasis.

Gigante del Viento sacó entonces de su saco una veintena de frasquitos de vidrio que llenó de agua y cerró con mil precauciones. Aquello me extrañó mucho, pero deduje que quería guardar una reserva.

Me sentía rejuvenecido. El azul del

cielo continuaba immaculado y el desilusionado buitre había desaparecido.

Repleto de agua, con una cantimplora bien llena colgada de mi silla, mi humor era excelente. Estaba dispuesto a escuchar cualquier profecía que saliera de la boca del Fabricante de Lluvia. Y eso fue, desde luego, lo que sucedió.

Al volver a subir a su caballo, Gigante del Viento me dijo:

—No nos demoremos, Pete. Con esta sequía hay gente que nos necesita allá lejos, hacia el oeste. Vamos a hacerles caer de las nubes una lluvia tan

beneficiosa que alegrará su corazón durante largo tiempo.

Tras los acontecimientos que vivía desde hacía poco, había llegado a olvidarme del poder que había dado al Fabricante de Lluvia el título que ostentaba.

Aquella misma tarde, quitándose sus pingos, que lo asemejaban a un indio, el señor Gaho se puso la indumentaria que vestía el día que lo encontré. Renacía el hombre de negro.

3 Una pequeña población y una gran promesa de lluvia

HABÍAMOS VIAJADO durante varios días a lo largo del río Rojo, que sirve de frontera entre los estados de Oklahoma y Texas. Al sur de esta línea,

tras las cascadas de Wichita, se encuentra una inmensa planicie, ligeramente ondulada, en donde el clima es tan ingrato que los colonos difícilmente se instalan allí. En el centro de esa planicie, a igual distancia de las fuentes del Rojo, al sur, y del río Blanco, al norte, hay una pequeña población llamada Lubbock. Para Gigante del Viento y para mí, aquella población no habría ofrecido interés alguno si mi amigo no hubiera sabido que hacía más de dos años que no llovía allí.

En suma, Lubbock era el verdadero paraíso para un Fabricante de Lluvia.

Situados sobre un montículo, observábamos la población. Las casas estaban construidas con tablas mal encuadradas y adobe. En las cuatro esquinas de la población, alzados como centinelas, otros tantos molinos de viento para sacar agua parecían tender hacia el cielo sus ruedas de aletas. Aquellas máquinas accionadas por el viento extraían agua del suelo. Pero en Lubbock no sacaban agua, por la sencilla razón de que en aquel valle nunca soplaban el viento.

Con la esperanza de lucir la filosofía que había heredado de mi padre, el predicador, creí conveniente observar

en voz alta:

—Me pregunto qué es lo que puede impulsar a unos norteamericanos a echar raíces en semejante rincón. ¿Por qué no van a instalarse en otra parte?

Mi amigo masculó:

—«Otra parte» es el lugar de donde venimos; y si tú crees que allí la vida es mejor, pequeño atolondrado, ¿qué es lo que haces aquí?

No supe qué responderle.

Al reflexionar sobre los males que traía consigo la sequía, o al recordar al menos lo que había oído decir al respecto, me acometió el deseo frenético de correr en socorro de aquellas pobres

gentes.

—Vamos, señor Gaho, estoy dispuesto a lo que sea; este pueblo debe de estar viviendo con la esperanza de ver llegar a un hombre como usted.

En lugar de lanzarse a la carrera, el Fabricante de Lluvia se bajó del caballo:

—¿Crees que basta con llegar a un pueblo para que inmediatamente caiga agua del cielo? Si piensas que no hay más que dirigirse a los elementos de la naturaleza para que te obedezcan inmediatamente, te equivocas por completo, Pete. Al contrario, con ellos hay que obrar con astucia, atraerlos,

conocer sus defectos, saber husmear el momento favorable. ¿Sabes, al menos, olfatear el viento? ¿Sabes por qué mis hermanos iroqueses me llamaron «Gigante del Viento»?

Me vi obligado a responder humildemente:

—No, señor Gaho, no lo sé.

Ante mi aire contrito, el hombre de negro se ablandó:

—Claro que no puedes conocer todas esas cosas; eres demasiado joven para eso; pero aprenderás muy pronto si sabes escuchar y ver.

Me encerré en un cortés mutismo. En realidad, me sentía avergonzado de mi

escasa edad y del poco saber que había adquirido hasta aquel momento. Me juré que a partir de entonces tendría bien abiertos ojos y oídos.

Respiré hondo mientras esperaba. Nada había de extraño en que hubiera provocado la irritación del Fabricante de Lluvia, porque por mucho que husmeara como un búfalo, no olía absolutamente nada. Decididamente, tenía una auténtica necesidad de reparar mi retraso, aprendiendo a husmear el viento.

El señor Gaho hizo cesar rápidamente mi aprendizaje.

—Deja de resoplar como una foca,

Pete, y prepara la acampada para la noche.

Mientras desensillaba los caballos y me entregaba a las diferentes tareas de la acampada, no dejaba de observar a hurtadillas a mi compañero, que se consagraba a extrañas ocupaciones. Había clavado en la tierra una fina varita de madera. Se sacó un hilo del forro de su chaqueta, lo sujetó por un extremo a la punta de la varita y lo dejó colgar. Aparentemente satisfecho, extrajo de su saco una lupa y, tendido todo lo largo que era, comenzó a inspeccionar las grietas del suelo.

Se alzó de repente, tomó una rama

seca y la cortó en cuatro trozos aproximadamente iguales; con los pedazos encuadró la pequeña porción de tierra que acababa de examinar.

Tras haber concluido aquella misteriosa tarea, me concedió su atención.

—Ven a ver esto, Pete. Acabo de construir una estación meteorológica. Seguramente que no es tan completa como la que tienen los hombres de ciencia de Boston, pero resulta más práctica para lo que queremos hacer. Aquí se alía el saber de la ciencia con el poder sobrenatural de tu amigo el Fabricante de Lluvia.

Aquellas frases resultaban herméticas para mí y me provocaban escalofríos en la espalda. Decididamente, nunca llegaría a dominarme por completo.

Al llegar la noche, encendimos un pequeño fuego: Gigante del Viento no deseaba que le descubrieran desde el pueblo. Sacó de su enorme saco los frasquitos y selló con cera los tapones sobre sus bocas. Finalmente, volvió a meter todo en el saco de lona. Aquellos manejos me parecían cada vez más sospechosos. Y, además, yo no dejaba de considerar el famoso saco con cierto temor, teniendo en cuenta la enorme

cantidad de objetos raros que el Fabricante de Lluvia era capaz de sacar de él. Creo que si de repente hubiera sacado un león agitando sus garras, lo habría encontrado natural.

Pero me vi obligado a desviar mi mirada de aquel saco mágico, porque el señor Gaho estaba hablándome:

—Tendrás que observar atentamente ese hilo, muchacho. En este momento está inmóvil, pero si se moviera, por poco que fuera, deberás advertírmelo inmediatamente. Ahora vamos a dormir, mañana nos aguarda una larga jornada de trabajo. Entonces te mostraré lo que hay dentro del cuadrado que he marcado

en el suelo con los palos.

Me tendí de manera que pudiera ver el hilo. Colgaba inmóvil, hechizante: ni el más ligero soplo de aire lo mecía. Estuve así un largo rato, pero a fuerza de concentrar mi mirada sentí que mis párpados se cerraban poco a poco sin que pudiera impedirlo. Antes de sumirme en la inconsciencia, me oí decir:

—¿Cuándo iremos a Lubbock, señor Gaho?

Me llegó una voz lejana, como envuelta en algodón:

—Quizás vayamos mañana, o dentro de una semana, o de un mes... Todo

depende del hilo, Pete... Todo depende del hilo...

Aquella frase se grabó tan intensamente en mi espíritu que al día siguiente me preguntaba si no la había soñado.

Al alba, tras haber desayunado una loncha de tocino frito y un tazón de humeante café, Gigante del Viento tomó su lupa y me atrajo hacia el marco de palos. Señalándome una pequeña grieta del suelo, me dijo:

—Observa bien esta grieta debida a la sequedad; en sus bordes han echado raíces plantas minúsculas. Fíjate también en esos pequeños insectos que

hormiguean en torno a cada brote. Esa planta está formada de dos partes cóncavas enfrentadas, exactamente como una cáscara de nuez. El insecto querría penetrar en el interior de la planta, pues contiene un zumo que le apasiona, pero no lo consigue. La planta permanece herméticamente cerrada para no perder la poca humedad que posee. A la más pequeña brisa cargada de humedad que detectemos gracias al movimiento del hilo, la planta se abrirá para obtener la humedad del aire, y entonces verás al insecto hincharse de zumo y, satisfecho, desaparecer en el fondo de la grieta en donde encuentra el agua indispensable

para su vida.

Me quedé boquiabierto. Jamás habría llegado a sospechar la existencia de ese mundo minúsculo que aparecía a mi vista, y todavía no comprendía cómo aquellos seres diminutos podrían ayudarnos a hacer caer la lluvia. El Fabricante de Lluvia, que era mucho más sabio que yo, me explicó que la planta era una especie de liquen, y que el insecto tenía un nombre latino. En cuestión de nombres latinos, hasta entonces yo no había oído hablar más que de un tal Julio César, que al parecer había vivido en la vieja Europa. Ante las lagunas que tenía mi educación, me

juré que ingresaría en una escuela de Carolina del Sur en cuanto tuviera tiempo.

Tras las explicaciones del señor Gaho, mi inclinación por el saber se tornó inmensa y quise aprender más. Orgullosa de mis nuevos conocimientos, consideré oportuno resumir la situación.

—Si he entendido bien, lloverá en cuanto se agite el hilo.

El Fabricante de Lluvia se sobresaltó como si hubiera oído una barbaridad.

—No, muchacho, porque las cosas de la naturaleza no son tan simples. Este hilo que aquí ves es, en ciertas

ocasiones, el «signo favorable», pero no es obligatoriamente el «signo precursor». Cuando se mueva como es preciso que se mueva, entonces tendremos que ayudar al cielo en su tarea. A nosotros nos corresponderá, en ese momento, desencadenar la borrasca y hacer que llueva aquí en vez de en otra parte.

Aquella responsabilidad me encantaba, a pesar del temible papel que presentaba tan sobrenatural tarea.

A fin de poder vanagloriarme más tarde de haber realizado en mi vida una obra útil, durante tres días no dejé de observar el hilo.

Sólo al cuarto día el corazón saltó en mi pecho. Olvidando todo el respeto que debía al señor Gaho, grité:

—¡Eh, Fabricante de Lluvia, venga a toda prisa! ¡El hilo se mueve de una manera increíble!

Mi amigo acudió sin apresurarse, observó el hilo, se agachó, examinó el suelo con la lupa y, enderezándose, calmó en un instante mi excitación con una indicación breve y precisa:

—El hilo se mueve, efectivamente, pero en el sentido en que no conviene.

Me sentí hastiado, asqueado de aquella ciencia repleta de trampas.

El señor Gaho, compadecido de mi

aspecto desilusionado, me explicó con paciencia:

—En estos parajes sólo el viento del sureste trae nubes. Es preciso, por consiguiente, que el hilo se mueva en dirección al noroeste para que se convierta en un signo favorable.

Para mayor seguridad, Gigante del Viento clavó en tierra una ramita, a diez centímetros de la varita a la que estaba sujeto el hilo.

—Ten mucho cuidado, chico; cuando veas al hilo aproximarse a esa ramita, eso querrá decir que el viento sopla en el buen sentido y me avisarás.

Jamás habría creído que un pedazo

de hilo pudiera absorberme hasta tal punto. Cada vez que echaba un vistazo al artilugio, mi corazón comenzaba a latir con fuerza y creía sufrir alucinaciones. Me costaba muchísimo no decirle a gritos: «Muévete, perezoso, en vez de estar colgado inmóvil, como un cuatrero ahorcado».

Al quinto día había llegado a detestar el hilo tanto como la enorme sartén que cada noche tenía que limpiar con un puñado de tierra. Sentí el deseo irresistible de sacarle la lengua cuando lo vi «lamer» la ramita. Fue tan breve el instante, que creí haberme engañado; pero al cabo de unos segundos empezó a

retorcerse como un gusano. Se me heló la sangre en las venas y, a pesar de mi deseo de estallar, conseguí contenerme, a la espera de lo que iba a suceder.

Tras algunos titubeos, mi hilo empezó a ondear regularmente hacia la ramita. No pudiendo soportarlo, empecé a gritar a pleno pulmón:

—¡Ya está, Gigante del Viento!
¡Nuestro condenado hilo se mueve ya en el buen sentido...!

A mis espaldas, una voz tranquila calmó mi exaltación:

—Es inútil gritar tanto, chico, no soy sordo. No tienes que repetirlo, esta vez Manitú nos envía el viento bueno.

Y tomando su lupa una vez más, me la puso en la mano, empujándome hacia la tierra seca:

—Míralo tú mismo, Pete. La planta está ahora abierta y el insecto aspira todo su zumo. Nuestro liquen ha sentido la humedad del viento, mientras que nosotros somos incapaces de detectar su caricia y su frescura en nuestros brazos desnudos.

¡Qué alegría, Dios mío! En un instante había vuelto a ser un feroz partidario de los procedimientos científicos. No estaba lejos de creerme un sabio.

En unos minutos recogí mi equipaje,

y estaba a punto de ensillar mi caballo cuando el señor Gaho me calmó una vez más:

—¿Por qué tanta prisa, chico? Mira, no lloverá hasta que yo le haya hablado a las nubes...

Se calló, pareció titubear un instante, y acabó por murmurar para sí:

—Después de todo, si el Ser Eterno ha querido que en Lubbock no llueva durante dos años, bien pueden sus habitantes aguardar unas horas más.

En mi precipitación había olvidado que el hilo, la planta y el insecto no eran más que unos simples instrumentos de medición, pero que correspondía al

Fabricante de Lluvia la realización del milagro.

Mi amigo dedicó el resto del día a hacerme mil recomendaciones. Me dijo que el primer paso en falso por mi parte podía estropearlo todo. Mi papel en este asunto era casi tan importante como el suyo.

Al día siguiente, mediada la mañana, nos dirigimos a la población. Lubbock no se parecía en nada a San Luis. Una calle única y sin nombre la cortaba de un extremo a otro, separando las construcciones en dos partes iguales. Abrumadas por el sol, las casas no resplandecían con colores brillantes;

parecían pintadas con el polvo que cubría el suelo. Lubbock era apagada y triste, como una planta privada de agua. A excepción de una gran construcción roja, de ancha fachada, en la que seis letras de un amarillo desvaído anunciaban: *SALOON*. Debajo podía leerse: *Hotel todo confort. Se alquilan habitaciones por día y por mes.*

Habíamos entrado en Lubbock al paso de nuestras monturas, y casi llegamos al otro extremo sin haber encontrado un alma.

Sin mostrar extrañeza, el hombre de negro se alzó sobre sus estribos y, con su voz capaz de hacer desplomarse a las

montañas, gritó a los cuatro vientos:

—¡Hola! ¿No hay nadie aquí? ¿Es ésta una ciudad fantasma?

Un salivazo brotó de la sombra de un tejadillo embreado y fue a aterrizar entre las patas de mi caballo. Una voz monocorde nos informó:

—La población de Lubbock se eleva a 175 habitantes, forastero. Hace menos de un año éramos 176, pero me apuesto a que antes de poco tiempo quedarán en este condenado villorrio sólo tres o cuatro.

Un nuevo salivazo partió de la sombra, y la voz prosiguió en el mismo tono:

—Y si no ha salido la música a recibirlo, forastero, es porque en Lubbock no hay banda.

El hombre se hallaba apoyado en una pared de tablas. Su barbilla descansaba en el extremo del mango de una horca. El borde de un viejo sombrero de paja desflecada le ocultaba los ojos, pero dejaba ver la barba que le comía las mejillas. Su camisa de un azul desvaído se abría sobre un torso magro. Su pantalón, sujeto de cualquier manera por un par de tirantes de color lila, cubría unas piernas arqueadas. Los gruesos dedos de los pies asomaban por su calzado. Con seguridad, aquel

hombre sufría desde hacía tiempo las consecuencias de la falta de agua. No dejaba de masticar flemáticamente un pedazo de tabaco.

—Dígame, amigo —preguntó el Fabricante de Lluvia—. ¿En dónde puedo encontrar en este pueblo una cuadra para nuestros caballos?

El viejo hundió sus sucios dedos en el espesor de su barba, se rascó y respondió de un tirón:

—En primer lugar, forastero, ha de saber que en Lubbock yo no soy amigo de nadie. Aparte de eso, si busca una cuadra, yo, en su lugar, me iría hasta el barracón de Pat O'Delly, ese condenado

irlandés...

Se concedió tiempo para escupir y prosiguió:

—... no puede equivocarse, es en la dirección en la que marcha.

El viejo lanzó un largo suspiro y concluyó:

—Ahora déjeme, forastero; esta condenada conversación me ha derrengado.

Aquel individuo que no tenía amigos descansó su barbilla sobre el mango de su horca y olvidó completamente nuestra existencia.

Un poco más lejos pudimos leer *Herrero*, pintado en una tabla clavada en

la fachada de un almacén. Descendimos de los caballos y penetramos en el interior del edificio.

El herrero, con su delantal de cuero colocado sobre la reja de un arado, dormitaba en una curiosa posición: sentado en un banco de trabajo, apoyada la espalda en el yunque, tenía los pies sobre las cenizas apagadas de su fragua. Como si saliera de un largo sueño, volvió lentamente la cabeza hacia nosotros y, al girar, perdió el equilibrio sobre el banco. Quiso enderezarse agarrándose al enorme fuelle, lo que tuvo por resultado esparcir las cenizas de la fragua, sin que aquello impidiera

la caída del herrero. El hombre se puso en pie, limpiándose para adoptar una apariencia más digna. Después examinó nuestros caballos, se fijó en nosotros y pareció tan sorprendido que su boca se abrió de par en par. Con un golpe del pulgar volvió a colocarse contra el paladar superior la dentadura postiza que se le había caído.

Aquel hombre parecía un buitre acechándonos en la planicie. Su cuerpo, de hombros escurridos, se hallaba cubierto con una levita cuyos faldones le colgaban por detrás como dos largas alas. Su cuello descarnado parecía experimentar dificultades para sostener

una cabeza completamente calva. Ésta se balanceaba cadenciosamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si fuera un metrónomo. En su rostro, una nariz ganchuda, dos ojos redondos y sin párpados que nos observaban intensamente, y un mentón huidizo. Nos dirigió la palabra con una voz que era casi un graznido:

—Les presento mis excusas, señores, estaba echando un sueñecito. Soy O'Delly, para servirles. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

Mi amigo tomó la palabra:

—Sí, queremos confiarle el cuidado y mantenimiento de nuestros caballos.

Vea lo que necesitan y, sobre todo, no les escatime la avena. Además, éste necesita un herrado, empieza a cojear.

El herrero estuvo a punto de echarse a llorar de alegría.

—¿Herrar..., herrar un caballo?
¡Por fin!

Se enjugó la frente con un enorme pañuelo a cuadros y preguntó:

—¿Sabe usted cuánto tiempo hacía que esperaba esto?

Por una sola vez, el Fabricante de Lluvia me pareció sorprendido:

—¿Pero es que es éste el primer caballo que ve desde hace mucho tiempo, amigo?

—¡Oh!, claro que no, pero con esta maldita sequía los caballos del pueblo no van a ningún lado. Un caballo que permanece en la cuadra no precisa herraduras, y un herrero que no pone herraduras a los caballos no es un verdadero herrero.

Volvió a pasarse el pañuelo por la frente y se lamentó:

—Mire, forastero, en Lubbock, los caballos son como los hombres, nada les impulsa a salir. Aquí a nadie se le ocurriría empuñar un apero.

El hombre de negro replicó sonriente:

—Pues nosotros nos hemos topado

en la calle con un tipo que llevaba una horca...

—¡Ah!, ése es el viejo Cricket. En cien millas a la redonda no hay un tipo más haragán. Si va con esa horca a todas partes es porque tiene la altura precisa para apoyar la barbilla. Es demasiado holgazán para llevar él solo su cabeza, y demasiado gandul para hacerse un bastón a la medida oportuna.

El herrero nos confió que hacía por lo menos cinco años que veía al viejo Cricket con su horca, y que el pobre se angustiaba ante la mera idea de que un día se le rompiera.

Abreviando aquellos comadreo

aldeanos, mi amigo preguntó:

—¿Son confortables los dormitorios del *saloon*?

El herrero emitió un pequeño silbido.

—Forastero, no es así como debe usted plantear la pregunta, si se tiene en cuenta que en el *saloon* sólo hay una habitación para alquilar. Pero si quiere dormir en Lubbock, tendrá que ser allí, en casa de Mitzy. Hay dos razones para ello: la primera es que su visita causará un placer al dueño, puesto que no ha tenido un solo cliente desde hace más de un año. La segunda es que en por lo menos doscientas millas a la redonda no

hay más hotel que el de Mitzy. En realidad, Mitzy era el nombre de la antigua propietaria del *saloon*. Murió hace exactamente un año. Según el doctor, los pulmones de Mitzy se habían resecado por culpa del aire, que es demasiado seco en esta comarca.

Con el dorso de la mano, el herrero aplastó una lágrima en su mejilla y declaró:

—Compréndalo, forastero, entre nosotros, y en su recuerdo, seguimos hablando de Mitzy al mencionar el *saloon*.

El señor Gaho, que parecía animado de muy buenos sentimientos, declaró que

lo comprendía muy bien.

Estimando sin duda que ya había dicho bastante, el herrero tomó las bridas de los caballos y rodeó la construcción. Gigante del Viento se echó su gran saco al hombro y me hizo señas de que lo siguiera.

En el exterior nos sofocó el aire cálido. A grandes zancadas, nos dirigimos hacia el *saloon* de la difunta señora Mitzy.

Para llegar al *saloon* era preciso subir tres escalones y franquear una puerta de vaivén. El interior consistía en una gran sala, al fondo de la cual una escalera de madera conducía al primer

piso. En el centro de la sala, una enorme araña de hierro forjado, que agrupaba, en círculo, seis lámparas de petróleo, colgaba del techo por medio de una gruesa cadena. Aquellas arañas estaban muy de moda desde que el primer pozo escupió petróleo en Titusville.

A la izquierda, una larga barra de caoba nos separaba de una serie de estanterías en donde se alineaban botellas de todas las formas y de todos los colores. Muy visible, en un marco de madera, colgaba encima de la caja el decreto gubernamental sobre la templanza. El documento estaba firmado por el presidente de los Estados Unidos.

A nuestra derecha, una docena de mesas y cuatro de sillas esperaban a los clientes. Por aquí y por allá estaban distribuidas cuatro grandes escupideras de cobre, bien lustradas.

Saliendo de no sé qué sitio, vino a plantarse ante nosotros un chiquillo que no tenía más edad que yo. Sus ropas no eran mejores que las mías. Su nariz puntiaguda rebosaba de pecas, y en la mano sostenía una escoba. Destacaban sobre todo sus cabellos, que eran tan rojos que cualquiera hubiera podido pensar que se habían incendiado.

El chico, sin dejar de observarme, se dirigió al hombre de negro:

—Buenos días, señor forastero. Si precisa alguna información, Fred Johnson está a su servicio para ayudarle.

El señor Gaho dejó su saco en tierra y declaró con aplomo:

—Fred, mi compañero y yo deseamos pasar aquí algún tiempo. Queremos una habitación con baño y, después, una buena comida.

La boca de Fred, como antes la del herrero, se abrió de par en par. Sin dejar de mirarme, masculló en dirección a mi amigo palabras ininteligibles. Al hacerlo arqueaba tanto los ojos, que me di cuenta de pronto de por qué hablaba a uno, mirando al otro: Fred padecía una

enorme bizquera.

Al cabo de un momento, que me pareció un año, nuestro interlocutor recobró el dominio de sí mismo. Sin dejar de clavarme sus pupilas azules, se volvió a medias y gritó hacia el fondo de la sala:

—¡Eh, papá, ven enseguida! Aquí hay dos forasteros que quieren convertirse en clientes tuyos. Hay, incluso, uno que habla de tomar un baño.

De detrás de una cortina salió un hombre precedido de un vientre enorme. Sus dos cejas alzadas denotaban una gran sorpresa.

—¿Es cierto lo que dice mi hijo?

El señor Gaho asintió con la cabeza y, al tiempo, las cejas del propietario descendieron. Después, repentinamente suspicaz, añadió:

—¿Es que, por casualidad, les han dicho que ha aparecido oro por estos parajes? Porque, sin querer faltarles al respeto, y simplemente por comportarme honradamente...

—Nadie nos ha dicho nada de eso —le cortó secamente el señor Gaho, a quien empezaba a molestar el comportamiento de los habitantes de aquella población.

Sin embargo se dominó, y manifestó con su más encantadora sonrisa:

—Pasábamos por Lubbock y nos ha seducido el encanto de su población. En consecuencia, nos gustaría estar aquí unos ocho días.

Ante la magnitud de aquella mentira, el señor Johnson fue acometido por una risa nerviosa y su enorme vientre se agitó. Después se enjugó los ojos con el trapo de secar los vasos que llevaba en la mano, y exclamó:

—Voy a darles la única, pero la más bella habitación, de la casa. Ya verán, no es muy grande, pero tiene dos camas. Cualquiera creería que ha sido amueblada expresamente para ustedes.

Tras pasar al otro lado del bar, el

propietario del *saloon* extrajo un grueso libro de debajo de la caja. Sopló por encima y desapareció tras una nube de polvo, que le produjo un inmediato ataque de tos. Tendió el libro abierto al Fabricante de Lluvia:

—Voy a darles la habitación setecientos treinta y ocho. ¿Puedo pedirles que inscriban en el registro sus nombres y profesiones?

El señor Gaho metió la pluma en el tintero, pero salió tan seca como el esqueleto de un buey blanqueado al sol del desierto.

—Mil excusas —dijo el propietario—. ¡En esta parte de América el aire es

tan vivificante que los líquidos se solidifican en los tarros!

Y añadió, dirigiéndose a su hijo:

—Fred, tráeme de la cocina el tarro verde que está cerrado con cera. La tinta ha vuelto a evaporarse.

Cuando Fred lo hubo llenado, mi amigo escribió legiblemente: «Señor Gaho, doctor en Fenómenos Naturales, y su ayudante, Pete Breakfast».

Tras la lectura, el señor Johnson se mostró tan respetuoso como le fue posible.

—Sígame, Señoría, y usted también, señor Pete, quiero enseñarles yo mismo su habitación.

Debo confesar que me sentía muy orgulloso ante el respeto que inspiraban nuestras dos personas. Pero no pude evitar pensar que Gigante del Viento era un mentiroso redomado.

En la habitación, Fred logró la proeza de mirarnos a los dos a la vez con admiración, mientras su padre explicaba:

—Y si encuentra chinches en los muebles, no les dé importancia, Señoría. En esta época del año están sólo de paso. Aunque, evidentemente, no soy yo quién para explicar a una persona de su calidad las costumbres de ese bicho.

Después acució a su hijo:

Vamos, chico, aprisa. ¿Has olvidado que estos señores deseaban tomar un baño?

Cuando se cerró la puerta examinamos el lugar. No había transcurrido un cuarto de hora cuando Fred llamaba a la puerta.

—El baño, Señoría.

A guisa de baño, el propietario del *saloon* enviaba a sus clientes... dos cubos de agua tibia del color del fango.

Cuando al dar las doce y media bajamos a la gran sala, la atmósfera del *saloon* vibraba con una algarabía ensordecedora. Tuve la impresión de penetrar en una colmena; el *saloon*

estaba repleto.

Más de cincuenta personas gesticulaban y hablaban al mismo tiempo. La barra estaba rebosante de botellas de todo género y las mesas desaparecían bajo los jarros de cerveza. Sólo quedaba libre una mesa. Encima, bien a la vista, había un pedazo de cartón en el que habían escrito torpemente: «Reserbada pa Su Escelenzia».

Ni por un momento dudé de que «Su Excelencia» fuéramos nosotros. Me senté bien erguido ante la mesa, con un brazo a cada lado de mi plato.

De repente me sentí dominado por

una extraña sensación. Alcé la cabeza por encima de mi vaso: todo el mundo callaba, inmóvil, con los ojos clavados en nosotros. En el ángulo más alejado de nuestra mesa me parecía oír a una araña tejer su tela.

Apareció el barrigudo señor Johnson. Nos hizo reverencias como si fuera un cocinero chino de San Francisco y murmuró al oído del hombre de negro:

—No se ofenda Su Excelencia, pero ya le dije que era usted el primer visitante distinguido desde hacía más de un año. Como es lógico, nadie se lo ha querido perder.

Pavoneándose, el propietario añadió:

—Mire, yo comparto sus sentimientos, sobre todo teniendo en cuenta que este acontecimiento se halla en trance de provocar la fortuna de mi bar.

Mi amigo aceptó muy bien la cosa y preguntó con absoluta sencillez:

—Pero, dígame, buen hombre, ¿por qué, hasta hace un momento, armaban semejante jaleo?

—¡Bah! Es a causa de las apuestas, Señoría. Ya sabe usted, por aquí a algunos les gusta apostar de firme.

Gigante del Viento mostró una cara

tan sorprendida que el otro prosiguió explicando:

—La noticia de su aparición en el pueblo ha corrido como un reguero de pólvora, y para dar una prueba de la alta calidad de usted he tenido que mostrarles mi registro. Es preciso que añada que yo también estaba interesado en hacerles ver la magnificencia de mi clientela.

—¿Y qué? —preguntó el Fabricante de Lluvia, que, como yo mismo, tampoco acertaba a advertir el sentido de tales explicaciones.

—Pues bien, se trata de esto. Algunos opinaban que habría que

tratarle como «Señoría» y otros se inclinaban por «Excelencia». Todos se han puesto a apostar antes de que usted pueda confirmar cuál es su tratamiento.

Un movimiento agitó la sala y cincuenta pares de ojos se clavaron en nuestra mesa. Tranquilo y digno, el señor Gaho echó hacia atrás su silla, alisó las mangas de su chaqueta y tosió con distinción para aclararse la voz.

—Amigos míos, mi compañero, aquí presente, y yo les agradecemos el interés que muestran por nosotros. En lo que concierne a mis títulos honoríficos no vamos a andar con cumplidos entre nosotros. Llámenme doctor,

simplemente, y eso bastará.

Las conversaciones se reanudaron con animación. Sería más justo decir que estallaron como un barril de pólvora echado al fuego. El hombre de negro no se dignó sacar de dudas a los apostantes.

Me impresionó la amable sencillez de que había dado muestras el Fabricante de Lluvia. Para hacerme una idea más clara de los acontecimientos, metí mi cuchara en un gran plato de habas que Fred acababa de deslizar bajo mi nariz.

A pesar del griterío y del estruendo que reinaban ahora en la gran sala, el viejo Cricket, con la espalda pegada al

muro, dormitaba, apoyado el mentón en el mango de su horca. Desde el lugar que yo ocupaba, daba la impresión de estar colgado por el cuello en el perchero.

Tras la comida, el Fabricante de Lluvia se puso su enorme sombrero negro y dijo que iba a dar una vuelta..., a fin de admirar los magníficos campos de los alrededores, según precisó.

Para respetar las instrucciones recibidas, yo salí y fui a sentarme en el tercer escalón ante la entrada del *saloon*.

No llevaba allí un minuto cuando Fred vino a instalarse a mi lado.

—¿Puedo hablar con usted un instante, señor Pete?

—Pues desde luego, me gusta mucho que me den conversación.

Para mostrarme amable, me volví a fin de mirarle a la cara. Su pecosa nariz apuntaba hacia mí mientras que sus dos ojos se clavaban en mis dos orejas.

A falta de la lluvia, hablamos del buen tiempo. Y Fred me contó su vida.

Antes de venir a instalarse en Lubbock, el padre de Fred poseía en el estado de Kansas una granja en la que criaban vacas de largos cuernos y algunos caballos. Todo fue bien hasta que un día, en su ausencia, vino a pasar

por allí una banda de cheyennes. Iban en busca de un traficante de armas que les había robado. Presa del pánico, la madre de Fred cogió un enorme trabuco que siempre estaba colgado encima de la chimenea y mató al jefe de los pieles rojas. Los demás, a quienes la muerte de su jefe volvió locos de furia, mataron a la señora Johnson, quemaron el rancho y se llevaron el ganado. Fred escapó a la matanza metiéndose hasta la nariz en la charca de los patos.

Hablamos además de mil cosas, pero desde el comienzo de la conversación yo advertía claramente que Fred deseaba referirse a otro asunto.

Intenté llevarle hasta el tema que quería.

—Pues —dijo turbado— querría hacerle una pregunta...

Le animé a que prosiguiera.

—Pues bien, señor Pete, ¿puede usted explicarme qué es exactamente un doctor en fenómenos naturales?

Me vi en dificultades. Recurrí a mis conocimientos y me los arreglé para simplificar mi exposición:

—Un doctor así es, ante todo, un sabio que conoce recursos muy misteriosos y complicados. Por ejemplo, puede curar a la gente de enfermedades que no tiene. Puede también construir, con lo que tiene a mano, una estación

meteorológica.

Para no poner una cara tan obtusa como la mía, Fred agachó la cabeza varias veces.

—Sí, ya veo —murmuró.

Pero como yo estaba seguro de que no veía nada en absoluto, le proporcioné algunos detalles.

—Consideremos que el doctor Gaho es en realidad un gran especialista de los fenómenos naturales. Este hombre puede conversar con las nubes e, incluso, con la tierra. No hace aún mucho tiempo le vi, como te veo a ti, pegar su oído al suelo y encontrar en un minuto cincuenta caballos que andaba

buscando desde hacía ocho días.

Para acabar de convencerlo, añadí:

—Créeme, es la pura verdad. La prueba es que, después del doctor, yo mismo pegué mi oreja a la tierra y oí correr los caballos.

Ante el efecto que provocaron mis palabras, me embalé:

—Oye, voy a confiarte un secreto: un doctor en fenómenos naturales es nada menos que un Fabricante de Lluvia. ¡El señor Gaho es un famoso Fabricante de Lluvia!

Fred pareció sofocado. No supo más que repetir tres veces:

—¡Ah, caray!

Todavía muy alterado por mis revelaciones, Fred pretextó una tarea urgente que le esperaba en la cocina y se levantó como si se hubiera sentado sobre un erizo.

Me sentía bastante satisfecho de mí mismo. Conforme a las instrucciones recibidas, había soltado las «palabras claves». Sin embargo, había algo que me preocupaba: en varias ocasiones me había vuelto hacia un lado, para poner uno de los ojos de Fred enfrente de los míos, pero en ningún momento había tenido la impresión de haber captado enteramente su atención.

Después, y para matar el tiempo,

resolví pasear por la única calle de Lubbock. Estaba, como por la mañana, totalmente desierta. Pasé ante una especie de bazar que lucía una inscripción sobre su puerta: «Señor Racoon. Almacén de avituallamiento». Considerándome demasiado nuevo en la región, no me atreví a entrar.

Fue Fred quien me dijo más tarde que, en realidad, el propietario del bazar se llamaba Searcy. Pero teniendo en cuenta que siempre lavaba los huevos que los granjeros le confiaban para vender en la población, todo el mundo le llamaba Racoon^[5]. Una noche, un bromista de mal gusto llegó, incluso, a

escribirlo en su puerta.

Más lejos, a la sombra de un gran porche, se balanceaba una mecedora, en la que hasta hacía poco había estado sentado alguien. Tras los vidrios de la ventana, que se habían vuelto opacos por las deyecciones de las moscas, vi moverse los visillos desgastados. Deduje que el aficionado a la mecedora prefería observarme «de incógnito».

Más allá, una fachada, a la que habían dado una mano de nafta^[6] para evitar que fuese devorada por las termitas, estaba cuajada de orugas procesionarias. Era la oficina del *sheriff*. El *sheriff* estaba tan orgulloso

de sus funciones que todos le llamaban señor Peacock^[7]. Nadie se acordaba ya de su verdadero nombre.

Poco a poco, en el curso de mi paseo, reparé en que el pueblo se animaba de manera insólita. Al comienzo, sombras furtivas corrían de una casa a otra. Después, varias personas atravesaron la calle. Como si cobraran valor, algunas se llamaron en voz alta, y en los quicios de las puertas se iniciaron conversaciones.

La agitación iba creciendo. Las puertas resonaron; cada uno salía de su casa para dirigirse a la del vecino.

Temiendo una revolución, preparaba

prudentemente un repliegue hacia el *saloon* cuando tropecé con el hombre de negro. Tomándome por el brazo, y levantándome en vilo sin más dificultad que si yo hubiera sido una almohada de plumas, me gritó:

—Ven, muchacho, hoy es un gran día. ¡Te invito a una limonada!

Sentado ante la mesa reservada a Su Excelencia, el señor Gaho llamó al propietario con un vozarrón que hizo temblar los cristales. Con el aire de un gato que acaba de zamparse el pez rojo de la pecera, el dueño farfulló:

—Mil excusas, Su Excelentísima Señoría. Me hallaba ocupado en un

asunto muy importante.

Medio tapado por la cortina que ocultaba la entrada de la cocina, Fred parecía sufrir convulsiones: saltaba sobre un pie y luego sobre el otro. Cualquiera hubiese creído que habían crecido cardos en el suelo.

Junto a la pared opuesta, el viejo Cricket no se había movido lo más mínimo; su barbilla estaba tan fuertemente apoyada a la horca que temí que el mango fuera a atravesar su sombrero.

En la calle reinaba un ambiente de fiesta; pero como parecía que Gigante del Viento no se daba cuenta de nada,

adopté una expresión distraída y seguí saboreando mi limonada.

No me había bebido la mitad de mi vaso cuando pegué un bote en mi silla: la puerta del *saloon* había sido abierta brutalmente.

Una multitud invadió el establecimiento y rodeó nuestra mesa. El señor Gaho, muy tranquilo, como si lo esperara, se pasó un dedo por el cuello y murmuró:

—Buenas tardes, señoras y señores. Como pueden comprobar, aprecio la limonada de la región.

Un individuo muy peludo y de piel rosácea propinó a su vecino un violento

codazo en el estómago.

—Explícaselo tú, que hablas bien.

Pero el interpelado no quiso saber nada. Un hombrecillo, vestido de gris de los pies a la cabeza, dio un paso hacia adelante, achuchado por los que lo empujaban por la espalda. Se quitó su sombrero hongo y empezó a hacerlo girar entre los dedos para recobrar la compostura.

—Pues bien... Se trata...

En aquel preciso momento la puerta del *saloon* se abrió violentamente por segunda vez y entró el *sheriff*.

—¿Dónde están los forasteros que han dejado dos caballos del Ejército en

casa del condenado irlandés O'Delly?
—graznó con su enorme vozarrón.

Se abrió paso entre la multitud y fue a plantarse ante nuestra mesa. Llevaba un enorme sombrero del que se escapaba un mechón de cabellos gris amarillento. Calzaba negras botas de *cowboy* en las que había metido los bajos de sus pantalones. De sus caderas pendían dos fundas de cuero; la de la derecha contenía una pistola que se cargaba por la boca; la de la izquierda, un viejo pistolón mejicano de cinco tiros. Apenas pude ver más, porque del labio superior del *cowboy* caía un enorme bigote que le llegaba casi hasta

la cintura. Era tan voluminoso como la cola de una yegua dispuesta para una feria de ganado.

El señor Johnson intervino:

—Escuche, *sheriff*, no es éste el momento de interrumpirnos. Nos disponemos a tratar un asunto de Estado. Por favor...

—¡Narices! —gritó el *sheriff*—. Mi oficina está llena de impresos que ofrecen recompensas para quien capture algún cuatrero, y quiero saber a quién pertenecen caballos tan sospechosos.

Un mocetón que se había dejado una pierna en Gettysburg, cuando la guerra de Secesión, se encaró con el *sheriff*:

—Te lo hemos pedido por favor, Peacock, déjanos tranquilos. Puedes aguardar un poco para ejercer la ley. Que sepamos, no hay una hora exacta fijada para eso...

El *sheriff* bramó:

—¡Peacock, Peacock, ya estoy harto de que me llamen Peacock! Hace mucho tiempo que os digo que me llaméis...

—¡Pero mira que eres testarudo! — lo interrumpió el cojo—. Todo el mundo es testigo de que hace mil años que te llamamos Peacock. Si no te has acostumbrado es que tienes mala voluntad.

El *sheriff* no quería oír nada, y negó

con tal fuerza con su cabeza que su largo bigote voló a un lado. En el espacio de un relámpago pude ver su magnífica estrella de plata, prendida en su pecho. Temí complicaciones, pero los otros hicieron salir a la fuerza al hombre de la ley.

El hombrecillo de gris volvió a hacer girar su sombrero y se encaró decidido con el señor Gaho:

—Como iba a decirle ahora mismo, hace ya mucho tiempo que no cae una gota de agua sobre Lubbock. Esta sequía es una gran calamidad para todos los habitantes de la población...

Y volviéndose hacia el auditorio,

que expresaba su asentimiento moviendo la barbilla, halló valor para continuar:

—En cuanto supimos que Dios nos enviaba a un Fabricante de Lluvia, constituimos una pequeña comisión.

Recobró el aliento y, muy orgulloso, anunció:

—La hemos llamado «Liga contra esta Porquería de Sequía que Mata nuestro Ganado y transforma la Tierra en Polvo».

—¡Muy bien! Quizá un poco largo, pero está muy bien —apreció el señor Gaho.

La sala se vino abajo con los aplausos.

Entonces el hombrecillo, que había adquirido en unos instantes una auténtica importancia, añadió:

—En nombre de esta Liga, señor doctor en fenómenos naturales, le pido que se ocupe del asunto.

Sudaba a chorros cuando estrechaba las manos de los que lo felicitaban.

El Fabricante de Lluvia reclamó silencio frente al entusiasmo de los habitantes de Lubbock:

—¡Amigos míos! No querría dar la impresión de negarme, pero creo inútil que recurráis a mis talentos. Esta tarde, mientras paseaba, he podido comprobar que unos grandes nubarrones corrían por

el cielo. Lloverá, amigos míos, lloverá pronto.

Una voz de mujer gritó desde el fondo de sala:

—En Lubbock no faltan las nubes, doctor, pero como no hay nadie para retorcerlas por encima de nuestros campos, van a derramar su agua más lejos.

—Os comprendo muy bien —afirmó mi amigo—, pero conseguir la lluvia del cielo exige una preparación larga y difícil, sobre todo por medios científicos y sobrenaturales.

Ante la palabra «sobrenatural», varias mujeres se santiguaron; pero la

que había hablado en primer lugar no se dio por vencida.

—No nos importan los medios, doctor. Lo que queremos es una buena lluvia, muy copiosa.

El Fabricante de Lluvia alzó los brazos para calmar a la concurrencia.

—Entiendo su impaciencia, pero no es menos cierto que semejante empresa ofrece aspectos imprevisibles. Una vez conseguí la lluvia en dos horas. Pero en otra ocasión, a pesar de toda mi ciencia, tuvimos que esperar un mes.

Y se volvió hacia mí:

—¿No es cierto, Pete?

Como toda la concurrencia tenía sus

ojos puestos en mí, a pesar de mi estupor, conseguí exclamar:

—¡Pues claro!

—Ya lo ven —aseguró el Fabricante de Lluvia. Y prosiguió:

—Amigos míos, sólo pensábamos pasar unos cuantos días en Lubbock, ya que tareas importantes nos reclaman en la vasta América. Una estancia demasiado prolongada nos haría perder el poco dinero que necesitamos para llevar a cabo nuestras experiencias científicas.

Ante aquella alusión se formaron pequeños grupos. De cada uno de ellos se alzó un confuso rumor de

conversación. Aprovechando aquella pausa, el señor Johnson vino a murmurar al oído del hombre de negro:

—Si usted se va es mi ruina. Si usted se queda, le dejo el veinte por ciento de los ingresos de mi bar.

Mi amigo replicó entre dientes:

—Treinta por ciento y asunto zanjado.

Los dos pillos estaban a punto de estrecharse las manos cuando el hombrecillo de gris se plantó de nuevo ante nosotros:

—Doctor, la Liga contra esta Porquería de Sequía... y lo que sigue... me encarga decirle que le otorga un

crédito. Así usted no perderá nada.

—¡Bravo! —gritaron los partidarios de tan feliz iniciativa.

El señor Gaho reflexionó un momento y luego acabó por ceder:

—Está bien, amigos míos, me quedo.

Una tempestad de aplausos acogió su decisión.

Al volver la calma, oí a Cricket gruñir en el fondo de la sala:

—Aquí no hay manera de echarse una siestecita. Prefiero ir a dormir a otra parte.

Empuñó su horca y salió.

Decididamente, aquel curioso personaje no compartía los problemas

de sus conciudadanos.

Al día siguiente, la población entera estaba en pie de guerra. Todos acechaban el menor gesto del Fabricante de Lluvia.

En la gran sala del *saloon* tomamos un copioso desayuno por cuenta del establecimiento.

Repleto y satisfecho, el doctor empujó la puerta, husmeó el aire con una sonrisa de oreja a oreja y declaró:

—Esto no es todo, Pete. Necesitamos hallar el mejor lugar.

Como si hubiera entendido el sentido de aquella decisión, le respondí con aplomo:

—¡Pues claro! Necesitamos hallar el mejor lugar.

Aquellas palabras desencadenaron un verdadero zafarrancho, como la moneda que pone en marcha la pianola. El Fabricante de Lluvia partió a grandes zancadas, seguido por la multitud.

Sin dirigir la palabra a nadie, mi amigo unas veces se detenía en seco y olfateaba el aire, mientras sus narices palpitaban como las de un toro encolerizado, y otras golpeaba el suelo con el talón, mascullando:

—No, aquí no, este lugar no conviene.

Con mis cortas piernas me costaba

mucho trabajo seguir su paso. Estaba tan sofocado que no podía pronunciar ni una palabra para preguntar lo que buscaba exactamente. Los otros no chistaban; con los rostros sudorosos caminaban pegados a sus talones para no perderse nada del gran espectáculo que se preparaba.

El Fabricante de Lluvia se detuvo por fin al dar la segunda vuelta a la población. Nos hallábamos en un barbecho que no presentaba nada de particular. Yo tenía la lengua fuera.

El señor Gaho sacó la lupa de su bolsillo, observó minuciosamente el suelo y me la tendió, exclamando

estentóreamente con su magnífica voz:

—He aquí el lugar. Examina tú mismo esta tierra, Pete. En mi opinión no podríamos encontrar mejor emplazamiento.

¿Me hallaba demasiado emocionado para poder ver algo? ¿Había en el suelo algún solo indicio visible a mis ojos de profano? El caso es que no advertía nada. Después de todo, quizá habría sido preciso que yo supiera de qué estaba hablando el Fabricante de Lluvia.

Nuestra elección creó expectación. Toby Tufler, el propietario del campo, gritó excitado:

—¡Pardiez, ya sabía yo que ésta era

una buena tierra!

Otro gritó desde lejos:

—¿Cuánto quiere usted por ella?

Aquel intercambio de palabras fue la señal para que comenzara una gran agitación. Gigante del Viento tuvo que reclamar silencio. Ordenó:

—Que me traigan rápidamente cuatro toneles vacíos, cuatro peroles metálicos para crear tiros de aire y uno más pequeño para recibir «la gota».

Se concentró un segundo y después añadió:

—Necesito también de diez a quince libras de cloruro sódico.

Racoon, el propietario del bazar,

comentó:

—Doctor, si necesita un producto químico complicado, me temo que en Lubbock no lo tendremos.

—Es una lástima, pero nos arreglaremos sin eso —respondió mi amigo—. Tráigame, entonces, sal gruesa.

¡Poco más tarde supe que bajo aquellos dos nombres se ocultaba el mismo producto!

Racoon ya se alejaba y el Fabricante de Lluvia tuvo que gritarle:

—Ya que hace el viaje, aprovéchelo para traerme cuarenta o cincuenta litros de su mejor petróleo.

Mi amigo no perdió el tiempo mientras esperaba lo que había encargado. Ante la pasmada asamblea, comunicó a la tierra su propio fluido magnético. También conjuró la mala suerte con imágenes piadosas y amuletos que extrajo de su enorme saco de lona.

Los toneles, los peroles y los ingredientes llegaron en un carro de cuatro ruedas del que tiraba un caballo asmático. El señor Gaho hizo colocar los toneles de tal manera que formaran un cuadro de cincuenta pasos de lado. Gigante del Viento dispuso los peroles sobre los toneles, e hizo que los llenaran con petróleo. Por lo que se refiere al

más pequeño, lo colocó exactamente en el centro del cuadrado. Satisfecho, el Fabricante de Lluvia me dijo:

—No toquemos la sal por ahora, muchacho. Guardémosla para el momento oportuno.

Esta misteriosa actividad me hacía sentirme en un mundo irreal. Mi cabeza se hallaba tan vacía como un viejo tronco roído por las hormigas.

Bajé de las nubes al oír al señor Gaho:

—Amigos míos, a partir de ahora ninguno de vosotros debe penetrar en el interior de los límites aquí trazados. De otra manera habría que empezar de

nuevo. Por lo que se refiere a mi ayudante y a mí, no podemos salir por las mismas razones.

Como yo era curioso, me habría gustado mucho conocer las razones de aquello. Pero todavía hoy forman parte del misterio con que mi amigo gustaba de rodear cada uno de sus actos. Dicho esto, hay que añadir que no olvidaba nunca las necesidades temporales. Lo demostró declarando a la multitud:

—En estas condiciones, les rogamos que se encarguen de alimentarnos caritativamente.

El señor Johnson lo tranquilizó:

—No se preocupe, doctor, que con

nosotros no le faltará nada.

Una vez asegurado nuestro porvenir, el señor Gaho hizo que le entregaran una antorcha resinosa y prendió fuego al petróleo. Nos rodearon cuatro columnas de llamas rojas y amarillas.

El Fabricante de Lluvia se quitó su chaqueta, se arremangó la camisa y, tenso como el poste de un tótem indio, empezó a hablar al cielo. Era muy bonito, comenzaba así:

—Ya ves los esfuerzos que estamos haciendo, oh Cielo de bondad. Queremos ayudarte a empujar hacia nosotros tus nubes cargadas de lluvia...

El señor Gaho habló al viento, a las

nubes, a los ángeles, a Dios, y hasta llegó a insultar al diablo, lanzando puñados de sal contra el suelo. El Fabricante de Lluvia estaba espléndido.

Todo fue muy bien hasta el momento en que uno de los cuatro peroles empezó a derramar su petróleo. El enorme calor había fundido la base. Se prendió el tonel, haciendo crepitar millares de chispas. Tuvimos un conato de incendio.

Cada uno, con su sombrero o con su chaqueta, apagó las llamas como pudo.

Racoon corrió a su almacén y volvió cargado con otro perol, otro tonel y quince litros más de petróleo.

La reparación de los daños nos

ocupó hasta la hora del almuerzo, y el Fabricante de Lluvia pidió que se encargaran de traernos dos comidas.

Fred había sido designado para este servicio especial. Por su parte, su padre, que no dejaba escapar ocasión alguna, trajo una cocina de leña y una enorme sartén. Empezó a freír salchichas y a hacer huevos revueltos. Así, los mirones, sin perderse nada del espectáculo, podían regalarse el cuerpo a dos dólares la ración.

Se abrieron toneles de cerveza y el lugar perdió mucho de su misterio cuando se transformó en una feria.

El señor Gaho, que se había pasado

un poco con la cerveza, sólo pudo reanudar sus ensalmos ya avanzada la tarde. Por mi parte vi llegar con alivio el fresco del atardecer. Después de permanecer toda una jornada bajo un sol de plomo, rodeado de cuatro hogueras que vomitaban todos los fuegos del infierno, uno no podía evitar sentirse tan seco como un árbol calcinado.

Al llegar la noche me dormí en el mismo suelo, envuelto en una manta. Por la mañana supe que mi compañero no había pegado ojo en toda la noche, ocupado en alimentar de petróleo los cuatro peroles infernales.

Miré al cielo. ¿Acaso las nubes se

habían teñido con el hollín desprendido por el petróleo? En todo caso, estaban mucho más grises que la víspera.

En torno a nosotros nadie se había movido de su sitio. Las mujeres, cansadas, y los hombres, con los ojos enrojecidos y sin afeitarse, masticaban sin convicción las salchichas del señor Johnson.

¡Para éste el negocio iba muy bien!

Al amanecer del segundo día la multitud era menos densa. Muchos habían vuelto a la comodidad de sus casas, a sus camas confortables. ¿Cabía censurar a aquella buena gente el que les apeteciese un alimento más sustancial

que el menú desmoralizante del señor Johnson?

Las salchichas estaban en baja, pero la cerveza fluía todavía generosamente.

Para volver a reunir a la multitud y conseguir que se reavivara el interés, el doctor hizo saber que iba a poner en venta una serie de medicamentos de maravillosos poderes curativos.

A las dos de la tarde, el señor Gaho hizo colocar un tonel en el límite del cuadrado. Haría las veces de puesto ambulante. Encima colocó los veinte frasquitos que había llenado de agua en el desierto.

Con el más puro estilo de los

charlatanes de feria, mi compañero gritó:

—Acérquense, señoras y señores, aquí sólo se paga al salir. No tengan miedo, buenas gentes, yo no soy el hombre ese que se muerde su propia cabeza y se come a sí mismo.

Y tras aquel chiste, destinado a relajar la atmósfera, dijo:

—Tengo aquí una medicina que ha sido elaborada en el mejor laboratorio de Filadelfia. Amigos míos, esta poción cura la gripe, la tortícolis, las erupciones, el dolor de muelas, las malas digestiones y el insomnio, cuando se toma en el momento peor de las

crisis. Aplicada localmente, hace desaparecer en menos de una semana los callos de los pies, previene el acné y suprime, de forma natural, las manchas rojizas. Y digo «natural» por lo suave y eficaz que es su efecto. ¡Buenas gentes, este medicamento está aquí, a su disposición, al precio módico y excepcional de un dólar y medio el frasquito!

El peón de una granja, que caminaba con las piernas separadas, preguntó:

—¿Es buena su poción, doctor, para un forúnculo que tengo en cierta parte que la santa moral me prohíbe nombrar en público?

Todo el mundo se echó a reír.

—Tenga confianza en esta mixtura milagrosa —le tranquilizó el Fabricante de Lluvia—, y tómese una cucharadita cada mañana, hasta la completa desaparición del forúnculo en cuestión.

—¿No sería preferible hacer aplicaciones externas? —preguntó el enfermo. Así, el mal y el medicamento entrarían más rápidamente en contacto.

Las carcajadas se repitieron. El señor Gaho replicó:

—Aplíquese lo o bébase lo; lo que prefiera, amigo mío. En los dos casos cuesta igual: un dólar y medio.

Tras aquella primera venta se

precipitaron las demás. Cada uno sufría un mal diferente y quería desembarazarse de él.

No quedaba más que un frasquito cuando se presentó el viejo Cricket:

—¿Sería posible, señor doctor en fenómenos naturales, que su brebaje me curase de este entorpecimiento que me provoca la somnolencia?

El señor Gaho aseguró sin perder la calma:

—Tan cierto como que la medicina es una ciencia, este remedio es el único capaz de hacerle salir de ese letargo que padece.

—Entonces —decidió el viejo

Cricket— me quedo con un frasco. Pero como pago tendrá que aceptar esta magnífica y sólida horca que ve aquí, porque lo que es dólares, jamás tuve ninguno en el bolsillo.

Para entretener a la asistencia, mi amigo preguntó:

—Pero, amigo mío, ¿cómo va a trabajar usted sin esa herramienta?

—¡Bah! —replicó el buen hombre—. Si desaparece mi galbana, ya encontraré un trabajo en el que se utilice un martillo.

El trato concluyó alegremente. Por vez primera pude distinguir, bajo el borde de su sombrero de paja, los ojos

del tío Cricket: chispeaban de malicia.

La venta cesó por falta de mercancía. En media hora, Gigante del Viento había obtenido veintiocho dólares y medio y una horca.

Aquella noche, cuando ya nos hallábamos lejos de oídos indiscretos, no pude evitar comentar con mi compañero:

—Diga lo que diga, lo que ha vendido a esa gente es agua. Llenó los frasquitos delante de mí.

Mi amigo me replicó irritado:

—¿Pero no sabes, ignorante, que ciertas aguas extraídas del suelo tienen propiedades fantásticas, y que mejoran

al envejecer?

Proseguí obstinadamente:

—Dudo que la misma agua pueda, a la vez, curar el insomnio y despertar al tío Cricket.

El rostro del Fabricante de Lluvia se relajó y me explicó amablemente:

—Pareces haber olvidado, muchacho, que un día te dije que podía curar a la gente de las enfermedades que no tiene. Esto quiere decir que las tres cuartas partes de la humanidad sufre males imaginarios: la avaricia, por ejemplo, es a menudo causa de sueño agitado. Si tú curas la avaricia, Pete, el enfermo recobrará su paz. Tomemos otro

ejemplo: imagínate un borracho que decidiera no beber más que nuestra agua; dejaría entonces de ser un alcohólico y podríamos afirmar que nuestra agua es milagrosa.

Preferí atenerme a ejemplos más realistas.

—Pero, por lo que se refiere a la gente de Lubbock, ¿está usted seguro de que se curarán con el contenido de sus frasquitos?

—¡No, pardiez! Antes de afirmarlo necesito comprobar los resultados.

—¿No habría sido más honrado, en ese caso, hacer pagar a sus clientes después de su curación?

—¡Diablos! ¿Estás loco, chico? — exclamó el señor Gaho—. Después de la desaparición de sus males la gente se olvida rápidamente de que estuvo enferma, y más rápidamente aún de quien la curó. Tu manera de obrar es la más adecuada para hacerse uno pobre...

Como siempre me sucedía tras haber tratado de distinguir entre el bien y el mal, me quedé callado. Experimentaba una gran admiración por el hombre de negro, pero algo que no podía explicar me chocaba en algunos de sus razonamientos.

No tuve tiempo para reflexionar sobre el fundamento de la teoría de mi

compañero, porque me ordenó extender sal por el suelo, alrededor del recipiente del centro.

Cada mañana, Gigante del Viento encargaba petróleo para el día. Después entablaba conversaciones de faquir con el cielo. A este respecto he de reconocer que el Fabricante de Lluvia decía cosas mucho más bonitas que las de mi difunto padre. Sabía acompañar cada palabra con el gesto apropiado. Sus discursos poseían siempre un tono grandioso.

Por lo demás, jamás había llevado yo una vida tan agradable. Mi trabajo consistía en comer, en beber, en dormir y en extender la sal. Por primera vez en

mi existencia tenía la impresión de hacer algo útil: poco a poco la tierra iba desapareciendo bajo el cloruro sódico que le echaba encima.

4 La lluvia de Dios y el caballo del diablo

AL OCTAVO DÍA, el número de curiosos se había reducido a la mitad. Fue aquel día cuando vimos llegar al hombrecillo gris. Venía a entregarnos un mensaje, en nombre de su comisión. Esta vez, sin manosear su sombrero hongo,

declaró con una evidente firmeza:

—Sin dudar de su sabiduría en fenómenos naturales, señor doctor, los miembros de la Liga contra esta Porquería de Sequía... y lo que sigue... querrían saber cuándo piensa usted hacer llover. Únicamente para tomar ciertas disposiciones...

Aguardé una vehemente explosión verbal de mi amigo. Al contrario, con una voz amable y ligeramente burlona, el Fabricante de Lluvia respondió:

—¿Hace mucho tiempo, señor, de la última vez que subió usted a su tejado?

—Sí, bastante —reconoció el hombrecillo, desconcertado.

—Entonces le recomiendo que suba rápidamente. Hace pocos días advertí que su tejado se hallaba en un estado lamentable, y con la lluvia que va a caer muy pronto, su casa va a parecer dentro de nada las cataratas del Niágara.

Como el portavoz permanecía inmóvil como una estaca, las mejillas del Fabricante de Lluvia enrojecieron súbitamente y sus ojos relampaguearon.

—¿Qué? ¿Todavía lo duda? Pues bien, vamos a verlo.

Y dijo, volviéndose hacia mí:

—Echa petróleo en los peroles, Pete. Aviva esos fuegos, ¡diablos! ¡Que Manítú los oiga rugir!

Cuando Gigante del Viento sacaba a relucir a su dios iroqués, yo siempre me esperaba lo peor. En realidad, creí asistir al fin del mundo.

Tendiendo sus largos brazos en dirección al cielo, vociferó:

—Venid hacia Gaho, vosotras, nubes grandes y negras. Venid a asistir a la fiesta. Y tú, céfiro, sopla tu viento, envía a tu amo tus más fuertes borrascas. Venid, ciclones, y tú también, tempestad, aquí ya no creen en vuestra existencia...

El viento comenzó a curvar las largas llamas que ascendían de los peroles, y enseguida su soplo se tornó tan poderoso que los hombres se

inclinaban a su paso.

Estaba estupefacto al contemplar cómo aparecían con semejante rapidez señales tan importantes.

Hubo mujeres que, mirando al cielo, se santiguaron y cayeron de rodillas gritando: «¡Jesús, María!». Yo eché a mi vez un vistazo al cielo: dos grandes nubarrones, negros como la tinta, volaban directamente hacia nosotros desde el horizonte. Eran como dos balas de cañón.

Transfigurado, el Fabricante de Lluvia prosiguió su arenga al Más Allá.

—Bien, bien, venid y haced callar a estos incrédulos. ¡Y tú, rayo, abandona

tu insondable universo, desgarrar este cielo ingrato, haz llorar a las nubes!

Un relámpago iluminó toda la planicie, seguido de varios otros que me obligaron a pestañear. De lo más profundo del cielo, en un tumultuoso torbellino, rugió un trueno ensordecedor.

Dirigiendo con precisión su danza infernal, el Fabricante de Lluvia se volvió hacia la multitud, que venía corriendo de todas partes. Su potente voz se impuso al ruido de los elementos:

—¿Qué queréis ahora, gentes de Lubbock?

—¡La lluvia, la lluvia! —gritó, subyugada, la multitud.

Entonces, descubriéndose, el Fabricante de Lluvia se inclinó haciendo una elegante reverencia. Después alzó una mano por encima de su cabeza, y con la otra señaló el perol colocado en el centro del cuadrado.

Oí: «clinc». Una gota de agua acababa de caer en el recipiente. Creí que me estallaba la cabeza.

Mi amigo colocó una tapadera sobre el perol y vociferó de nuevo:

—¡Adelante, puertas del cielo, abríos! ¡Que la lluvia inunde esta tierra!

Apenas había acabado de pronunciar aquella frase cuando cayeron sobre nosotros trombas de agua. Mi amigo,

con la cara chorreando agua y las ropas pegadas a la piel, me tendió los brazos abiertos.

—Lo he conseguido, Pete, lo he conseguido. Ven a felicitar a tu compañero, el Fabricante de Lluvia.

Fui a estrecharme contra su amplio pecho; efectivamente, necesitaba que alguien me animara.

En torno a nosotros, todos, calados hasta los huesos, bailaban y se abrazaban, desbordantes de alegría.

Llovía a mares; el agua elevó el nivel de los peroles y, con un chisporroteo, el petróleo encendido se desbordó; los toneles se inflamaron,

abriéndose. El suelo, del que escapaba ya un denso vapor, se impregnó del líquido inflamable y se incendió a su vez, como una muestra de los tormentos del infierno. Entonces todo el mundo echó a correr cuanto le permitían sus piernas.

Mientras mi amigo se agachaba para recoger el perol que contenía la Primera Gota, una voz resonó a nuestras espaldas:

—No está nada mal su truco. Uno de estos días tendrá que explicarme cómo lo hace.

Era el viejo Cricket que, completamente empapado, nos

observaba divertido.

El secado de nuestras ropas no fue tarea fácil. Nuestra habitación del *saloon* se asemejó muy pronto a uno de esos magníficos barcos de Portland que para entrar en el puerto enarbolan banderas multicolores. Pasamos la tarde envueltos en mantas. Como la mía había viajado siempre en la grupa de mi montura, por la noche yo olía a caballo.

Al anochecer, Fred vino a llamar a nuestra puerta, invitándonos a festejar el hecho con los habitantes de Lubbock. Por curiosidad, y antes de bajar a la gran sala, quise ver la gota en el fondo del perol. Levanté con precaución la

tapadera. ¡Horror! Se había evaporado.

El Fabricante de Lluvia no se inmutó lo más mínimo; tomó el jarro del lavabo y repuso de nuevo la gota.

Aquella misma noche, tras la fiesta, mi amigo sacó a subasta «La Primera Gota de Agua caída en Lubbock desde hacía dos años». La mostró a todos los presentes. Fue adjudicada al señor O'Delly, que quería conservarla como recuerdo. Aquella feliz idea aportó diez dólares más al Fabricante de Lluvia.

He aquí cómo, todavía en aquella época, nacían las leyendas en el Oeste.

La lluvia caía sin interrupción. A los tres días de borrasca, el propietario del

saloon había logrado organizarse. En cuanto entraba un cliente le preguntaba:

—¿En dónde quiere usted sentarse?

¿En la sala o junto a las ventanas?

Había colocado mesas junto a los cristales. En aquellos lugares de preferencia, desde los que se veía caer la lluvia, el jarro de cerveza costaba un centavo más y el güisqui dos centavos más el vaso. Como decía el señor Johnson, aquéllos eran «los asientos del espectáculo».

Pero a fuerza de llover, la calle se transformó en barrizal. Entonces, en «los asientos del espectáculo», los apostadores reemplazaron a los

curiosos. En cuanto un individuo se disponía a cruzar la calle, una docena de divertidos clientes apostaban sobre las probabilidades que tenía de resbalar en el barro.

Hay que decir que la «lluvia benéfica» de mi amigo Gigante del Viento empezaba ya a parecerse al diluvio de la Biblia.

Por la noche, al resplandor de los relámpagos, se podía leer el periódico sin la ayuda de ninguna lámpara de petróleo. Y yo me sentía dichoso, porque no quería volver a oír hablar de petróleo.

Aparte de eso, en Lubbock se habían

reanudado muchas actividades.

Frotándose las manos, el herrero anunciaba que le habían llevado quince caballos para herrar. El propietario del bazar declaraba con una sonrisa de satisfacción que había vendido a crédito semillas por valor de más de doscientos dólares, y aperos por cien.

La población estaba eufórica. Hasta el tío Cricket se había enrolado para sembrar remolacha. Es cierto que habría que esperar a que la lluvia cesara para plantar, y aguardar varios meses más para verla crecer. De aquí a entonces el buen hombre tenía tiempo para cambiar de opinión varias veces.

Sí, decididamente, la moral estaba muy alta. Hasta el día en que el *sheriff* entró en el *saloon* preguntando:

—¿No habría entre vosotros alguno que tuviera una canoa india en venta? En la cárcel el agua me llega hasta las rodillas.

Para su desgracia, Lubbock había sido construida en el fondo de una hondonada.

Un apostador se burló del *sheriff*:

—No te rompas la cabeza por eso, Peacock. Tú sabes muy bien que la cárcel está vacía. Hace muchísimo tiempo que Lubbock no atrae a los bandidos.

Los apostadores se echaron a reír. Se vieron brutalmente interrumpidos por la intempestiva entrada del señor Searcy, alias Raccoon, muy excitado. Declaró que su mostrador navegaba como un barco velero por el centro de la tienda, y añadió:

—... todos los artículos que pueden flotar navegan en todos los sentidos. Hasta el punto de que mi bazar parece el puerto de San Francisco.

Esta información acalló un tanto a los bromistas. Las guasas cesaron completamente cuando el señor Johnson hizo saber que su cocina se hallaba inundada, y que ya no podría servir

salchichas y huevos revueltos hasta que bajaran las aguas.

Como si las tres calamidades no bastaran, comenzaron a llegar otras quejas.

En casa de uno eran las tablas del tejado, desunidas tras una sequía demasiado larga, que ahora dejaban entrar el agua; la casa de otro, empujada por el viento, había empezado a flotar en una sola pieza, siguiendo la dirección de las aguas. Una roca que sobresalía del suelo la detuvo trescientos metros más allá. El suelo de esta casa no había dejado pasar el agua y su propietario tenía el interior seco.

El hombre de gris reapareció en el *saloon*, escoltado por una docena de ciudadanos, y anunció con gran aplomo:

—Doctor, ante los acontecimientos actuales, los habitantes de Lubbock han constituido una nueva comisión. Ésta se llama la «Liga contra esta Porquería de Inundación que Devasta Todo y nos conduce a la Ruina».

Gigante del Viento le interrumpió secamente:

—Si no le molesta, señor, y para ganar tiempo, la llamaremos sencillamente «Liga contra esta Porquería de Inundación».

—Como usted quiera —aceptó el

hombrecillo—. En nombre, pues, de esta Liga vengo a pedirle que se ocupe del asunto.

—¿Pero de qué asunto? —preguntó mi amigo, sorprendido.

—De toda esta agua, doctor —precisó—. Nosotros pedíamos un aguacero, todo lo más una gruesa borrasca, pero usted nos ha servido el diluvio.

Volviéndose hacia sus compañeros para requerir su aprobación, añadió, alzándose sobre sus espolones como un gallo de aldea:

—¡No queríamos tanta agua!

Por entre sus párpados entreabiertos,

la mirada del señor Gaho se dirigió hacia una ventana: llovía a jarros, y nada hacía suponer que pronto cesaría aquel alud líquido. Bajo mi pie crujió una tabla del suelo, y por el inconfundible «glu-glu» comprendí que el agua empezaba a filtrarse bajo nuestra mesa.

La única calle de Lubbock desaparecía bajo cincuenta centímetros de agua negra y fangosa.

Todos los que hasta hacía poco glorificaban a mi amigo, ahora se volvían contra él. Un barbudo se encaró con él:

—Buena me la ha hecho usted. ¡He

perdido toda la siembra!

Otro gritó:

—Mis vacas no dan leche desde hace tres días.

El señor Johnson unió su voz a las lamentaciones.

—¿Y quién va a indemnizarme por lo que deje de ganar con la inundación de mi cocina?

De todas partes brotaban comentarios hostiles. Cada uno contaba sus cuitas al vecino. El irlandés O'Delly manifestaba:

—De los quince caballos que tenía que herrar, ya no me queda ni uno. Sus dueños vinieron a recogerlos, diciendo

que con todo este barro podían caminar perfectamente sobre sus cascos.

El viejo Cricket hizo un gesto de desprecio.

—Vuestros problemas son ridículos. ¿Sabéis que yo he perdido mi empleo?

Y se volvió hacia el Fabricante de Lluvia:

—Es verdad, doctor; antes de que usted llegara éramos mucho más felices en Lubbock. Y eso, sin hablar de esa poción que me vendió y que no parece surtir el más mínimo efecto.

Ya lo había soltado, y la frente del señor Gaho se tornó roja de ira.

—Dejemos por ahora mis pociones

y hablemos de la lluvia. ¡Fueron ustedes, los aquí presentes, quienes la pidieron!

—Eso es verdad —afirmó una anciana—, pero si hay que escoger, vale más entregar el alma al Señor sobre una buena tierra seca que en este lodazal, más asqueroso que todos los pecados del mundo juntos.

Con las manos en las caderas, tomó aliento antes de proseguir:

—¿Y nuestros muertos? ¿Ha pensado usted en ellos? ¿Cómo quiere usted que se les entierre cuando en el cementerio el agua llega a la cintura?

Gigante del Viento había dejado pasar la borrasca. Irguió su

impresionante figura; emanaba tal dignidad que la primera fila de recriminadores dio un paso atrás.

Con unas cuantas palabras bien dichas resumió inmediatamente la situación y tomó una decisión:

—Si he entendido bien, lo que ustedes pretenden decirme es que ya ha caído bastante agua en Lubbock, ¿no? Si es eso, ¿por qué se desgañitan? ¡No tienen más que pedirme que haga cesar la lluvia!

Un silencio sepulcral se apoderó del *saloon*. Estaban estupefactos. En honor del señor Gaho, debo decir que nadie había pensado antes que él en aquella

solución.

Desconfiado, el señor Peacock se informó:

—¿Y va a ser usted también quien se ocupe de la cosa, doctor?

Ante su gesto afirmativo, fue Raccoon quien se inquietó:

—¿Y necesitará mucho petróleo para efectuar esa operación?

—¡Absolutamente nada! —aseguró mi amigo, que con sus afortunadas frases volvía a ser el dueño de la situación. Y añadió:

—Cuando el agua comienza a caer por el día, sólo es posible detenerla durante la noche. Y viceversa. Esto, en

lenguaje científico, se llama «Fuerzas de Oposición».

Se alzó un murmullo de admiración y Fred masculló:

—¡Muy bien, qué caramba!

El hombre de gris intervino:

—Doctor, la Liga contra esta Porquería de Inundación, etcétera, está dispuesta a ayudarle en sus trabajos.

—Tanto mejor, tanto mejor —agradeció Gigante del Viento—, porque tendré necesidad de todos ustedes. Aproxímense, vengan más cerca, señores, para que les explique el plan que vamos a seguir.

En un abrir y cerrar de ojos, el

saloon se asemejó al cuartel general del ejército sudista en tiempos de la Guerra de Secesión.

He aquí, en resumen, lo que se decidió.

A partir de las diez de la noche, todos debían estar dispuestos para el combate. Peacock, el *sheriff*, quemaría todo un galón de petróleo, resto de días memorables, en el extremo occidental de la calle. El herrero se colocaría en lo alto de la colina por donde habíamos venido, y golpearía a intervalos regulares una barra de hierro con la ayuda de su grueso martillo de forja. Todos los miembros de la Liga habían

de reunirse en el *saloon* para encender allí cirios y entonar cánticos. Los otros debían encerrarse en sus casas y no salir bajo ningún pretexto. Nuestra tarea consistía en hacer la ronda por toda la población. Los demás detalles debían permanecer en secreto para burlar a los elementos.

Un último detalle: el señor Gaho mandó colocar a la puerta del *saloon* un carro con un caballo. Tras el asiento del cochero hizo levantar una pirámide de latas de conserva, sobre la cual ordenó al señor Johnson que pusiera una vela rodeada de diez monedas de plata, de un dólar cada una.

Esta última exigencia sorprendió un poco; pero después de que mi amigo afirmase que al amanecer todos esos «accesorios» serían devueltos a sus propietarios, nadie se preocupó más.

Al caer la noche, Lubbock parecía una ciudad fantasma. Su única calle se hallaba completamente desierta. A excepción, desde luego, del magnífico caballo de color bayo. Enganchado al carro, resoplaba bajo la lluvia como una locomotora de la Union Pacific Railroad.

Eran exactamente las diez de la noche. Nos hallábamos con la espalda pegada a la puerta de entrada del *saloon*

cuando oímos al herrero. En la colina, el buen hombre martilleaba con fuerza. Cualquiera habría podido creer que era una campana repicando. El ruido cristalino del acero contra el martillo sonaba como un badajo, cuando, tras nosotros, estalló el coro de la Liga. En una «espléndida» cacofonía iniciaba su primer *In Excelsis Deo*.

Dimos tres pasos hacia delante bajo el porche; un gran resplandor apareció al otro extremo de la calle: el señor Peacock acababa de prender su caldero de petróleo.

—Vamos, muchacho, es la hora de nuestra ronda —anunció el Fabricante

de Lluvia.

Subimos al carro, y mi amigo tomó firmemente las riendas en las manos. Nuestro vehículo se puso en marcha, en el sentido opuesto a aquel en el que el *sheriff* avivaba su fuego.

Entonces, con una voz capaz de despertar a los muertos, Gigante del Viento gritó:

—Que la tristeza abandone vuestros corazones, habitantes de Lubbock. Vuestro protector va a hacer cesar la lluvia...

En sus conjuros paganos, el Fabricante de Lluvia recurría a tantos genios sobrenaturales que mis cabellos

se me erizaban en la cabeza.

Por mucho que me esforzara, aquello era más fuerte que yo: aquellas conversaciones con tan extrañas divinidades, provistas de fantásticos poderes, me helaban de miedo.

Cuando dejamos atrás la última casa de la población, el señor Gaho me ordenó:

—Muchacho, coge las monedas de plata que están detrás de ti, no las vayamos a perder con los baches del camino. Lo mejor es que te las guardes en el bolsillo.

—¡Pero estas monedas no son nuestras! —le repliqué.

Se limitó a responderme:

—Norteamérica va camino de convertirse en el primer país capitalista del mundo. ¿Te vas a avergonzar de ser un pionero en ese terreno?

Confuso, me sorprendí balbuceando:

—Ah, bueno, si somos pioneros, la cosa ya es diferente...

—Has de saber, Pete, que el señor Johnson no es más que un canalla; me ofreció el treinta por ciento de sus ingresos, pero jamás me dio un centavo.

Mientras pescaba los dólares por entre las latas de carne y de judías, vi, medio oculto bajo una lona, el gran saco de mi amigo. Comprendí entonces que,

en vez de efectuar la ronda, lo que en realidad estábamos haciendo era abandonar tan tranquilamente la población, y que el espectáculo que había organizado en el *saloon* era sólo una comedia, para ocultar nuestra huida, con objeto de escapar al linchamiento.

Para mostrarle que me había dado cuenta de todo, expresé mi pesar:

—Con estas prisas, no he tenido ni siquiera tiempo de despedirme de Fred.

La respuesta de mi compañero me dejó clavado en el asiento:

—No me importa que dejes de frecuentar a ese chico. Fred tenía algo poco franco en la mirada.

Ésta fue la última reflexión que me hizo sobre los habitantes de Lubbock.

El camino ascendía, y por fin nuestro caballo pudo caminar por terreno seco.

Al llegar a lo alto, el Fabricante de Lluvia detuvo el vehículo. Con una voz que sabía ser tan dulce como el jarabe de frambuesa, me dijo:

—Escucha, chico, qué bonita es esa melodía.

Desde el fondo del valle nos llegaban los ecos de un *Aleluya*.

La lluvia había cesado. El Fabricante de Lluvia había cumplido su contrato.

Adelantándose a mis preguntas, mi

sorprendente compañero empezó a explicarme:

—Sin duda habrías preferido que, para hacer cesar la lluvia, repitiese las tonterías que hice para que cayera. Lo que cuenta es la voluntad; las bobadas van destinadas a los curiosos que te observan.

Hizo una pausa para reflexionar antes de proseguir de mala gana:

—Resulta difícil explicárselo a un muchacho de tu edad, cuyo corazón todavía es puro. Pero imprégnete de esta verdad, Pete: en todas las cosas de la vida los hombres no creen en la sencillez. Para ellos la seriedad no es

más que un manto de mentiras con el que gusta de envolverse el género humano.

A pesar de tales manifestaciones, yo prefería conservar todavía mis ilusiones.

—Pero, señor Gaho, he visto desencadenarse a los elementos en el momento en que usted les daba la orden.

—¡Nada más que embustes! —dijo mi amigo con un amplio gesto del brazo—. Escúchame, ahora puedo decírtelo: los toneles, los peroles, el petróleo, eran pura pamema, sólo para impresionar a la gente. De todo aquello, lo único que me valía era la sal: es un producto de la naturaleza, muy sensible a la humedad.

—Sin embargo, la gota de agua cayó en el perol justo en el momento en que usted lo dijo.

—Exactamente, todo el arte de un Fabricante de Lluvia reside en sus conocimientos científicos, que le permiten anunciar el acontecimiento un segundo antes de que se produzca. Palpando la sal en las palmas de mis manos supe que la borrasca era inminente. Por lo demás, respecto a la gota de que hablas, fueron muchas las que humedecieron antes la tierra, pero sólo ella cayó en el perol e hizo resonar el fondo.

Su rostro se iluminó y me contó:

—La explicación de esta teoría se apoya en esta historia: hace tiempo yo tuve un perro que ladraba dos veces para pedir una golosina. Aquello me dio una idea. Hacía apuestas, pretendiendo que mi perro sabía contar. Le decía: «Cuenta hasta dos, Toby», y le tendía un dulce. Toby ladraba dos veces y yo cobraba la apuesta.

A riesgo de parecer descortés, le pregunté:

—¿Y no tenía la gente la impresión de que ustedes eran dos granujas?

—En lo que concierne a Toby, con seguridad; por lo demás, murió por culpa de su gula. Un día, atravesando las

Montañas Rocosas, quiso comerse una serpiente que lo mordió.

Gigante del Viento lanzó una sonora carcajada que atemorizó al caballo.

De nuevo no sabía qué pensar. Aventuré:

—Dicho con otras palabras, que quien puede explotar en su beneficio la estupidez humana no comete ningún pecado. Pero este carro, este caballo, estas latas de conservas, estos dólares de plata...

El Fabricante de Lluvia me interrumpió:

—No se debe mezclar el servicio prestado y su retribución. Según quien

sea el comerciante que los pese, estos valores no dan nunca el mismo peso en la balanza.

Hizo una pausa para reflexionar y convino:

—En rigor, podrías reprocharme el haberme servido yo mismo antes de que me sirvieran ellos. Pero ¿nos habrían servido después, muchacho? ¿Y quién habría sido? ¿Quién habría manejado la balanza?

Dejándome con mis propias reflexiones sobre el bien y el mal, mi amigo se hundió de un golpe el sombrero en la cabeza y lanzó dos sonoros «¡Arre, arre!». El caballo partió

al galope en dirección al norte. La voz del señor Gaho me llegó a pesar del viento que me silbaba en los oídos:

—A partir de ahora, llamaremos a este caballo «Fin de la Borrasca». Es un nombre que le va muy bien.

Así era mi amigo el Fabricante de Lluvia; pasaba sin transición de defender sus opiniones a bautizar a un caballo.

Cruzamos de nuevo río Rojo y río Blanco, pero más arriba que la primera vez. El paisaje cambió por completo en cuanto vadeamos río Canadiense. Ante mis ojos surgieron espacios boscosos y verdes praderas. Fin de la Borrasca

parecía encantado y mantuvo un trote regular. Nos dirigíamos a Cheyenne, en el estado de Wyoming.

Era un largo camino desde Texas. A pesar de lo que pudiera pensar al respecto, aquel carro era un don del cielo. Mi trasero no habría resistido hacer a caballo todo aquel trayecto.

En resumidas cuentas, Cheyenne era una población como las demás, ni más bonita ni más fea; salvo que era más grande que Lubbock y que debía su nombre a una tribu de aquellos temibles pieles rojas. El señor Gaho me informó que se llamaban a sí mismos los Seres Humanos.

Cheyenne tenía otra particularidad: contaba con un caballo del que se decía que era indomable, por lo cual su propietario lo había llamado Lucifer.

Tras haber oído hablar de aquel fenómeno en Denver, el Fabricante de Lluvia no paró hasta conseguir verlo de cerca.

¡Yo, que soñaba con que mis días transcurrieran pacíficamente, no había sabido elegir el compañero adecuado para tales inclinaciones!

Encontramos una pensión a dos dólares por día, habitación y comidas incluidas. Aquella pensión se llamaba *El Buen Recibimiento*. Tenía para mi

amigo una considerable ventaja: se hallaba situada cerca del rancho en donde guardaban aquel diablo de caballo.

En un período de temporada baja, en razón de una reciente incursión de los famosos indios cheyennes, *El Buen Recibimiento* sólo contaba con seis huéspedes: dos *cowboys* jactanciosos que procedían de Abilene; un capitán de la marina jubilado que utilizaba una jerga muy suya; una cantante francesa de café-concierto, maquillada exageradamente, y mi compañero y yo.

El Buen Recibimiento se hallaba gobernado por una extraña pareja. El

propietario, Aquiles, un individuo pequeño y enclenque, tricotaba mitones de punto. Su esposa, la señora Minnie, una mujerona bien construida, fabricaba féretros. Estas actividades suplementarias servían para pagar los estudios de Axel, su hijo único, que acababa de aprobar el ingreso en la academia militar de West Point.

Aparte del ruido del cepillo y del martillo en la cochera, y del incesante murmullo de Aquiles contando sus puntos, la calma y la armonía reinaban en *El Buen Recibimiento*. ¡Hasta nuestra llegada!

Aquella primera noche, la señora

Minnie vino a servirnos la sopa con el pelo lleno de virutas. Parecía bastante trastornada. Tras echarme en el plato un cazo lleno de pedazos de nabo, le dijo a su marido por encima del hombro:

—Oye, Aquiles, ¿recuerdas el tipo que quiso entrar anteayer en la cuadra de Lucifer? Esta mañana ha muerto.

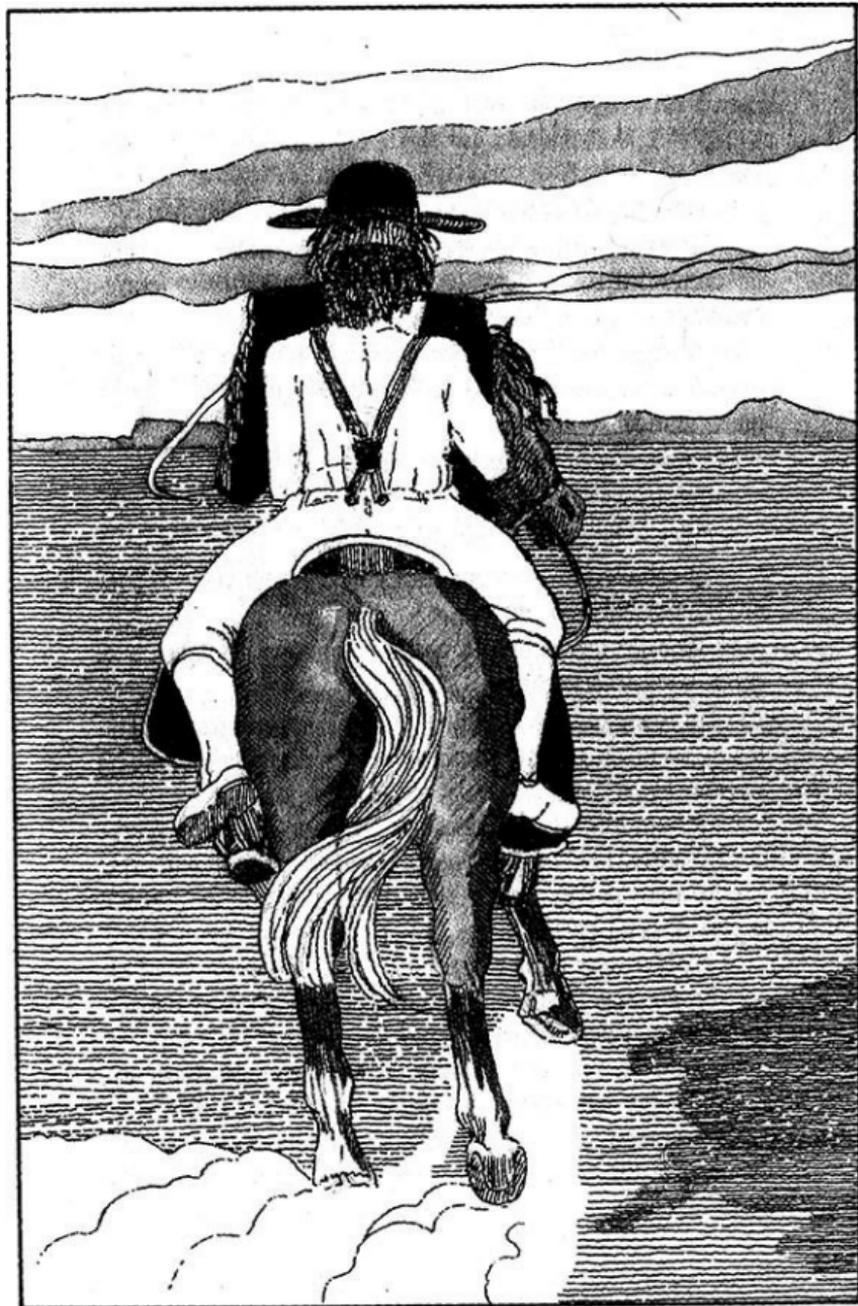
El propietario comentó lacónicamente:

—¡Si hubiera dejado tranquilo a ese caballo!

Entonces intervino el más alto de los dos *cowboys*:

—Por lo que he oído, señora Minnie, éste es el quinto o el sexto que

muere, de entre la docena de tipos que ese caballo loco ha lanzado por los aires.



—A mí me parece que es el octavo, si contamos al mestizo indio y al mexicano. Lo que yo me pregunto es a qué espera su dueño para cargárselo.

El más bajo de los *cowboys* adoptó un gesto ofendido.

—Jamás se mata a un garañón, señora Minnie; eso sería un crimen, a menos que el animal se haya herido gravemente.

—¿Y todos esos tipos que envía al otro mundo? —respondió la patrona—. Y yo sé bien de lo que hablo, soy yo quien fabrica los ataúdes.

El capitán de la marina dijo a su vez:

—Conocí un caballo en Valparaíso...

Aquiles le interrumpió poco finamente:

—Su caballo tenía tres mástiles y navegaba a vela. ¡Ahora no estamos hablando de eso!

El lobo de mar metió la nariz en su sopa de nabos y el *cowboy* volvió a la carga:

—En realidad, todos esos tipos eran unos novatos. La doma es un oficio que yo domino, y estoy decidido a vencer a Lucifer.

La señora Minnie gritó desde su cocina:

—Ustedes, los hombres, no son más que unos vanidosos. Espero que, por lo menos, tenga parientes que me paguen la caja de pino que le haré.

El capitán volvió a la carga:

—En las islas Corococos entierran a los indígenas envueltos en palmas de cocotero...

Se armó un alboroto enorme. Todo el mundo censuraba al capitán por interrumpir tan interesante conversación.

Yo esperaba que las aventuras de Lucifer habrían hecho olvidarse a mi amigo de sus proyectos, cuando le escuché decir:

—En realidad, las dificultades

vienen porque todo el mundo quiere subirse a los lomos de ese caballo. ¿Por qué no tomar las cosas de otra manera?

Los dos *cowboys* abrieron unos ojos como platos.

El más bajo preguntó, no sin un asomo de malicia:

—Señor, sea usted quien sea, si conoce otra manera de montar a caballo que no sea poniendo las nalgas en el lomo, le rogaría que me la indicara, y así no volvería a desgastar los fondillos de mis pantalones.

Su compadre preguntó:

—Sin querer ofenderle, señor, ¿me permite que le pregunte si se ha

acercado alguna vez a un caballo salvaje?

—Nunca —declaró francamente el señor Gaho.

El otro insistió:

—Sin embargo, al menos habrá visto de lejos algunos broncos^[8].

—¡En absoluto! —reconoció tranquilamente mi amigo.

—En ese caso —predijo la señora Minnie—, el día en que usted decida acercarse a Lucifer habrá firmado su sentencia de muerte.

Y súbitamente, consciente de sus responsabilidades familiares, añadió:

—Aquiles, a partir de ahora exigirás

el pago por adelantado.

Abrumado bajo aquel torrente verbal, Aquiles dejó caer su ovillo de lana.

El *cowboy* más alto seguía mostrándose inquieto:

—¿Y cómo se las arreglará usted para domar a ese caballo sin montarse encima?

El señor Gaho se concentró:

—Hablándole. Mostrándole el interés que siento por él. Explicándole que los hombres no son tan malos.

Los *cowboys* se quedaron con la boca abierta, olvidándose de tragar. Miss Cricrí Duteuil, la cantante,

palmoteo y comentó haciéndole arrumacos:

—¡Pero, señor, usted es un verdadero poeta!

Al extremo de la mesa, el capitán masculló:

—Mil rayos, ese marinero va de cabeza al naufragio.

Después supe que, en la manera de expresarse del lobo de mar, aquello quería decir, sencillamente, que el señor Gaho estaba completamente loco.

Tras aquella observación, Gigante del Viento dio las buenas noches a los presentes, diciendo que al día siguiente teníamos que levantarnos temprano.

Durante toda la noche pensé en el viejo capitán y en su isla del Pacífico. Tenía la impresión de que guardaría bajo el colchón su reserva de cocos.

Al día siguiente, sin manifestar en absoluto nuestras intenciones, enganchamos a Fin de la Borrasca y nos dirigimos en busca del dueño del condenado caballo.

El rancho ofrecía un buen aspecto. Era el más bonito de toda la comarca. Contaba con una enorme construcción blanca, de estilo colonial, como las que se veían en Nueva Orleáns. Ante el cuerpo principal del edificio se extendía una gran superficie de césped fresco y

cortado. A cada lado, sombreados caminos llevaban a las cuadras. Tras el edificio principal, una barrera recién pintada delimitaba un corral. Por todas partes sólo distinguía altas hierbas... En resumen, ¡un verdadero paraíso para un caballo! Cada vez comprendía menos a Lucifer.

Un negro alto abrió la puerta, y el propietario del rancho nos recibió en un salón. A pesar de su elevada estatura era un hombre insignificante, pero que se daba una gran importancia. ¡Además se llamaba Nobody^[9]! Con semejante apellido no tenía nada de extraño que no hubiera conseguido imponerse a un

caballo.

El señor Nobody recibía a todos los que se interesaban por su animal. Una vez que el señor Gaho le puso al corriente de todos sus poderes y le explicó que se proponía volver a Lucifer tan dulce como un corderito, aquel hombre, que era de procedencia inglesa, le ofreció inmediatamente un jerez.

El señor Nobody nos dijo que Lucifer era un animal magnífico, pero imposible de domar. Se negaba a separarse de aquella bestia, y nos contó las razones de su cariño hacia Lucifer.

—Yo me crié entre caballos. Mi padre decidió que yo sería *jockey*. Me

colocó en una finca de las afueras de Londres, pero a los quince años tuve que interrumpir mi carrera. Ustedes comprenderán por qué...

¡No hacía falta decirlo! Aquel hombre debía de pesar unos cien kilos y medir un metro, noventa centímetros. Esa molesta generosidad de la naturaleza le empujó a emigrar al Nuevo Mundo para ejercer el oficio de criador de caballos.

A petición del Fabricante de Lluvia, el ganadero nos condujo a las cuadras.

Entre un conjunto de cuadras bien cuidadas, destacaba una. Se hallaba reforzada en todos sus lados por tablas

entrecruzadas, sujetas por gruesos clavos: ése era el condenado paraíso de Lucifer.

El señor Nobody se excusó del estado del lugar:

—¡Qué quieren ustedes! Apenas acabamos de pintar las tablas cuando este terrible caballo las rompe. Nos vemos obligados a pasarle el agua y la avena por el tragaluz del tejado y con la ayuda de una cuerda. Todos los que han querido franquear la puerta han salido en camilla.

Lucifer es verdaderamente terrorífico.

El ganadero preguntó al señor Gaho

si deseaba probar entonces el caballo, pero, con gran alivio por mi parte, mi amigo manifestó que no era necesario.

Pensé estúpidamente que íbamos a marcharnos de Cheyenne. Pero pronto oí a mi compañero:

—Ese caballo me agrada. Presenta síntomas clarísimos de incompatibilidad de humor. ¡Es un caso interesante!

Y dándose importancia, siguió faroleando:

—Es un caso raro en este continente, pero en Asia resulta bastante frecuente.

Y viendo que el señor Nobody mordía el anzuelo, concluyó:

—Es un error pretender montar esta

bestia antes de su curación total.

Y como el inglés ponía cara de entender lo que oía, el Fabricante de Lluvia añadió:

—Porque supongo, señor Nobody, que a usted le molestaría que yo pretendiera, sin más, que usted se montara en ese animal.

El ganadero, que empezaba a perder su flema británica, farfulló:

—Pues claro, evidentemente.

Después se repuso:

—Entonces, si le comprendo bien, el caballo puede curarse. ¿Está usted capacitado para darle un tratamiento?

Gigante del Viento palmeó

familiarmente un hombro del señor Nobody y, tomándome una vez más por testigo, repuso:

—¿No es cierto, Pete Breakfast, que conozco muy bien a los animales de cuatro patas?

—¡Oh sí, claro! —respondí.

En aquel instante preciso estaba yo pensando en mi trasero, cuando atravesábamos el desierto.

Tras algunas trivialidades, el señor Gaho empezó a formular sus condiciones:

—He aquí cómo procedemos habitualmente. Si yo transformo esa furia de Lucifer en un caballo amable, usted

me abona veinticinco dólares. Por el contrario, si no hago honor a mi reputación, le entregaré cinco dólares por la molestia.

—Pero, señor mío —dijo el ganadero—, si usted fracasa, se encontrará en tal estado que no tendré valor para reclamarle los cinco dólares.

Y para precisar su pensamiento, añadió:

—Ya sabe usted, he visto a otros... ¡Renuncio desde ahora mismo a su dinero!

—¡Que no, que no! —insistió el Fabricante de Lluvia—, haremos según es costumbre. Además arreglaremos

cuentas antes de que yo entre en la cuadra.

Como el inglés, resignado, se encogía de hombros, mi amigo ordenó los preparativos:

—Esta noche, a las ocho exactamente, usted soltará a Lucifer en el corral que hay junto a la cuadra. Mañana, a las ocho, tras el rocío, lo devolverá a su cuadra. Es preciso que este animal se halle expuesto a los rayos de la luna exactamente doce horas consecutivas. Mientras tanto, y a partir de ahora, no le dé ya agua; hace falta que de aquí a mañana no tome líquido alguno.

El señor Gaho dijo además que llegaríamos a las nueve, y añadió con su mejor sonrisa:

—Si todo va bien, a las diez podrá usted cambiar el nombre de su caballo y llamarlo «Ángel Gabriel». Seguir llamándolo Lucifer podría traumatizarlo.

Puedo asegurar que Nobody estaba tan pasmado como yo mismo. Me ofreció un vaso lleno de jarabe de frambuesa, y el Fabricante de Lluvia se tomó otro jerez.

En el momento de separarnos, mi amigo preguntó:

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! ¿Cómo se llama el periódico local?

—*La Gaceta de Cheyenne.*

—Muy bien. ¿Le molestaría, señor Nobody, convocar a la prensa para mañana por la mañana? Cuidar nuestra fama es el único beneficio que sacamos de todo esto nosotros, los sabios.

—Puedo asegurarle —repuso el ganadero— que es inútil convocar a los reporteros. Bastará con hacerles saber que hay otro hombre que quiere entrar en la cuadra de Lucifer. Vendrán sin más.

De regreso a Cheyenne, el señor Gaho se detuvo en una botica y me pidió que le aguardara fuera. Cuando salió llevaba un pequeño cucurucho de papel.

Por la noche, ante la mesa de *El*

Buen Recibimiento, Gigante del Viento anunció la noticia. La señora Minnie estuvo a punto de derramar un cazo de sopa sobre el chaquetón del capitán, y creo que su marido se saltó un punto. La patrona exclamó fuera de sí:

—Si no fuese por el respeto que debo a un huésped, diría que ustedes los hombres, cuanto más mayores, más bobos.

Durante la cena observé varias veces que se fijaba en mi amigo como si tomara sus medidas. Ya avanzada la noche oí cepillar y clavar tablas. Nadie me quitará de la cabeza la idea de que la señora Minnie estaba fabricando un

féretro a la medida del Fabricante de Lluvia. Por lo que a éste se refiere, se entregó en nuestra habitación a unas extrañas prácticas.

Sacó de su bolsillo el cucurucho de papel. En el agua del fondo de una palangana disolvió el polvo blanco que contenía. Metió durante largo rato sus manos en aquella mixtura y dejó que se secaran al aire. Durante la noche repitió la operación hasta una veintena de veces, de tal manera que por la mañana la palangana estaba casi vacía.

Entre mi amigo, afanado en aquella tarea, y la señora Minnie, consagrada a la suya, debo decir que en *El Buen*

Recibimiento resultaba difícil dormir tranquilamente.

Era domingo, el día del Señor. Teniendo en cuenta que en Cheyenne no abundaban las distracciones, a las siete de la mañana la muchedumbre se impacientaba ya ante *El Buen Recibimiento*. La decisión de mi amigo se había difundido por toda la población. Al bajar al comedor, miss Cricrí Duteuil nos dio la buena nueva. Tendió al señor Gaho *La Gaceta de Cheyenne*, que olía aún a tinta de imprenta.

—Tenga, querido amigo, lea usted mismo. ¡Es usted la estrella de la

ciudad!

Gigante del Viento se sentó tranquilamente en una silla, y por encima de su hombro pude leer el titular que llenaba la primera página:

«¡Lucifer, la maravilla del siglo! Un nuevo candidato al suicidio, decidido a entrar en su cuadra».

Seguía un artículo en el que se explicaba que el señor Gaho poseía los secretos de una nueva medicina oriental, a base de exposiciones, bien dosificadas, a los rayos de la luna. Señalaba además que Lucifer sería el centésimo caballo que iba a tratar el sabio.

En un recuadro titulado «El caballo que mata» figuraba la larga lista de víctimas del colérico animal.

Aquello no era nada reconfortante, pero, como solía decir el Fabricante de Lluvia, «¡en peores nos hemos visto!».

A pesar de todo, tomé en aquel instante la firme decisión de negarme categóricamente a entrar en la cuadra de aquella bestia irascible, aunque me lo pidiera el mismísimo Dios en persona.

Mi compañero hundió sus grandes manos en el fondo de sus pantalones, excusándose de no poder estrechar todas las que le tendían, «a fin de no gastar su fluido magnético», según precisó.

Fin de la Borrasca nos aguardaba, enganchado, ante la puerta. Gigante del Viento me ordenó:

—Toma las riendas, muchacho.

Partimos al trote corto hacia nuestro destino. Treinta carros de todas las formas seguían nuestras huellas. Ni en California se había visto un convoy tan heterogéneo como el nuestro, ni siquiera cuando la fiebre del oro.

En el rancho del señor Nobody había aún más gente que frente a *El Buen Recibimiento*. La aparición del Fabricante de Lluvia con su traje negro provocó agitación. A nuestro paso la gente cuchicheaba: «¡Es él, es él!». Me

enderecé, orgulloso de acompañar a un personaje tan famoso.

El inglés tendió el brazo hacia el señor Gaho, deseando estrechar su mano. Yo me adelanté. Con las mías hundidas en los bolsillos, tuve la desfachatez de anunciar:

—Excúsenos, no podemos tocar nada sin correr el riesgo de que se nos escape el fluido por los dedos.

Gigante del Viento me dirigió una mirada de sorpresa, pero también de agradecimiento.

Un hombre se precipitó hacia nosotros. Lucía una chaqueta a cuadros, llena de bolsillos por delante y trabillas

por detrás. Su pantalón, del mismo paño, dejaba ver unas polainas de color castaño que recubrían unos zapatos relucientes. Llevaba un sombrero hongo inclinado hacia un lado.

Era el reportero de *La Gaceta de Cheyenne*. Solicitó con deferencia:

—Permítame retratarlo, señor.

Y para apoyar su petición, añadió:

—Ahora que todavía está presentable...

Allí todos consideraban al Fabricante de Lluvia como un aspirante a difunto.

El señor Gaho adoptó una postura presuntuosa. El reportero manipuló un

enorme daguerrotipo mientras su ayudante prendía fuego al magnesio. Brotó un relámpago y una humareda envolvió a la concurrencia. Varios curiosos maldijeron tosiendo.

El humo era tan espeso que yo esperaba el regreso de los indios cheyennes.

Después de que mi amigo hiciera aquella concesión para la posteridad, la multitud empezó a ocupar sitio alrededor del corral. Cerca de nosotros pasó un negro. Llevaba un brazo en cabestrillo y cojeaba. El Fabricante de Lluvia le preguntó distraído:

—¿Un recuerdo de la guerra india,

eh, valiente?

—No, señor —replicó con una sonrisa forzada—. Es que ayer usted dijo que hacía falta sacar a Lucifer. ¡Pues bien, esta mañana he sido yo el que lo ha metido en la cuadra!

Se nos confirmó, por tanto, que el bronco había absorbido su ración de rayos de luna.

—Sobre todo, supongo que no le habrán dado de beber —dijo Gigante del Viento.

El señor Nobody le aseguró que Lucifer no había tomado una sola gota de líquido. Aparte, naturalmente, del rocío de la mañana.

—¡Perfecto! —manifestó mi amigo, ya tranquilizado—. Ahora mande que me traigan un cubo lleno de agua bien fresca.

El negro se alejó renqueando para cumplir el encargo.

Sacando por fin las manos de los bolsillos, Gigante del Viento dejó su sombrero en el suelo y arrojó dentro cinco monedas de dólar. Volviéndose hacia el señor Nobody, le dijo:

—Ahora le toca a usted; ponga veinticinco dólares en ese sombrero, como acordamos. Si fracaso, usted recogerá todo. Si lo consigo, seré yo quien se lo lleve.

El inglés hizo lo que le indicaban, mientras el negro volvía con el cubo de agua.

El Fabricante de Lluvia reclamó de la concurrencia que guardara silencio durante toda la operación. Después metió sus manos en el cubo, explicando:

—Se trata de comunicar mi olor a Lucifer, por medio de este líquido. Ésta es la mejor manera de que se habitúe a mi presencia —luego se dirigió al inglés—: en cuanto el caballo beba, yo ya no seré un extraño para él.

A nuestro lado, al negro le castañeteaban los dientes y le temblaban todos los miembros.

—¿Tiene usted frío? —le preguntó caritativamente mi amigo.

—De ningún modo —replicó el negro—. Pero no me pida que entre con usted en esa cuadra infernal.

—No se preocupe, amigo, entraré solo.

El negro y yo, al unísono, lanzamos un «uf» de alivio.

Tras haber tenido largo tiempo sumergidas en el agua sus manos, Gigante del Viento pidió una escalera y subió al tejado de la cuadra de Lucifer. Por el tragaluz, y con la ayuda de una cuerda, introdujo el cubo en la cuadra. Su cabeza desapareció un instante por el

sombrío agujero. La multitud lanzó un «Ooooh» de horror.

Enderezándose, el Fabricante de Lluvia se volvió hacia el señor Nobody y quienes lo rodeaban:

—Ahora escúchenme bien y que nadie desobedezca mis órdenes. Voy a entrar por este tragaluz. Suceda lo que suceda, nadie debe abrir, bajo ningún pretexto, la puerta de la cuadra antes de una hora. Cuando yo quiera salir, llamaré tres veces desde el interior, diciendo mi nombre.

—¿Pero y si Lucifer le hace trizas?
—preguntó inquieto el inglés.

—Eso en nada cambia el plan —

afirmó mi amigo—. Sin embargo, si al cabo de una hora yo no hubiera salido, ustedes deberán abrir.

La multitud, como un solo hombre, retenía la respiración. Se daba cuenta de que estaba viviendo un acontecimiento histórico.

Con los aires de importancia del domador que mete su cabeza en la boca del león, Gigante del Viento respiró hondo y luego desapareció por el tragaluz.

Durante algunos segundos nada sucedió, pero lo que siguió nos produjo a todos escalofríos.

Lucifer empezó por lanzar unos

terribles relinchos. Después siguió tal zafarrancho que parecía como si un terremoto agitase la cuadra. Era el tipo de sacudidas que más tarde devastarían la ciudad de San Francisco, cuando el famoso terremoto...

Fuertes golpes hicieron retumbar los muros. Varias tablas de la puerta volaron hechas pedazos. El tejado de la casa se levantó durante un fugaz momento y recobró su lugar en medio de un enorme estruendo. De repente, el cubo salió por el tragaluz con la fuerza de un tapón de champán francés. Rebotó en el suelo y vino a aterrizar a mis pies. Una mujer alta y rubia lanzó un grito:

—¡Dios mío, ese pobre hombre ya habrá muerto!

Y se hizo un gran silencio...

Tras la batahola que nos había aturdido los oídos, aquella calma obsesiva comenzaba a inquietarnos.

Nada se movía en la cuadra. No pude evitar pensar en la señora Minnie, que había estado trabajando toda la noche en su taller.

El inglés había perdido totalmente su flema. Cada tres segundos consultaba su reloj y miraba el gran sombrero negro que yacía a sus pies.

El silencio fue roto por el negro, que se frotaba las manos.

—En mi humilde opinión, ese valiente debe de estar ya completamente despachurrado.

El señor Nobody, que sentía crecer su responsabilidad de minuto en minuto, vino a buscarme.

—Dime, muchacho, tú que estás acostumbrado a estas cosas. ¿No crees que deberíamos abrir la cuadra?

¡En menudos líos me metía mi amigo, a fuerza de tomarme por testigo! Es cierto que empezaba a acostumbrarme a las artimañas del Fabricante de Lluvia, pero en aquel momento sentía un deseo enorme de desmayarme para poder dar un consejo

útil.

Un tipo grueso y bajo me salvó del desastre:

—Yo pienso que es preciso dejar correr los acontecimientos. Después de todo, ese hombre sabio está experimentando una medicina nueva que nos es desconocida. Especificó muy claramente que no se le molestará...

Todo el mundo fue de la opinión del tipo gordo.

El inglés, que era un hombre de acción, llamó sin embargo al negro y le ordenó que fuese a buscar una mecedora. Así, satisfecha su autoridad, empezó a mecerse, reloj en mano, frente

a la cuadra de Lucifer.

La primera media hora me pareció un siglo. Empecé ya a hacer planes, pensaba qué colocación me convendría en Cheyenne. De repente, una mujer lanzó un grito:

—¿No han oído un ruido?

Y sufrió un síncope.

El señor Gaho podía jactarse de poner de punta los nervios de aquella pobre gente.

El señor Nobody, tras haber recobrado toda su flema británica, no se movió. Dormitaba en su mecedora.

Finalmente, el reportero de *La Gaceta de Cheyenne* dijo en voz alta:

—Ya sólo quedan cinco minutos...

Aquella observación despertó sobresaltado al propietario del rancho. Consultó su reloj, se levantó de golpe y gritó al negro:

—Crisóstomo, ve a buscarme el sacaclavos.

El peón regresó con la herramienta reclamada.

—¡Adelante, abre! —ordenó el inglés.

En lugar de obedecer, el pobre Crisóstomo se quedó inmóvil, alelado, y volvió a temblar. Su tez se puso terrosa. Articuló débilmente:

—Señor Nobody, ¿por qué siempre

me encarga usted a mí abrir a ese condenado Lucifer?

—Vamos, Crisóstomo —le animó el señor Nobody—, nunca te han dado miedo los caballos.

—Éste sí —farfulló el pobre diablo, con los ojos muy abiertos.

Entonces el señor Nobody, pretendiendo él mismo tranquilizarse, le ordenó:

—¡Vamos, abre! Ya ves que no hay peligro.

Sacando fuerzas de flaqueza, Crisóstomo arrancó las tablas que cerraban la entrada.

Cuando hubo concluido, se aferró

prudentemente al paciente, lo entreabrió, arrojó una mirada al interior y, dando media vuelta, echó a correr, chillando.

Nadie se atrevió a dar un paso en dirección a la cuadra de Lucifer.

De repente, chirriando de una manera siniestra, la puerta se abrió lentamente, por sí sola, como impulsada por el diablo. La curiosidad del señor Nobody no lo resistió. Se adelantó y se quedó petrificado. Temeroso, fui a protegerme tras sus anchas espaldas: un caballo negro como la noche estaba tendido cuan largo era. Entre sus piernas yacía el Fabricante de Lluvia con la cabeza apoyada en la de Lucifer. Ni uno

ni otro hacían el menor movimiento.

Alguien gritó:

—¡Dios mío, están muertos los dos!

Crepitó un *flash* de magnesio. A través de la espesa humareda vi moverse a mi amigo; estornudó, se estiró y nos dijo de la forma más simple del mundo:

—Perdónenme, creo que Lucifer y yo nos hemos quedado dormidos.

Gigante del Viento mostraba una expresión avergonzada como si lo hubieran sorprendido en el lecho a hora avanzada. ¡Podía vanagloriarse de haberme dado un buen susto!

Sin ocuparse de la multitud que

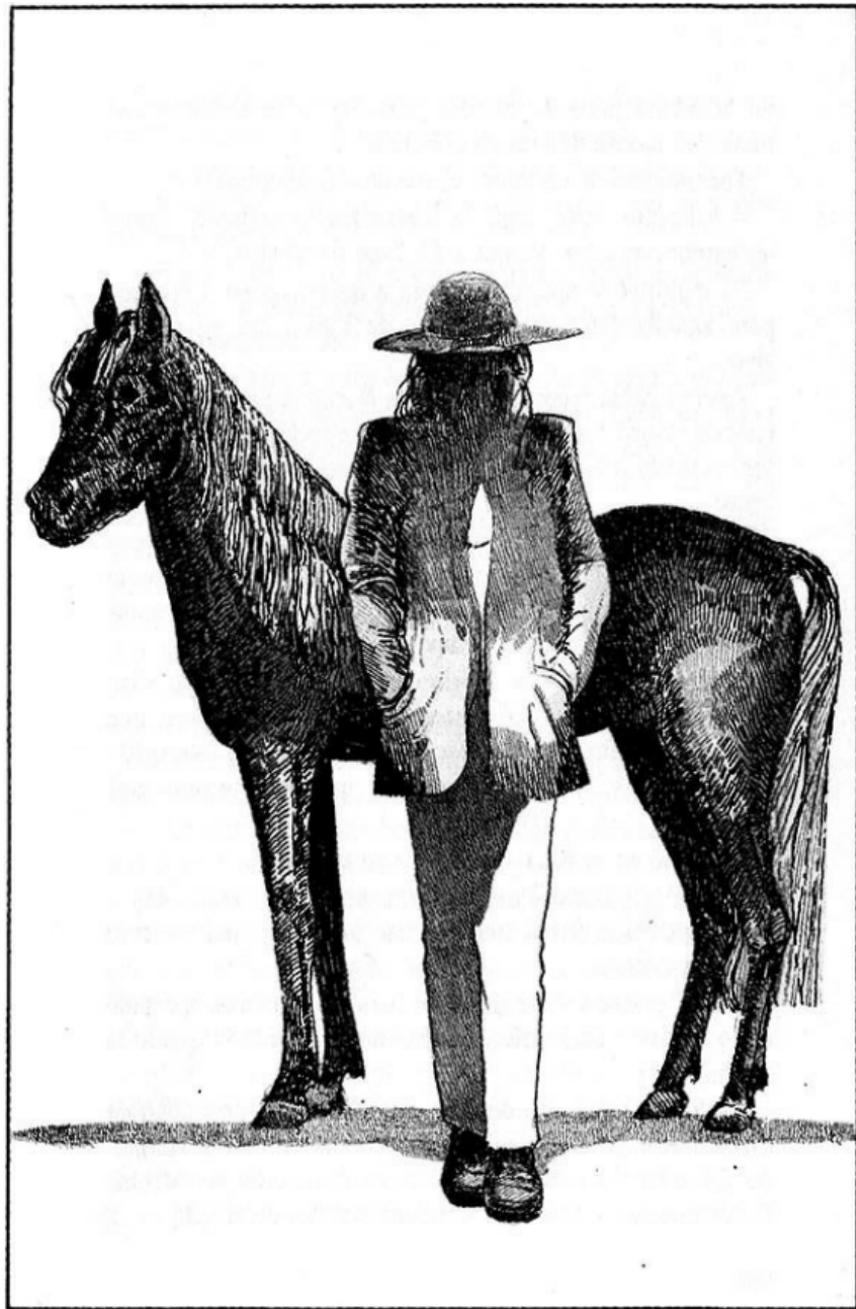
trataba de entender algo de todo aquello, se puso en pie y le susurró al caballo:

—Vamos, perezoso, en pie. ¿No ves que toda esta gente aguarda a que les demuestres que eres un caballo amable?

Ayudó a Lucifer a alzarse sobre sus cuatro patas, lo condujo afuera y montó en su lomo. Y el caballo emprendió un trotecillo corto por el corral.

Todos estaban estupefactos, pasmados, aterrados.

Cuando el magnífico caballo negro se detuvo en el centro del corral, habría podido oírse a un gusano excavar su agujero.



El señor Gaho se bajó del caballo, colocó un sonoro beso en la oscura nariz de Lucifer y, cogiendo su sombrero, se metió los treinta dólares en el bolsillo.

Tomándome de un hombro, me dijo alegremente:

—Adelante, Pete, aquí ya hemos hecho bastante. Tengo un hambre de lobo. Vamos a *El Buen Recibimiento*.

La multitud se apartó temerosa a nuestro paso. Creo que para aquella gente el Fabricante de Lluvia era un muerto vivo.

Apenas había recorrido Fin de la Borrasca un corto trecho cuando resonó tras nosotros un largo relincho quejoso.

Lucifer, domado, se aburría ya sin su nuevo amigo. ¡Era asombroso!

He de reconocer que si en aquel momento me hubiera propuesto Gigante del Viento elegir entre una estrella y un rayo de sol, no habría dudado de que era capaz de proporcionarme las dos cosas al tiempo.

La señora Minnie nos acogió con los brazos abiertos. Con un falso malhumor echó pestes contra un cierto ataúd que había estado fabricando. El viejo lobo de mar nos interpeló:

—Entonces, marineros, parece que han tenido mal tiempo.

Creo que en su boca aquello era un

cumplido.

Miss Cricrí Duteuil nos hizo un montón de arrumacos y me plantó en la frente un beso tan dulce que me puse rojo como una cereza.

Por lo que se refiere a los dos *cowboys*, habían apostado tanto en favor de Lucifer, que habían preferido la fuga a la ruina.

Al día siguiente abandonamos aquella excelente ciudad de Cheyenne, con la cabeza alta, orgullosos del deber cumplido. El señor Gaho había decidido dar una vuelta por Misuri. Estábamos tan sólo a unas setecientas millas de allí...

No cesé de agitarme durante toda la mañana sobre mi asiento. El hombre de negro acabó por decirme:

—¿Quieres decirme, Pete, por qué te has molestado, antes de salir de Cheyenne, en ponerte dentro del pantalón carbones encendidos?

—No es eso... No sé cómo decírselo, pero me gustaría saber cómo se las arregló para domar tan pronto a Lucifer.

Su respuesta me dejó atónito:

—Yo no domé al caballo, muchacho. Conforme a mis instrucciones, el boticario elaboró una determinada sustancia química. Tú viste cómo

impregné mis manos con ella, y la disolví después en el cubo de agua que bebió Lucifer. En realidad, ese caballo estaba drogado. Fui yo quien relinchó estúpidamente imitando al caballo, fui yo quien con un palo grueso armé aquel estruendo infernal y quien lanzó el cubo por el tragaluz. Para entonces Lucifer dormía pacíficamente bajo los efectos de mi droga.

Y añadió, satisfecho:

—Ya ves, ése es todo el misterio.

Al ver mi gesto de despecho, apuntó un dedo hacia mi nariz y afirmó:

—¡La ciencia, muchacho! ¡No olvides que la ciencia es lo más

importante en la vida!

Me estaba bien merecido. Me empeñaba en ver al señor Gaho como a un ser sobrenatural, y descubría poco a poco que era un hombre como los demás. Muy científico, desde luego, pero a pesar de eso, exclusivamente un hombre.

Mi espíritu lógico me impulsó a preguntar:

—Entonces, cuando ya no haga efecto su mejunje, ese caballo seguirá matando a la gente.

—Eso ya no es seguro, Pete. Tal vez lo que necesitaba ese caballo era que, a través de unos medios artificiales,

alguien lo pusiera en condiciones de amar a los hombres...

Yo pensaba sobre todo en aquel buen negro, Crisóstomo. No habría querido que le sucediera alguna desgracia por culpa de Lucifer y tampoco por obra de mi amigo. Gigante del Viento me arrancó de mis preocupaciones:

—Y después de todo, que dejen en paz a ese caballo. ¿Qué necesidad tienen de montarlo?

A pesar del furor contenido que sentía crecer en el Fabricante de Lluvia, le repliqué:

—¿Y para qué sirve un caballo si no es para montarlo?

Los ojos de mi compañero se achicaron como ranuras de una hucha y bajó bruscamente el tono:

—Deja de decir tonterías, Pete Breakfast. Tienes que reconocer que si Dios hubiese querido que el hombre pasara la mitad de su vida sobre el lomo de un animal, no habría hecho tan reacio al caballo, y no existirían bestias como Lucifer.

Dándome un coco en la cabeza, añadió:

—Métete esto en tu cabecita de chorlito: el mal nos viene siempre por el deseo del hombre de ponerse por encima de algo. Unos sobre un pedestal,

otros sobre un caballo.

Aquellas conversaciones me agotaban. Evidentemente, yo tenía una cabecita de chorlito, que algún día tendría que llenar. Pensé en aquellas escuelas del este y en el hijo de la señora Minnie, que tanta suerte había tenido al poder ingresar en West Point.

5 Un brujo enmascarado y un pastor desenmascarado

PARA DIRIGIRNOS al Alto Misuri tuvimos que atravesar el río North Platte, en el estado de Nebraska. Después penetramos en Dakota del Sur.

Nos hallábamnos en plena comarca cheyenne.

Desde hacía algún tiempo se notaba una gran actividad entre las tribus indias. Toro Sentado^[10] había reunido a las grandes familias siux y había aplastado a las tropas del general Custer en la montaña de Little Big Horn, y el ejército sólo tenía una idea: vengar a su general.

Gigante del Viento me explicó que, para evitar un choque de masas, las tribus se habían escindido en pequeñas bandas que nunca permanecían mucho tiempo en el mismo lugar. Sabían que las represalias serían terribles.

Por lo demás, los cheyennes sentían por los blancos un odio feroz desde que la mitad de los suyos habían sido asesinados en el río Wichita; era, pues, mejor no toparse con ellos.

Estuve alerta todo el día. Cada hoja que caía, cada animal que huía, hacía que me sobresaltase. ¿Serían los cheyennes, los «Seres Humanos», como los llamaba el Fabricante de Lluvia?

Nuestro camino nos conducía a un enrevesado macizo: las Montañas Negras. Cuando mi amigo me informó de que los indios denominaban a aquel lugar «Pa-Sa-Da», las Montañas Sagradas, las vi aún más negras de lo

que en realidad eran. Estaba muerto de miedo.

El terreno se hacía cada vez más escarpado.

Como una vertiente de aquellos montes era boscosa, subimos la pendiente bajo los árboles. Al llegar a la cima nos encontramos en terreno descubierto. Gigante del Viento detuvo el carro y me dijo:

—Observa, muchacho.

Sus ojos habían sido más rápidos que los míos. ¡Lo que yo tanto temía se encontraba ante nosotros!

A nuestros pies discurría un río: el Cheyenne. A su orilla se alzaban una

quincena de tipis, o tiendas indias. Había hogueras, pero no desprendían humo alguno. ¡Sólo los fuegos indios podían arder así!

Murmuré al señor Gaho:

—Huyamos, todavía estamos a tiempo.

Él, muy sereno, me respondió:

—Ten la seguridad, muchacho, de que los vigías de esa banda ya nos han visto. ¿Crees idiotas a los indios? Te apuesto lo que quieras a que en este mismo momento nos observan diez pares de ojos.

Como yo experimentaba la necesidad irresistible de decir algo, le

pregunté:

—¿Son cheyennes?

El comienzo de la respuesta me tranquilizó, pero el final me sumió en la desesperación:

—No, éstos son siux-dakotas. Aún más terribles.

—Entonces estamos perdidos — manifesté.

—¡En absoluto, chico!

Y al notar mi estado de nerviosismo, añadió:

—Tranquilízate, Pete, vas a asustar a los vigías indios.

El Fabricante de Lluvia reflexionó uno o dos minutos y resolvió:

—Lo mejor es hacer una pequeña visita a esa tribu.

—Supongo que no lo dirá en serio, señor Gaho. Esos salvajes nos arrancarán la cabellera.

Y recordando los consejos de mi padre, insistí:

—Mi padre me recomendó siempre que evitara a gente como ésa.

Gigante del Viento descendió del carro.

—Tu padre no conocía nada a los pieles rojas. Has de saber que los indios no matan ni arrancan la cabellera a los niños. Aunque te los haya presentado tan terribles, ten la seguridad de que en

estos momentos tienen cosas más importantes de que ocuparse que de dos tipejos como nosotros.

No puedo afirmar que aquella reflexión me calmara por completo, pero digamos que me reanimó un poco.

Mi compañero, a quien no le gustaban los remolones, me llamó al orden:

—¡Vamos, baja ya del carro! No se hace una visita a los dakotas sin arreglarse un poco antes.

¡En eso estaba yo pensando precisamente en aquellos momentos! Pero habría tenido que saber que con el Fabricante de Lluvia nunca debía uno

extrañarse de nada.

El señor Gaho abrió su gran saco y sacó un considerable número de cosas. ¡Aquel saco sería siempre un enigma para mí...!

Mi amigo se puso de nuevo la indumentaria que le asemejaba a un indio. Incluso sujetó una pluma de águila a un largo mechón de sus cabellos. Después abrió dos tarritos que contenían ungüentos de diferentes colores y empezó a pintar su pecho con dibujos rojos y azules.

Por mi parte, y para no desentonar, me alisé el pelo con los dedos y saqué brillo a mis zapatos, frotándolos contra

las perneras del pantalón. Como me había desnudado también el torso para parecerme a un piel roja, el Fabricante de Lluvia señaló:

—Ponte la camisa, Pete Breakfast, tienes la piel demasiado blanca.

Finalmente quedamos presentables. Subimos al carro y Fin de la Borrasca nos condujo directamente al campamento dakota.

Por el camino, Gigante del Viento me informó de que aquellos pieles rojas se denominaban a sí mismos los Verdaderos Hombres. Ésta es, por lo demás, la traducción de la palabra «dakota». Me pareció pretencioso por

su parte, pero, al fin y al cabo, bien podía suceder que los Verdaderos Hombres fueran seres excepcionales, ya que los blancos no habían dudado en dar su nombre a dos estados: Dakota del Norte y Dakota del Sur.

Apenas habíamos recorrido la mitad del camino que conducía al campamento, cuando bruscamente nos vimos rodeados por una docena de jinetes de aspecto patibulario. Bueno, en todo caso, a mí me parecieron así. El señor Gaho me recomendó:

—Adopta un aire natural, Pete. Relájate.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Tenía un nudo en la garganta y mis dientes castañeteaban aún con más fuerza que los de Crisóstomo ante Lucifer.

Pregunté a mi amigo:

—¿No hay en este carro una cantimplora con agua?

Me indicó la que colgaba a mi lado. Todo lo que conseguí fue inundarme la pechera de la camisa. Tenía un nudo en la garganta y no logré tragar nada.

Llegamos a las primeras tiendas seguidos por nuestra escolta. Fin de la Borrasca se detuvo. El Fabricante de Lluvia me tomó del brazo y saltó a tierra. De pie entre aquellos jinetes que

me dominaban me veía más bajo que un topo. Me habría sentido muy aliviado si, como ese animal, hubiese podido meterme bajo tierra. Gigante del Viento me tomó de la mano; advertí que me la apretaba con fuerza para darme ánimos y le quedé muy agradecido. Me condujo hacia una especie de plaza formada por las tiendas dispuestas en círculo.

Todas las tiendas eran diferentes las unas de las otras. Había una blanca como la nieve: encima de la entrada su propietario había pintado un caballo encabritado. Supe después que pertenecía a Caballo Loco^[11], el jefe de guerra de la tribu, quien por el momento

se hallaba ausente. Ante la tienda había dos lanzas clavadas en el suelo; de sus extremos colgaban cabelleras pelirrojas, rubias y morenas. Ya veía la mía adornando la tienda de Caballo Loco, y anticipadamente se me puso la carne de gallina.

Con paso inseguro llegué ante una tienda de color azul cielo, toda rebosante de signos cabalísticos negros y amarillos. Era la de Sat-Oj, Larga Pluma, el viejo jefe de paz de los Verdaderos Hombres.

Larga Pluma debía de tener más de ochenta años, y su piel estaba tan arrugada como la de una manzana seca.

En torno a un fuego había seis personajes sentados sobre pieles de oso y de bisonte, con las piernas cruzadas. Además del jefe de paz estaban Nom-Waa-Pa: Dos Golpes; Ton-to: Ojo de Hierro; O-Vas-Ses: Animal Salvaje; Co-Yem-Si: Cabeza de Chivo, y Muz-Za: Hierro. Este último parecía capaz de cualquier cosa. Tenía la mirada de un hombre que ha visto de todo.

Un poco retirado, un personaje inquietante, enteramente cubierto con pieles de animales, nos observaba a través de los agujeros de una máscara de plumas multicolores. Aquel espantajo era el chamán, o brujo, de los

Verdaderos Hombres. Tenía un nombre tan curioso como su indumentaria: A-Ya, que quiere decir Sonajero.

Gigante del Viento soltó mi mano derecha, ordenándome que la levantara, con la palma extendida a fin de mostrar que no tenía arma alguna. Mi amigo hizo otro tanto y dijo:

—*¡Ju-ki!*

Estas dos sílabas querían decir al mismo tiempo: «¿Cómo está usted?», «Me alegra mucho verlo» y «¿Ha comido usted bien?». Los siux no dan los buenos días como los blancos: se preocupan por el estado del estómago del visitante, y así, la mayor cortesía es

anunciarles que se tiene mucha hambre.

Tras aquel breve «Ju-ki» ya nadie pronunció una palabra, lo que me sorprendió, porque había oído decir que no hay nadie tan charlatán como un piel roja.

Indicándonos con el pulgar dos lugares libres en el círculo, Larga Pluma nos invitó a sentarnos. Después llegó una *squaw*^[12] cargada con dos platos de madera. En cuanto apareció, Larga Pluma se cubrió la cabeza con una manta para no verla.

—¿Es que está enfadado con ella?
—pregunté al señor Gaho.

—No —me replicó—, lo que pasa

es que esta mujer es una de sus suegras, y no puede mirarla a la cara sin atraer la desgracia sobre su tienda.

En los platos nadaban pedazos de carne en medio de una espesa salsa. Era un excelente guisado de perro.

Contrariamente a lo que cabía esperar, Gigante del Viento lamió minuciosamente su plato con la lengua después de acabar y pidió más. Los ojos de Larga Pluma brillaban de satisfacción. Veía que mi compañero tenía modales.

Tras la comida, el señor Gaho sacó tabaco de su saco. Cabeza de Chivo llenó la cazoleta de una larga pipa. Ojo

de Hierro encendió el tabaco, mientras que por el otro extremo Animal Salvaje aspiraba grandes bocanadas. Dos Golpes, muy interesado, observó toda la operación. Todo el mundo fumó, pasándose la pipa, pero cuando llegó mi turno cruzó por encima de mi cabeza. No siendo un iniciado, yo no podía fumar con ellos.

Una vez colocada la pipa en su estuche de piel espléndidamente adornado, tuve la sorpresa de oír a Hierro expresarse en un inglés muy bueno:

—Nuestro hermano Ga-Oh es muy amable al venir a visitar a los

Verdaderos Hombres. Las pinturas de su pecho dicen que viene como amigo y todos nosotros nos sentimos muy felices, así como también por saber que no pretende nada más que pasar por las Montañas Sagradas.

No habíamos dicho cosa parecida. La cortesía siux exige que no se formule nunca directamente una pregunta, De esa manera Hierro recurría a ese truco para manifestar los sentimientos de los Verdaderos Hombres. El señor Gaho, que parecía muy al corriente de esa práctica, respondió a la pregunta no formulada.

—Tu espíritu es claro, Muz-Za, y

piensas bien. No nos detendremos en Pa-Sa-Da. Vamos más al norte, por donde corre el río Misuri.

Mientras hablaba mi amigo, nuestro piel roja letrado traducía, gesticulando, toda la conversación a Larga Pluma. El viejo jefe desarrugó el ceño y una oleada de melodiosos sonidos brotó de su boca.

—Larga Pluma —explicó Hierro— me encarga decirte que tus cabellos rubios son muy bonitos y que la pluma que los adorna es muy bella. A Larga Pluma le parece además que tienes un soberbio caballo y que le gusta mucho tu carro, al que considera el carro más

magnífico que jamás haya visto.

Vi que Gigante del Viento hacía una mueca. Cuando un siux deseaba un objeto no tenía nada más que decir que lo hallaba de su gusto, para que su poseedor se lo ofreciera inmediatamente. Bien estaba el caballo, el carro y la pluma, pero el señor Gaho no deseaba entregar su rubia cabellera a Larga Pluma. Salió con astucia de aquel mal paso:

—Di al jefe de paz de los Verdaderos Hombres que me siento muy honrado con sus cumplidos; tan honrado que, dentro de un instante, le haré regalos.

El anciano pareció encantado tras la traducción.

Aquí debo explicar que Hierro no era un dakota, sino un siux-hunkpapa de la tribu de Toro Sentado. Muy joven, un misionero católico lo condujo con los blancos, entre quienes aprendió a hablar, leer y escribir el inglés. De vuelta a su tribu, su saber era tan amplio que inspiró un gran temor a los hunkpapa. Uno de los suyos llegó incluso a dejarlo por muerto después de traspasarlo con una flecha de hierro. Pero la medicina de Hierro era tan potente que consiguió incluso retirar la saeta y recobrase. Aquella flecha de hierro le valió su

nombre.

Hierro sólo se hallaba de paso entre los Verdaderos Hombres; en realidad se dirigía en busca de sus amigos, los cheyennes, que acampaban a unas trescientas millas de allí.

Cabeza de Chivo se levantó y vino a examinarme. Me palpó, me sopesó levantándome en alto, como hizo Dientes Puntiagudos cuando nos lo topamos con su banda de tejas. Me sorprendió mucho el que Cabeza de Chivo me dejase en el suelo sin brusquedad. Después le preguntó a mi amigo:

—Este niño parece fuerte y sano. ¿Quieres cambiarlo?

Al hacer esta proposición, Cabeza de Chivo nos mostraba que estaba dispuesto a comerciar y, a su vez, recordaba a Gigante del Viento que tardaba en ofrecer los presentes acostumbrados. Mi amigo adoptó un aire contrito para responder:

—Me hubiera gustado cambiarte este niño, pero desgraciadamente no es mío.

—Mejor —replicó Cabeza de Chivo—. En ese caso, te costará menos separarte de él.

—No, es imposible. Pero, para que veas que quiero darte gusto, voy a hacerte un regalo.

Y, finalmente, mi amigo añadió:

—Así como a los dos jefes aquí presentes.

Larga Pluma inclinó la cabeza; reconocía así que mi compañero estaba al corriente de las costumbres de los siux.

Retardando cada uno de sus movimientos para despertar la ansiedad, Gigante del Viento abrió su enorme saco y dispuso ante él algunos objetos menudos. Ofreció un cuchillo a Larga Pluma, quien lo admiró largo tiempo. Después le tendió al anciano jefe dedales para coser, precisando:

—Para tus mujeres.

Larga Pluma los hizo tintinear en sus dedos, radiante de alegría.

Las mujeres cosían en sus ropas estos objetos, que tintineaban como campanillas.

El viejo habló. Creí que iba a hacer un cumplido a Gigante del Viento. Pero no, con los siux las cosas no eran nunca tan sencillas. Hierro tradujo:

—El jefe dice que aprecia tus regalos, pero que habría preferido el bello carro. Finalmente acepta tus presentes porque sabe que le son ofrecidos de corazón y te lo agradece mucho.

El hunkpapa confesó a Gigante del

Viento:

—Entre nosotros, yo no veo qué podría hacer Larga Pluma con tu carro. Esos artefactos de los blancos rechinan por todas partes y hacen un ruido infernal. Creo que sólo era un capricho de Larga Pluma.

Para salvar su carro, el Fabricante de Lluvia declaró que él era también de su opinión y prosiguió la distribución.

Dio sus dos tarros de pintura a Cabeza de Chivo, que se untó inmediatamente el rostro. A Ojo de Hierro le correspondió un reloj sin agujas.

—Para ti, este aparato de medir el

tiempo —declaró el señor Gaho.

Ojo de Hierro escuchó el tic-tac y fue a encerrarse en su tienda.

A Dos Golpes le ofreció una cafetera de hojalata y, volviéndose hacia Sonajero, dijo:

—Acepta este tabaco, que te será útil para tus medicinas. Con su humo, Wa-Kan-Da^[13] te hará conocer mejor sus voluntades.

Sonajero emitió algunos gruñidos; pero como su rostro proseguía oculto tras su máscara, no supe si eran de despecho o de satisfacción.

Después le llegó el turno a Hierro. Como ante el Fabricante de Lluvia ya no

quedaba nada, éste se volvió hacia mí y empezó deliberadamente a quitarme los tirantes, los mismos que había heredado de mi difunto padre, el predicador. El hunkpapa, que notó mi apuro, sonrió y dijo:

—Gigante del Viento, reconozco en ti a un valiente por cuyas venas corre nuestra sangre. Aceptar algo de tu mano me vejaría. Sólo quiero tu amistad.

Al decir eso fue a colocarse ante mi amigo, tomó sus dos orejas y, atrayendo su rostro, frotó varias veces su nariz contra la suya. Con aquel gesto de amistad definitiva, el hunkpapa hacía saber a los Verdaderos Hombres que

Gigante del Viento quedaba ya adoptado.

¡Y yo, conservando mis tirantes, salvaba mi dignidad...! Por lo que se refiere al señor Gaho, a cambio de sus regalos obtuvo una tienda en donde pasar la noche.

Cuando yo ya creía terminada la ceremonia, Dos Golpes vino a sentarse frente a Gigante del Viento. A través de ese rito le hacía saber que quería tener con él una larga conversación. Y fue Dos Golpes quien inició el diálogo:

—Los tambores nos contaron que Gigante del Viento había domado un bronco en Cheyenne, en la aldea de los

rostros pálidos. Son muchos los valientes que desearían saber cómo lo hizo.

Me quedé atónito. ¿Cómo era posible que un indio, perdido en aquel valle, hubiera tenido noticia de semejante acontecimiento? ¡No creí en absoluto en su historia del tambor piel roja! Por su parte, el señor Gaho no se sorprendió. Explicó detalladamente todo el asunto y, por una vez, dijo la verdad. ¡Cómo se había divertido a costa de los hombres blancos!

Los Verdaderos Hombres rieron mucho y durante largo tiempo.

El brujo, interesado por aquella

medicina científica, preguntó:

—¿Tiene mi hermano algo de ese polvo que calma a los broncos?

—No, ya no me queda ni una mota. Ese caballo era tan salvaje que lo utilicé todo.

—Es lástima..., me habría gustado ver de qué color era —suspiró Sonajero.

Yo comprendí que aquel truhán habría querido aprovecharse también de los «poderes» de aquellos polvos.

Y entonces le tocó a Larga Pluma el turno de lanzar una larga serie de palabras, haciendo grandes gestos. Hierro tradujo:

—Larga Pluma dice que, cuando vuelva Caballo Loco, le entristecerá saber de tu paso. Cree que le habría gustado encontrarte. En estos momentos, Caballo Loco y una banda de guerreros se disponen a cortar el Hilo que Habla^[14]. Hace esto para ocupar a sus jóvenes impulsivos y también para hostigar a los rostros pálidos. A Caballo Loco no le gustan los blancos.

El anciano jefe se lanzó después a una larga explicación, de la que se deducía que los Verdaderos Hombres experimentaban un gran horror hacia los blancos. El mismo sentimiento, en suma, que mi difunto padre experimentaba

hacia los pieles rojas.

Sonajero hizo saber a Gigante del Viento que le aguardaba en su tienda. Seguí la estela de mi amigo, como diría el viejo lobo de mar de Cheyenne.

La tienda del brujo tenía un desorden indescriptible. En torno a la hoguera central, clavados en las puntas de unos bastoncitos, había lagartos, ranas y toda clase de roedores secos, así como figuritas groseramente modeladas en arcilla, que representaban a algunos genios, buenos y malos, del cielo y de la tierra. Entre las piedras del hogar se alzaba un tenue hilo de humo que se pegaba a la garganta y daba ganas de

toser. Más aún que el humo del *flash* de magnesio en el corral del señor Nobody.

A nuestro alrededor colgaban pieles de zorros, de lince, de lobos, despojos de aves, objetos simbólicos de extrañas formas y adornados con púas de puerco espín y plumas diversas. Es cierto que aquel batiburrillo contribuía a la decoración del local, pero lo asemejaba a una auténtica leonera. Y, por encima de todo, aquella tienda olía muy mal.

Sonajero se había sentado frente a la entrada y se había despojado de su máscara. Era un piel roja en todo el vigor de la edad. Su rostro reflejaba astucia y malicia.

No sé lo que se dirían el brujo y el señor Gaho. Hablaron con las manos y Gigante del Viento no se molestó en traducirme la conversación. Sin embargo, pronto me di cuenta de que tramaban algo. Cambiaron polvos contenidos en bolsas de piel, pequeños recipientes de barro cocido que guardaban líquidos nauseabundos, y cuernos de bisonte cerrados con tapones de cuero. Los dos hombres examinaron, husmearon y degustaron varias composiciones misteriosas. Ante cada producto agitaban las manos, haciéndose muchas indicaciones.

Aquellas conversaciones sin

palabras tuvieron la facultad de ponerme los nervios de punta. Sin embargo, me intrigaban al máximo.

Sin decir nada a nadie salí de la tienda de una forma descortés. Hay que decir que todos los cachivaches almacenados bajo aquella tienda despedían un olor verdaderamente insoportable.

El sol estaba ya cerca del horizonte cuando vi que el Fabricante de Lluvia salía de la tienda del brujo. Le dirigí mi mirada más irónica al preguntarle:

—Y qué, señor Gaho, ¿ha hecho usted un buen negocio?

Sorprendido, abrió de par en par sus

ojos de color azul pálido, y me anunció radiante:

—Puedes asegurarlo, muchacho. A cambio de una poción inventada por mí, que borra las arrugas de la cara, y de una caja de cerillas, he conseguido de ese indio una maravillosa medicina que le vuelve a uno invisible y le permite pasar a través de los cuerpos sólidos.

Por cortesía me abstuve de echarme a reír a carcajadas, pero no me creí una palabra de aquella historia. Pensé que el brujo de los dakota había engañado a Gigante del Viento... que le había «desplumado», como decían los jugadores de cartas.

Pasé una mala noche. Los tambores retumbaron hasta el amanecer y tuve terribles pesadillas. En todo aquello tuvo mucho que ver la tienda de Sonajero.

Finalmente me levanté y vi cómo entonces los indios iban a acostarse. ¡Qué verdad es que los blancos no hacen nada igual que los pieles rojas!

El señor Gaho aprovechó el sueño de los indios para hacer tranquilamente el equipaje. Enganché a Fin de la Borrasca y salimos del campamento.

Al alejarme y al respirar el aire puro que nos llegaba de las Montañas Negras, fue cuando advertí con mi nariz un

cambio importante. Hace falta haber estado en una aldea india y abandonarla bruscamente para darse cuenta de la peste que allí hay.

Conocía ya aquel olor por haberlo experimentado en Texas, en la persona de Dientes Puntiagudos. Pero aquí, entre los Verdaderos Hombres, era aún más fuerte y penetrante.

Finalmente, hice observar al Fabricante de Lluvia:

—No nos hemos despedido de Larga Pluma. Eso no es nada cortés con un indio tan amable.

—Ese jefe es un hombre cortés, es cierto —admitió mi compañero. Pero

añadió entre dientes—: Mas no olvides que no te habría tratado de esa manera si se hubiera encontrado contigo en otras circunstancias.

Dejándome acunar por los baches del sendero, pensé en los Verdaderos Hombres. Aquellos pieles rojas no eran tan malos como pretendían muchos. Claro está que tenían costumbres extrañas y que Sonajero me parecía muy extravagante y, quizás, también un poco embustero. Pero en estas tierras salvajes no escaseaban los granujas ni los excéntricos.

Llegamos a Dakota del Norte. La población de Manning estaba situada

junto a la orilla izquierda del río Cuchillo.

Manning era el lugar en donde se reunían y de donde partían los últimos cazadores de bisontes. Estos hombres perseguían a dichos animales por su piel.

En una época todavía cercana, los bisontes pacían a millones por las llanuras. Pero los cazadores, armados con sus enormes fusiles Henry y Sharp, mataron tantos que ahora tenían que recorrer centenares de millas hacia el oeste para conseguir algunos. A pesar de eso, los almacenes de la ciudad estaban abarrotados de pieles aún sin curtir.

En comparación con Manning, el campamento de los Verdaderos Hombres olía a lilas. La peste que salía de la población habría hecho huir a una manada de mofetas.

En la época de las crecidas, las pieles se cargaban sobre barcazas de fondo plano que bajaban por el río Cuchillo hasta Stanton. De allí eran trasladadas por ferrocarril hasta las fábricas del este, que las transformaban en zapatos, en sillas de montar, en carteras, en arneses y en otros mil objetos.

Manning era la guarida de todos los aventureros del Alto Misuri, y el

Fabricante de Lluvia consideraba que en semejante lugar sería posible hacer fortuna en poco tiempo.

Había fabricado un producto que conservaba toda la flexibilidad del cuero e impedía su descomposición.

Al parecer, el señor Gaho lo había experimentado con tres socios en Idaho. El único inconveniente de este producto era que contenía arsénico, y sus socios, que lo ignoraban, murieron. Los cazadores de bisontes tenían la molesta costumbre de mojar sus dedos en saliva para humedecer el punto de mira de su fusil, a fin de impedir que brillara al sol. Tras haber manipulado las pieles

tratadas con el producto del señor Gaho, y a fuerza de chuparse los dedos, sus socios habían entregado su alma a Dios el primer día de caza. Cada uno de ellos se había tragado una dosis capaz de matar a diez bueyes.

Para mostrar que, gracias a su roce, yo iba adquiriendo conocimientos, hice observar al Fabricante de Lluvia los peligros que presentaba aquel producto. Pero mi compañero me tranquilizó:

—Desde aquella aventura los tiempos han cambiado mucho, Pete. Ya no verás a un cazador que dispare sin guantes. Ahora todos los llevan.

Solamente deseé que los guantes en

cuestión no se fabricaran con piel tratada con el producto de Gigante del Viento.

Llegamos a Manning en día de mercado. Las calles de la población rebosaban de carromatos entoldados que transportaban fardos de pieles desde los almacenes al río.

Toda la ciudad hervía de gente.

No encontramos una habitación libre en los seis hoteles de la población. Fue una lástima, porque en uno de tales establecimientos, reservado a los que estaban de paso, anunciaban a la entrada: «Aquí se barren las habitaciones cada ocho días».

A fuerza de buscar acabamos por encontrar alojamiento en una casa particular.

Los Petitpont eran unos emigrados franceses que, cansados de los sustos políticos propios de su país, se habían refugiado en América. La familia entera hablaba un inglés deplorable, y lamentaban que la lengua francesa no hubiese sido adoptada en los Estados Unidos. Pero a mí, en cambio, me parecía muy bien, puesto que no entendía ni una sola palabra de su jerga.

El cabeza de familia de los Petitpont se llamaba Óscar, y era un tipo bigotudo y tan calvo como un lagarto de las rocas.

Su mujer, Pelagia, era una mujercita pequeña e insignificante. Amandina, la hija mayor, ya en estado de merecer, era una rubia regordeta. La familia contaba además con cinco hijos, de cinco a diez años; todos varones.

Los Petitpont vivían fuera de Manning, en una granja en donde criaban vacas normandas. Aquellos rumiantes, diez en total, descendían de una pareja que los Petitpont trajeron consigo al Nuevo Mundo.

Óscar Petitpont puso su pajar a nuestra disposición, ya que la casa rebosaba con los preparativos de una boda. A la semana siguiente Amandina

se casaría con un cazador de bisontes. Pero esto no nos impedía comer con la familia en la sala común.

Durante una de aquellas comidas conocí los sentimientos de Óscar respecto a su futuro yerno: le reprochaba llevar a todas partes consigo el olor abominable de su profesión. Por el contrario, apreciaba su buena disposición. Al volver de sus expediciones de caza, el prometido corría hacia la casa de los Petitpont y, antes de abrazar a su novia, ayudaba a Óscar a partir leña y a Pelagia a ordeñar las vacas. Aparte de eso, nadie sabía de dónde procedía aquel pretendiente al

que llamaban Pat Jacobson.

Pat Jacobson decía haber pasado los últimos diez años en Canadá.

Los padres de Amandina, buenos católicos, decidieron que un pastor protestante casara a los jóvenes. Es preciso decir en su descargo que en Manning no había sacerdote de su confesión. Una noche, Pelagia resolvió el problema, declarando tímidamente:

—Vale más uno «reformado» que casarse sin sacerdote.

Por unanimidad, todos fueron de la misma opinión.

Tras varias cenas con la familia, la confianza que tan bien sabía hacer brotar

mi amigo dio sus frutos. Óscar nos anunció en un horrible inglés:

—El domingo están invitados a la fiesta. Quiero que ustedes asistan a la boda de Amandina.

Nuestra aceptación nos valió una mejora en el alojamiento. Óscar decidió que subiríamos a instalarnos en su granero.

Abandonamos la pestilente proximidad de las vacas para encontrarnos vecinos de un nido de cuervos que no hacían más que graznar.

Nuestro confort aumentó, pero perdimos tranquilidad.

Cada día el señor Gaho acudía a ver

a los tratantes de pieles para ofrecerles su famoso producto. Yo lo acompañaba a menudo, para aprender el oficio, como él decía. Sin embargo, prefería quedarme en la granja. Allí podía jugar con los Petitpont y dar muestras de mi magnífica erudición.

Al quinto día, Gigante del Viento me anunció:

—He encontrado un comprador para mi producto. Ya sólo nos queda fabricarlo en grandes cantidades.

A partir de entonces ya no me vería obligado a visitar los hediondos almacenes. Empecé con optimismo mis primeros pasos en la industria.

Por fin llegó el domingo. A partir de las seis de la mañana todos los Petitpont entraron en actividad, dispuestos a la faena. A las ocho hizo su aparición el futuro esposo.

Pat Jacobson se hallaba adecuadamente vestido, pero no me agradó. Su nariz chata y sus orejas como dos hojas de col le daban todo el aspecto de un bobo. En su rostro había tantas cicatrices que estuve a punto de recomendarle que cambiara de barbero. Me contuve, puesto que al fin y al cabo no se casaba conmigo, sino con Amandina.

Pelagia llevaba preparando dulces

desde la víspera. Bajo un paño blanco que las protegía de las enormes moscas negras procedentes del establo, las tartas de manzana y de arándanos hacían la boca agua a los glotones. Yo era uno de éstos.

Óscar había matado el cerdo, y la morcilla y el tocino frescos esperaban en la cocina, junto a tres enormes pavos que parecían decir «cómeme».

Montaron una larga mesa en el patio de la granja y trajeron en una carretilla varios toneles de vino y de sidra.

¡Ya tenía prisa por ver a Pat Jacobson y Amandina casados!

Por lo que a indumentaria se refiere,

Óscar se puso el traje con el que se casó, y que se trajo de Francia junto con sus vacas. Pelagia, que con el tiempo había engordado un poco, prefirió hacerse un vestido nuevo con dos sacos de harina^[15]. Amandina se cubría con un velo blanco y el Fabricante de Lluvia había cepillado su traje negro. Era una delicia verlos a todos.

Al dar las nueve, los cinco Petitpont varones recibieron unos buenos pescozones. Habían estado jugando en el montón de estiércol con sus calcetines blancos y sus zuecos nuevos. Pelagia los hizo entrar en la casa.

Una vez reparados los daños, se

formó el cortejo. Dos violinistas marcaban el paso y abrían camino al ritmo entrecortado de una *square-dance*. Seguían los futuros esposos cogidos del brazo, la familia y los invitados. Éramos más de treinta personas.

A nuestro paso, los curiosos gritaban admirados: «¡Viva la novia!». Jamás me había divertido tanto.

¡Era una ceremonia magnífica!

No oí sonar la campana. Uno de los Petitpont me informó de que el templo de Manning todavía no tenía campana.

La sala en la que el pastor iba a casar a los novios no era muy grande. Cuando se llenó, Óscar ordenó que

dejaran la puerta abierta para que todos los invitados pudieran ver, ya que sólo la mitad pudo entrar. ¡Había que ver la cantidad de gente que había arrastrado la boda de Amandina!

Un estrado, sobre el que colocaron una mesa, ocupaba el fondo de la sala de los matrimonios. Tras el estrado, una puertecita daba paso a la vivienda del pastor. Por allí entraría el ministro sagrado.

Todos los que consiguieron penetrar en aquel lugar solemne, se sentaron en los bancos de madera.

Yo ocupaba un puesto preferente, porque era paje de honor y llevaba la

cola de la futura esposa. He de decir, para no vanagloriarme, que no era el único en desempeñar tal función. Los cinco Petitpont, que todavía olían a estiércol, sostenían también un extremo de la cola.

Observaba yo la cruz de pino de Oregón, que estaba colgada en el muro, cuando un «¡Aaaah!» de admiración salió de todas las bocas; el pastor acababa de entrar y tomaba asiento detrás de la mesa.

Inmediatamente aquel hombre me impuso respeto. Todo en su aspecto parecía cuidado. Lucía una barba negra y una levita del mismo color. Un cordón

de seda, de un magnífico rojo vivo, colgaba de su cuello almidonado, sobre una recargada chorrera de encaje. Una sola nota discordante: a la altura de los bolsillos de su larga levita tenía dos gruesos bultos. Me preguntaba qué sería lo que el pastor ocultaría allí.

Los ojos del hombre hacían honor al resto de su persona: a diferencia de los del señor Gaho, que parecían dos lagos de agua clara, los suyos brillaban como dos diamantes negros en medio de un rostro que respiraba bondad. Los gestos del ministro eran flexibles y precisos; mi experiencia me decía que era de esos que hacen las cosas rápidamente, sin

pérdida de tiempo.

El buen pastor dirigió una sonrisa protectora a los asistentes. Y puntuando cada palabra con un golpe de dedo sobre su Biblia, declaró con voz paternal:

—Hermanos míos, doy gracias a Dios por permitirme casar hoy a estos dos muchachos puros y sin mácula. Los veo con emoción ante mí, impacientes por unir sus destinos, tanto para lo bueno como para lo malo. En consecuencia, y que el Señor me perdone, no prolongaré esta ceremonia con un discurso demasiado largo. Si lo prefieren, antes de unir a estos dos seres

para toda su vida, vamos a entonar un solo y único cántico.

Uniendo sus dos blancas manos bajo la barbilla, el hombre de Dios entonó el *De profundis*.

Como a mí, a la mayoría de los asistentes les sorprendió bastante que, en una boda, el pastor entonara la oración de los muertos. Pero, pensando que sus razones tendría, empecé a cantar en falsete, uniéndome a los demás.

Una vez concluido el canto fúnebre, Pelagia aplastó contra su mejilla una gruesa lágrima y Óscar sorbió por la nariz.

El pastor abrió el cajón de su mesa y

sacó un papel. Se desabrochó la levita y, sin pronunciar una palabra, clavó su penetrante mirada en la novia. Su cara asumió una expresión de tristeza y después miró intensamente al novio. En la sala todos contenían la respiración, a la espera de las palabras sagradas.

Por fin llegaron. Alzando el papel a la altura de sus ojos, el pastor anunció con voz firme:

—Pat Jacobson, aquí presente, ¿quieres tomar por esposa a Amandina Petitpont?

Ví cómo la nuez de Pat se agitaba de arriba a abajo. Tragó saliva y, finalmente, consiguió decir:

—Sí, quiero.

Todo se desarrolló en el tiempo que dura un relámpago. El pastor gritó:

—¡Pues bien, toma, sinvergüenza!

Apartó las solapas de su levita, sacó dos gruesos *colts* que colgaban de sus caderas e introdujo dos balas del calibre 44 en la cabeza del novio.

Al principio, Pat no entendió nada del asunto; permaneció de pie durante algunos segundos, sorprendido, con sus dos agujeros negros en la frente, y después se derrumbó de golpe.

¡Ahora sabía yo lo que eran los bultos de los bolsillos del ministro!

En la sala se armó un zafarrancho.

Amandina y su madre se desmayaron al mismo tiempo. Temiendo las balas perdidas, quienes estaban en la sala huyeron hacia la puerta. Los que se hallaban en el exterior querían entrar, para ver de qué se trataba. Del choque resultó que nadie pudo entrar ni salir. Yo me hallaba acurrucado bajo la mesa, con los cinco pequeños Petitpont. Tales acontecimientos sirven para estrechar la amistad.

La voz imperativa del pastor clavó a todo el mundo en su sitio.

—¡Un poco de calma, hermanos, vuestros gritos profanan la casa de Dios!

—¿Y es usted quien lo dice? —

replicó Óscar—. Me parece que no somos nosotros quienes hemos armado más jaleo.

Con un «Excúsenme» de pesar, el pastor devolvió los revólveres a sus fundas y se abrochó la levita. Por fin, los asistentes se repusieron.

El pastor tendió hacia Óscar el papel que había sacado de su cajón y declaró con voz cargada de preocupación:

—Ved, hermanos míos, y vosotras también, hermanas mías, éste es un anuncio de búsqueda y captura a nombre de Pat Jacobson, difundido por el *marshall* de una ciudad de Oregón. El

difunto novio era buscado por tres muertes. El aviso precisa que se ofrece una recompensa de doscientos cincuenta dólares a quien lo entregue, «vivo o muerto».

El pastor se recogió un momento y prosiguió:

—Nosotros, los hombres de iglesia, vivimos con muy poco. Ahora, por fin, podremos contar con una campana, y el resto de la recompensa irá a los pobres de Manning^[16].

Ya nadie parecía sorprendido por el comportamiento explosivo del pastor. Había tenido una buena razón para hacer lo que hizo. A excepción del señor Gaho

y de mí, todos conocían el pasado de aquel hombre de Dios. Me contaron que era un antiguo cazador de recompensas. Partiendo del principio según el cual todo ciudadano norteamericano tiene el deber de ayudar en la captura de un bandido, a la edad de veinte años aquel hombre decidió poner al servicio de la justicia sus dos *colts* de seis tiros, que había heredado de su padre como yo heredé una Biblia. Tomó el nombre de «El Asesino» para imponerse a los rufianes que se disponía a perseguir.

Los *marshalls* de los condados y los *sheriffs* de las ciudades difundían avisos de búsqueda y ofrecían recompensas por

las capturas. Para un tipo sin miedo en el cuerpo, era un oficio como cualquier otro. Únicamente hay que tener en cuenta que un cazador de recompensas necesitaba poseer ciertas cualidades si quería vivir más de un año.

A fuerza de entrenamiento, y tras haber acribillado a balazos centenares de latas de conservas vacías, «El Asesino» llegó a no tener rival disparando. Ningún matón desenfundaba más rápido que él ni daba en el blanco con tanta precisión.

Un anciano que lo conoció en Arkansas afirmaba que lo había visto reventar, a una distancia de veinte pasos,

una gruesa verruga que un ganadero tenía en la punta de la nariz. Lejos de molestarse, el «operado» le regaló un caballo.

Así pues, y durante veinte años, «El Asesino» mató tantos bandidos que acabó por hastiarse del oficio. Consideró que había llegado el momento de hacer algo por toda aquella buena gente que se había desviado del camino recto. Y se hizo pastor a fin de consagrar más tiempo a rezar por las almas malvadas que había enviado prematuramente al Señor.

Pero no se pierde un hábito de veinte años tan sólo por cambiar de vida. De

vez en cuando, el pastor seguía aplicando su justicia eficaz y rápida.

Es inútil aclarar que la vuelta a la granja fue menos alegre que la ida. En el transcurso del zafarrancho se habían roto los instrumentos de los violinistas. El júbilo se había esfumado.

Amandina, apenas llegó a casa, repitió una y mil veces que se quería morir. Pelagia lloraba a lágrima viva. Es preciso señalar que su religión prohíbe matar a otro. Óscar no lloraba, sino que se preguntaba quién le ayudaría a partir leña de ahora en adelante. Cada uno se dejaba llevar por sus preocupaciones.

El señor Gaho no tardó mucho

tiempo en reaccionar. Metió nuestro equipaje en el carro y partió sin despedirse de nadie. Por lo demás, en aquel momento toda la familia Petitpont se hallaba en la sala común, procurando consolar a Amandina.

Al trotecillo, Fin de la Borrasca nos llevaba hacia el gran Misuri.

Los baches del camino agitaban mi estómago vacío. Se lo hice saber a Gigante del Viento:

—Debimos esperar a recobrar nuestras fuerzas, en vez de largarnos. ¡Cuando pienso en aquella magnífica mesa preparada para nosotros, no comprendo qué hacemos a esta hora por

este camino lleno de baches!

Arreando a Fin de la Borrasca para que avivara el trote, el Fabricante de Lluvia indicó:

—De todas maneras, los acontecimientos que acaban de ocurrir no habrían facilitado nuestra digestión. Además, ¿qué quieres que te diga, muchacho?, no podía hacerme a la idea de quedarme una hora más en una población en donde el pastor mata a un hombre a quemarropa en nombre de la justicia.

—Me parece, señor Gaho, que usted se ha precipitado un poco. En lo que a nosotros concierne, no corríamos riesgo

alguno. En cambio, al marcharnos, perdemos la ocasión de fabricar y vender a buen precio su famoso producto.

—¡Justamente! ¡Ese polvo es un argumento de peso! —dijo obstinado mi amigo—. ¿Imaginas qué pasaría si una de mis invenciones fuera contraria a la ley y que yo lo ignorase? Pues ¡pam, pam, pam! Heme allí, lleno de plomo por el reverendo, por culpa de mi falta de información. ¡No, eso no es para mí!

Las razones de mi compañero estarían claras para él, pero, en mi opinión, perdía una magnífica ocasión de introducir en la industria su producto

para ablandar y conservar la piel de bisonte.

El Fabricante de Lluvia, que sabía leer en mis pensamientos, empezó a amonestarme:

—No olvides nunca, muchacho, que un asesino siempre es un asesino. Has tenido la prueba esta mañana. El aviso de búsqueda decía «vivo o muerto», y este pastor decidió entregarlo muerto. Jacobson no llevaba encima arma alguna. ¿No crees que el santo pastor habría podido darle una oportunidad? No, chico, te lo digo en serio, ese hombre ha disparado por reflejo.

El señor Gaho debía de tener razón.

Pero, bien pensado, yo no experimentaba ninguna simpatía por el prometido de Amandina. Había tenido lo que se merecía. Sin embargo, tenía mis dudas respecto al futuro del alma del pastor. Veía al reverendo llegar ante el Señor y decirle: «Señor Dios, me cargué a un tipo en Manning por culpa de un reflejo, ¿sabes?».

Mi padre me decía siempre que «allá arriba» eran bastante puntillosos en cuestión de detalles.

De repente, mis cabellos se erizaron en mi cabeza. Acababa de pensar que si el reverendo, alias «El Asesino», hubiera coincidido en Lubbock con

nosotros, quizá en este momento yo no podría sentir hambre como entonces.

Para engañarla me chupé el pulgar, tratando de olvidar las tartas de manzana y de arándanos con que deberían de estar deleitándose ya los Petitpont.

6 Un barco nuevo y un viejo conocido

STANTON sólo vivía de y para el Misuri. Aguas abajo del lago Garrison, esta ciudad acogía a los viajeros del noreste que se dirigían hacia las Montañas Rocosas, o más lejos aún, hacia el Pacífico. La mejor ventaja de Stanton estribaba en su situación geográfica.

Colocada junto a una amplia curva del río, que se ensanchaba en este lugar, la ciudad podía acoger en sus muelles gran cantidad de barcos sin problema alguno de tráfico.

Fort Clarck, que se hallaba a menos de diez millas de allí, utilizaba los muelles de Stanton para enviar soldados, armas y municiones hacia el corazón de Montana. Desde hacía varios años, los barcos podían remontar el río Piedra Amarilla^[17], el mismo que había seguido el general Custer y su Estado Mayor en el vapor *Far West* para ir a que los mataran los siux.

A unas millas al norte de San Luis,

el Misuri desemboca en el Misisipi. San Luis era nuestro próximo destino.

¿Cuántos meses habían transcurrido desde que salí de esta ciudad? A decir verdad, experimentaba una auténtica nostalgia de las innumerables balas de algodón de los hermanos Poping y Poping...

El día de nuestra llegada a Stanton, el Fabricante de Lluvia resolvió vender a Fin de la Borrasca y el carro del que tiraba.

Me gustaba mucho aquel caballo; era animoso y no tenía un solo capricho. No era como las mulas que nos vendió el señor Kisby cuando salimos de San

Luis. Pero transportar a Fin de la Borrasca en barco nos habría costado demasiado dinero.

En principio, vender carro y caballo no debía plantear problema alguno en aquella ciudad. Eran muchos los que desembarcaban de los *show-boats*^[18] para marchar tierra adentro, y ninguno viajaba con un caballo en su camarote. Los capitanes de estos lujosos navíos se negaban rotundamente a admitir animales a bordo.

El señor Gaho me condujo a la oficina de la Compañía de Navegación del Misuri y expuso sus intenciones. Un tipo de nariz de trompeta le proporcionó

las informaciones que solicitaba.

—Amigo mío, para San Luis tendrá que aguardar cuatro días. Y si se decide por ese barcucho, he de prevenirle que no se trata de ningún *show-boat*, sino de un cascajo al que no le falta mucho para hundirse y que transporta todo género de mercancías. Usted puede viajar tanto con pilas de madera como con cerdos.

Mi compañero el Fabricante de Lluvia, al que una idea parecía rondarle en la cabeza, afirmó que aquel barquichuelo no le convenía.

—¿Por qué no toma entonces el *Dorado*, que va a Nueva Orleáns? Puede desembarcar en ruta.

El individuo nos dijo además que el *Dorado* se hallaba en el muelle y que partiría al día siguiente al amanecer.

Gigante del Viento no se anduvo con chiquitas. Se negó a viajar en cubierta con los emigrantes, tomó uno de los mejores camarotes que quedaban libres y pagó diecisiete dólares y treinta y cinco centavos.

Yo estaba seguro de que el hombre de negro tramaba algo.

Una vez solucionado este asunto, el señor Gaho preguntó al empleado en dónde le sería posible vender el carro y el caballo.

El tipo se echó a reír.

—Puede usted decir que ha llegado en el momento justo, amigo mío; es indudable que tiene suerte. Precisamente esta mañana un individuo extraño me preguntó en dónde podría encontrar un caballo y un carro. Me ha dicho que pasaría la noche en el hotel *Cóndor*. Ese fulano se llama..., espere, voy a ver mis fichas.

El empleado buscó en el cajón y volvió hacia nosotros:

—Una vez más puede felicitarse por su buena suerte. Aquí está su tarjeta. Es el pasajero número un millón seiscientos veintidós mil treinta y ocho, se llama William Shakespeare y parece que es

escritor. No es difícil encontrar el hotel: gire la primera a la derecha y la segunda a la izquierda y habrá llegado. Ya verá —insistió—. Ya verá inmediatamente que ese Shakespeare no es como los demás.

Efectivamente, el señor Shakespeare se hallaba en su habitación del *Cóndor*. Gigante del Viento lo hizo llamar.

El empleado de la compañía de transportes tenía razón, aquel hombre era diferente de los demás. Apareció envuelto en una especie de bata de color amarillo claro, con un dragón rojo que escupía llamas azules bordado en la espalda.

Ni siquiera el dragón parecía corriente.

El curioso individuo se informó de las razones de nuestra visita. Cuando el señor Gaho le puso al corriente del asunto, adoptó inmediatamente un aire indeciso.

—Un caballo y un carro, dice usted. Puede que los necesite, como también puede que no los precise.

—Entonces, decídase —dijo mi amigo impaciente, ya que aquella misma noche había de embarcarse—. Todo consiste en saber si los quiere o si no los quiere.

Ante esta evidencia, el señor

Shakespeare aceptó comprometerse.

—En realidad, mi querido señor, mi decisión depende del precio.

El Fabricante de Lluvia condujo al indeciso comprador ante la puerta, le mostró caballo y carro y mintió descaradamente:

—Dése cuenta usted mismo. Los compré en Kentucky por trescientos dólares y no le pido más que la mitad. Entrégueme ciento cincuenta dólares y asunto zanjado.

Observando a Fin de la Borrasca, el señor Shakespeare adoptó una expresión de repugnancia.

—No discutiré sobre el carro,

aunque me parece pequeño. Pero, señor, fíjese en el caballo. Su cola y sus crines no son del mismo color que su pelaje... Digamos que le ofrezco quince dólares por todo.

—¡Su cola, sus crines, su pelaje...!
—estalló mi compañero—. ¡Es un caballo isabelino^[19]!

—¿Cómo? ¿Se llama Isabel? Habérmelo dicho antes —añadió aquel tipo, que veía un caballo por primera vez en su vida—. Eso es otra cosa. Isabel es el nombre de mi mujer. ¡Qué alegría voy a darle! Venga a echar un trago en el bar del hotel y le pagaré por todo setenta y cinco dólares.

A fuerza de regatear y de vasos de brandy con jengibre, mi amigo obtuvo cien dólares. El señor Gaho firmó un recibo al nuevo propietario de Fin de la Borrasca, que ahora se llamaba Isabel. Nos separamos los tres, intercambiando vigorosos apretones de manos.

Viendo alejarse al comprador, no pude retener una carcajada: una larga trenza de cabellos negros colgaba a su espalda y, a cada paso, el dragón recibía un latigazo. He olvidado señalar un detalle importante: ¡el señor William Shakespeare, de oficio escritor, era, en realidad, un japonés^[20]!

El *Dorado* era verdaderamente un

barco de oro, que hacía honor a su nombre. ¡Resplandecía!

En efecto, se trataba de un navío recién salido de los astilleros. Efectuaba su primer viaje de retorno a Nueva Orleáns. Sobre el agua, su casco, de acero azul plomizo, apenas sobresalía dos metros. Sus dos chimeneas grises, ribeteadas en azul cielo, hacían pensar en los uniformes de los oficiales sudistas. Aquellos enormes tubos que escupían su humareda hacia las nubes me recordaban al dios Wa-Kan-Da de los Verdaderos Hombres. Los cables que partían de lo alto de sus chimeneas se reunían en dos haces a proa y popa

del navío. Se hallaban cargados de banderines multicolores que se agitaban bajo la brisa refrescante de la tarde. El *show-boat* tenía tres puentes superpuestos: en la parte alta del segundo aparecía en letras de oro su nombre, *Dorado*. A la luz ya declinante podía ver aún la bandera estrellada, que ondulaba graciosamente. Justamente debajo de los pliegues de seda de la bandera, la gran rueda de paletas, inmóvil, aguardaba la orden del jefe de máquinas para batir vigorosamente las aguas del río. La superestructura del navío se hallaba tan finamente acabada, que su masa desaparecía tras una cortina

de encaje. Por encima de la pasarela, dispuesta junto al muelle de embarque, en la barandilla de estribor, habían colocado un toldillo de fino algodón azul con rayas blancas. El toldo cubría la espesa alfombra turquesa de la pasarela. En el puente inferior, una orquesta de veinte músicos entonaba una música animada. Las notas que brotaban de los instrumentos atraían a los pasajeros. Las diversiones de los *show-boats* eran principalmente nocturnas. El sol poniente respondía a la invitación y nos enviaba sus últimos rayos, que se reflejaban en los resplandecientes cobres de la orquesta.

El *Dorado* transportaba doscientos pasajeros, y una tripulación que no bajaba de los doscientos. Amontonados en el entrepuente podía ver a los tramperos de la Compañía Americana de Pieles. Contratados por un año, volvían del noroeste, barbudos y fatigados, e iban a Nueva Orleáns a percibir su salario de una temporada de caza. Allí viajaban por poco dinero, pero en malas condiciones, aventureros de todas las naciones. De su grupo brotaban palabras en todas las lenguas habladas en el vasto mundo.

Gigante del Viento me tomó de la mano para subir al barco; la pasarela

era ancha, pero yo me sentía tan maravillado que, solo, me hubiera caído al agua. Apenas habíamos dado un paso a bordo cuando un joven negro corrió hacia nosotros. Se ofreció a llevar el saco del señor Gaho, pero éste le indicó que prefería encargarse él mismo de la tarea. El amable joven cargó entonces con los demás paquetes. Por primera vez en mi vida no era yo quien hacía de mozo.

El muchacho nos mostró nuestro camarote. ¡Dios mío, qué camarote! En realidad era una verdadera mansión para dos personas. Era tan magnífico que me quedé estupefacto.

Me juré en secreto vigilar mi lenguaje durante todo el tiempo que viviera en aquel lugar. No podía ser, por lo demás, de otra manera: sobre las paredes me vigilaban continuamente unos angelotes de estuco. Soberbios espejos biselados, empotrados en las paredes, revestidas de planchas de caoba, me devolvían mi imagen desde cualquier lugar de la estancia. El mobiliario de palisandro descansaba sobre una alfombra tan mullida que, en los primeros minutos, temía hundirme hasta las rodillas. Era preciso ser muy valiente para aventurarse a caminar por ella.

¡Hay que ver lo maravillosos que eran los *show-boat*...!

Antes de embarcar, el Fabricante de Lluvia compró trajes nuevos para los dos. Le costó todo unos diecinueve dólares. ¡Bah! ¡Nadábamos en la abundancia!

A mí me compró una camisa a rayas de felpilla, con cuello redondo; un pantalón largo de paño azul; una chaqueta de botones dorados, y un sombrero con el que parecía un soldado de la Unión.

Insistí en conservar los tirantes heredados de mi padre. Sentía escrúpulos de que, por mi causa, mi

amigo gastara demasiado.

Tras haber colocado su saco sobre la cama, el señor Gaho me aconsejó:

—Pete, antes de irte a dar una vuelta por el barco, yo en tu lugar me arreglaría un poco. ¡No olvides que aquí somos gente importante!

Me convencí de ello nada más ver nuestras nuevas ropas, extendidas sobre las dos camas. ¡Cuánto camino recorrido desde que abandoné la Compañía Poping y Poping!

El agua se quedó tan negra en la palangana que faltó poco para que me avergonzara. El señor Gaho tenía razón: un buen lavado hacía de uno otro

hombre.

Me sentía tan feliz cepillándome el pelo que bromeé:

—¿Por qué me ha comprado esta loción contra los piojos? Habría podido fabricarme una usted mismo.

El Fabricante de Lluvia me guiñó un ojo.

Yo le dije que seguro que había sido Larga Pluma quien me transmitió los bichos en el campamento indio, pero Gigante del Viento no estuvo de acuerdo:

—Creo más bien que fueron los pequeños Petitpont. Vi cómo no paraban de rascarse el día de la frustrada boda

de Amandina.

Mientras me ataba mis zapatos nuevos, vi cómo el señor Gaho se ponía unos calzoncillos largos forrados y una camiseta que hacía juego. Con el cuerpo así revestido parecía un oso blanco. Me dieron ganas de reír, pero reconocí la utilidad de tales prendas en una estación en la que las noches eran frescas en el Misuri.

Me puse el sombrero mientras el Fabricante de Lluvia se endosaba un traje de algodón blanco. Para presumir, hinchó la chorrera de su camisa y cubrió su cabellera rubia con un jipijapa de alas anchas de color gris ratón. Se había

calzado unos magníficos zapatos color paja cruda. Pero como el señor Gaho era muy distraído, tuvo que quitarse la chaqueta para ponerse el chaleco, de satén amarillo canario, bordado con flores malva. Extrajo de su saco un grueso reloj y colocó la cadena de manera que le pasara por el vientre. Satisfecho, se metió entre los dientes un enorme cigarro de los de «cinco por dos dólares», y me preguntó:

—¿Estás ya dispuesto, perezoso?

—¡Enseguida, enseguida, señor Fabricante de Lluvia! —me apresuré a responder.

Por desgracia, tuve que quitarme el

sombrero y los zapatos. El primero me impedía ponerme la camisa, y los segundos no pasaban por las perneras de mi pantalón.

Tras un rato de gimnasia acrobática pude, por fin, declarar:

—¡Pete Breakfast, listo para seguirle, señor Gaho! Ahora tiene usted a su lado a alguien importante.

Gigante del Viento gruñó y salió. Yo fui tras él.

He de decir que, al observar su blanca silueta avanzando ante mí a lo largo de las crujías, creí, desde luego, en un cambio total y definitivo de su persona. Pero en mi interior seguía

llamándolo «el hombre de negro», porque esta denominación era mucho más que un nombre.

Unos negros se afanaban en el grandioso comedor. La mesa central tenía cabida para unos doscientos cubiertos. El mantel, inmenso y blanco como un campo nevado, resaltaba más la plata y la vajilla de porcelana de Limoges, importada de Francia por la Compañía. La cristalería era de Baccarat, y quizás también tenían esa procedencia las arañas que colgaban del techo.

El señor Gaho me había dicho que aquí se comían enormes filetes a la

parrilla, hechos con fuego de leña; langostas al jerez; patatas en salsa holandesa de nata batida, o fritas en aceite de palma; puntas de espárragos con mantequilla de Devonshire; solomillos con salsa de hierbabuena, y sorbetes de chocolate, regados con zumo de frambuesa. Como ya conocía al Fabricante de Lluvia, yo esperaba a ver aquellos manjares antes de creérmelo.

Y siempre aquellas alfombras en las que se hundían los pies...

Todo el primer piso del *Dorado* estaba ocupado por un salón. En las paredes, tapizadas de moaré rosa salmón, unos amorcillos de mármol

sostenían unos candelabros entre sus manos. El techo azul oscuro estaba recubierto de estrellas de plata. Nos hallábamos envueltos por la bandera de la Unión.

Mesas de deslumbrante marquetería esperaban a los jugadores. En el suelo había escupideras en forma de patas de elefante, para los que mascaban tabaco.

Al fondo, por la parte de popa, un piano de cola apuntaba con su vientre grueso y redondeado hacia el escenario. Por la parte de proa, la larga y barnizada barra del bar brindaba todos los licores que a un hombre podría antojársele beber.

Aquella primera noche en el *Dorado* puso a prueba mi estómago. El señor Gaho no me había mentado. Sin embargo, no fui capaz de apreciar la cena en su totalidad; hice tantos honores al plato de truchas a la crema, que ya antes del sorbete me sentí muy mal. Fui hacia la batayola de babor a fin de devolver al Misuri peces por valor de cuatro dólares.

El Fabricante de Lluvia me cuidó como un padre. Me acostó y me arropó. Encargó incluso un calentador de agua, que un negro enorme se apresuró a colocar en mi cama. Aquel negro se desveló por atenderme. ¡No hay que

olvidar que, desde hacía poco tiempo, yo era una persona importante!

Cuando el señor Gaho comprobó que me encontraba bien, dijo, calándose el jipijapa:

—Voy a tomar el aire en este condenado barco. Quédate aquí bien tranquilo, Pete, y mañana te sentirás mejor. ¡Y, sobre todo, no te preocupes por mí, muchacho, tengo mi plan!

De eso estaba seguro. El señor Gaho no había desembolsado diecisiete dólares y treinta y cinco centavos por nuestro pasaje, y comprado aquellos magníficos trajes, únicamente para darse un paseo por el Misuri. Aunque vistos su

desenfado y el poco interés que prestaba a quienes lo rodeaban, le habría bastado con su indumentaria de piel roja.

Me hundí en el sueño como si fuera de plomo. Al comienzo, mis sueños estuvieron poblados de truchas a la crema que se paseaban delante de mi nariz, desafiantes. Después ya fueron más pacíficos: me hallaba tumbado en una cuna forrada de moaré rosa salmón; cuatro angelotes me mecían, sonriéndome.

Me desperté sobresaltado. Era de día, y el *Dorado* vibraba bajo el impulso de sus poderosas máquinas. En mis oídos restallaban las órdenes que

venían del puente.

—¡Largue el cabo de avante, señor Brown! ¡Deje correr el de atrás! ¡Poco a poco!

El barco se alejaba del muelle. Las ruedas de paletas, liberadas por fin, agitaban enérgicamente el agua.

El chinchín de una charanga resonó por todas partes: la ciudad de Stanton decía adiós al *Dorado*.

Una mirada a la cama del señor Gaho me informó de que no se había acostado aún.

La puerta del camarote se abrió y entró el Fabricante de Lluvia. Bajo su brazo izquierdo llevaba un jarrón de

porcelana. No tenía aspecto de cansancio y su cara irradiaba satisfacción. Viéndome sentado al borde de mi cama, me dijo alegremente:

—Me alegro de que te encuentres mejor. Levántate, chico. Comienza un nuevo día. A tu edad hay que vivir cada hora de la jornada.

Intrigado, le pregunté:

—¿Qué es lo que le ha puesto tan contento, señor Gaho? Parece usted un gallo que hubiera encontrado una lombriz bien gorda.

Se quitó la chaqueta y el sombrero, y se tendió perezosamente antes de responder.

—Este barco nos trae suerte, muchacho. Echa un vistazo al contenido de ese jarrón. He ganado todo eso en una sola noche.

El jarrón pesaba. Lo volqué sobre mi manta... ¡Caramba! Ante mis ojos brillaban las monedas de plata. Había mil dólares aproximadamente.

Mi compañero me explicó que había jugado al póquer sin parar de ganar. Hundí mis manos hasta las muñecas en aquel montón resplandeciente y grité:

—¡Pero esto es una fortuna, Gigante del Viento!

Lanzó un suspiro y me respondió, bostezando:

—Un buen comienzo, chico..., sólo un buen comienzo...

Y se durmió.

Si yo hubiera ganado tanto dinero en tan poco tiempo no habría conseguido pegar ojo en todo un año. La diferencia estaba, sin duda, en que yo no era un Fabricante de Lluvia.

Volví a meter las monedas en el jarrón y lo guardé en el fondo de un armario. Me vestí y decidí ir a refrescar mis ideas en el puente.

Conocí a gente interesante. El capitán del navío se llamaba Jim Culligan. Delgado y de talla mediana, portaba con elegancia su uniforme azul

marino. Por cada lado de su gorra de visera charolada asomaban unas espesas patillas que cubrían sus mejillas. Debía de ser una tradición en los barcos fluviales: todos los capitanes que había visto en San Luis lucían enormes patillas cortadas «a lo filo de hacha».

Dolly Dolly era la cantante de a bordo. Procedía de Londres, en donde, bajo el sobrenombre de «Dolly, voz de terciopelo», fue la estrella de un *music-hall* del Soho. Aquella inglesa debía de ser muy bonita: a su paso todos los hombres silbaban como locomotoras. Pero esos cumplidos no parecían afectarla en nada; en lugar de sonreír

para dar las gracias a aquellos señores tan galantes, adoptaba un gesto impertinente y una expresión ausente.

A bordo había también un general de caballería, acompañado de dos oficiales. Las mangas de su guerrera desaparecían bajo los galones. Sus charreteras doradas resplandecían. La primera vez que me crucé con él me pareció que aquel hombre no me era desconocido. Pero, vista mi modestísima condición, me pregunté en dónde habría podido conocerlo. Se decía que el general venía de Washington, allí había estrechado la mano del presidente. Se decían tantas

cosas en los *show-boats* que dejé de darle vueltas a la cabeza.

El señor Patrick Holloway, otro pasajero, digno representante de la fábrica de armas *Smith and Wesson*, era un hombre bajo, simpático y cortés. Siempre ceñido en un traje gris oscuro, se tocaba con un sombrero hongo negro que parecía estar clavado para siempre sobre su cráneo. Las malas lenguas murmuraban que el señor Holloway ocultaba así una lamentable tonsura. Al vender armas a una tribu, un comanche le había privado de su cabellera y, al mismo tiempo, de todas sus muestras. Según decían, si había en esta tierra un

hombre capaz de semejante broma de mal gusto con un vendedor de armas, ese hombre era, desde luego, un comanche.

Me sentía muy intrigado, lo reconozco, por Jo, el barman del *Dorado*. Lo veía siempre inquieto tras la barra, agitando frenéticamente su coctelera. Pasaba horas observándolo, pero jamás conseguí averiguar cuál era el color de sus ojos. Se agitaba tan violentamente, que el contorno de su persona se desdibujaba como el de un grabado borroso.

La vida a bordo de un *show-boat* era maravillosa.

Dormía, comía, me paseaba por el

punte, observaba el panorama...; una verdadera vida de rey.

Como el río arrastraba gruesos árboles arrancados de las orillas, sólo podíamos navegar de día. Por la noche, el barco era sólidamente amarrado a tierra, y los leñadores bajaban a la orilla con sus afiladas hachas al hombro. Las calderas sólo quemaban madera, y el jefe de máquinas aprovechaba cada parada para renovar sus reservas. Mientras resonaban en tierra los hachazos sobre los troncos, los negros de a bordo cantaban *espirituales*. Aquellas melodías, de tan cálidas entonaciones, hacían las delicias de los

pasajeros. La cadencia de esas oraciones, a la vez tristes y alegres, marcaban el ritmo a los hombres que trabajaban en la orilla. A esa hora, el piloto abandonaba la pasarela de mando para bajar al puente.

Tengo que explicar que el capitán sólo era responsable del navío cuando éste estaba parado. Durante la travesía, el jefe, después de Dios, era el piloto. Conocía cada mal paso, cada banco de arena en el que habría podido zozobrar el barco. El piloto, que se jactaba de no haber perdido jamás un solo barco, ganaba unos mil dólares al mes. Pese a todo lo que dijera el señor Gaho,

aquellos pilotos eran gente mucho más importante que nosotros.

Sí, era totalmente feliz. Sin embargo, había una sombra en mi alegría cuando pensaba en el futuro: descubrí que la fortuna del Fabricante de Lluvia no siempre crecía.

Una noche ganaba tanto que podíamos llenar su sombrero, y a la noche siguiente lo perdía todo.

El señor Gaho acabó por explicarme:

—Cuando juego una partida con los pasajeros, gano siempre. Pero en cuanto se nos une Goodeye, me lleva la totalidad de las ganancias.

Había oído hablar de Goodeye. De él se decían dos cosas: la primera, que ganaba siempre, jugando honradamente; la segunda, que cuando desenmascaraba a un tramposo en su mesa, lo mataba antes de que el otro hubiera tenido tiempo de desenfundar.

Goodeye era un jugador profesional, contratado por la Compañía de navegación para distraer a los señores pasajeros que gustaban de jugar fuerte. En realidad, Goodeye era un mote que le habían puesto los otros jugadores que trabajaban en los *show-boats* del Misisipi, por su arte en calar a los jugadores tramposos^[21]. Nadie podía

jactarse de conocer su verdadero nombre. Algunos afirmaban que Goodeye había sido detective de la Agencia Pinkerton^[22], y que había preferido utilizar sus habilidades en su propio beneficio. Siempre vestido de blanco, a la moda del sur, sólo se quitaba su sombrero de piel de castor para saludar a sus víctimas. Claro es que las saludaba un poco antes de que murieran, porque ocultaba su Derringer^[23] en el fondo del sombrero.

Había que ver deslizarse las cartas entre los largos dedos del señor Goodeye. Jamás sonreía, y sólo hablaba para decir «Paso» o «Subo cinco

centavos». Sus rasgos parecían petrificados para la eternidad. ¡Así era aquel individuo!

Con mi aire de inocencia, pregunté a mi amigo:

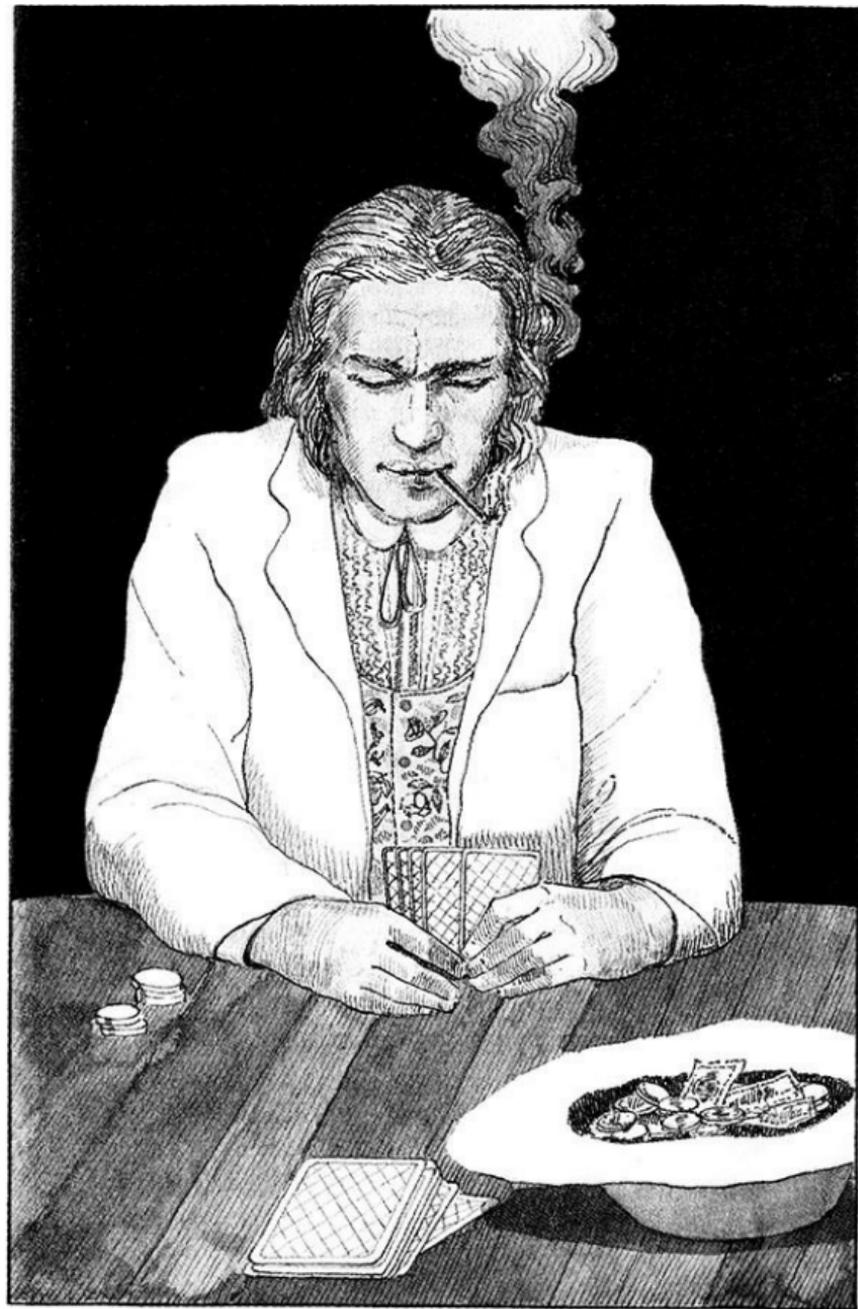
—¿Y no será que usted hace trampas con los pasajeros mientras que no se atreve a hacerlas con Goodeye?

Creí que Gigante del Viento iba a caer víctima de una congestión:

—¿Cómo te atreves a imaginar semejante cosa? ¿No sabes que para un buen cristiano la honradez es sagrada en el juego?

—Pero, señor Gaho, usted me ha dicho siempre que su dios se llamaba

Manitú; por consiguiente, usted no es cristiano. Y en estos asuntos bien podría suceder que, al fin y al cabo, su dios fuese más indulgente que el mío.



Mi seguridad pasmó a mi compañero.

—Pete, me entristece ver que me consideras capaz de una infamia tan grande.

—Pero yo no pongo en duda su honradez —le dije para su tranquilidad—. Lo que pasa es que, con tantos trucos como guarda en su saco, pensé que habría inventado algún producto químico para ganar en el juego.

Lejos de quedar apabullado por mi astuta insinuación, el Fabricante de Lluvia decidió que examinaría la cuestión. Para dejarle reflexionar en paz, me fui a dar una vuelta por el salón.

Estaba dispuesto a descubrir el misterio del color de los ojos del señor Jo, el barman.

Pero me fue imposible; seguía moviéndose, no paraba de agitar su coctelera. Preparaba una bebida para el general, acodado en la barra. Éste se acercó a mí con su vaso en la mano.

—A fe mía, muchacho, que estamos haciendo un magnífico viaje. ¿No lo crees? ¡Truenos!

Aquella exclamación evocó en mí un lejano recuerdo. Pero, como me hallaba en la imposibilidad de resolver cuál, respondí cortésmente:

—¡Tiene usted mucha razón, mi

general! Mi compañero y yo pensamos que el Misuri es un río espléndido.

El militar aprobó mi buen gusto, agitando los hilos dorados de sus charreteras, y me mostró su interés formulándome una pregunta:

—A propósito, muchacho, ¿quieres decirme cómo os ganáis la vida tu compañero y tú?

Adopté una actitud rebosante de sobrentendidos y respondí con un punto de orgullo:

—El mismo día en que embarcamos en esta cáscara de nuez nos convertimos en personas muy importantes. Si comprende lo que quiero decirle...

El general, impresionado, asintió con la cabeza y me dijo con cordialidad:

—Sí, entiendo muy bien la cosa.
¡Truenos!

No le proporcioné más detalles, considerando que no tenía por qué contarle más cosas a un extraño. Claro es que el general había dado el primer paso, pero aún no nos habíamos relacionado suficientemente.

Cuando me volví hacia el señor Jo, continuaba éste agitándose, preparando un nuevo cóctel para calmar la sed inextinguible del general. Decepcionado, me reuní con Gigante del Viento.

Mi compañero me hizo sentarme ante él y me declaró con aire de conspirador.

—Pete, tengo un plan. Esta noche dejaremos atrás la isla del Pelicano. Será nuestra última noche a bordo y, desde luego, tengo la intención de llenar hasta arriba el jarrón aquel que te mostré.

—¡Es fantástico! —exclamé—. ¿Me autoriza a que pase esta última noche en el salón?

—Concedido, muchacho —afirmó el Fabricante de Lluvia, al que por una vez parecía complacerle acceder a mi deseo.

Consumí mi impaciencia hasta la llegada de la noche viendo desfilar por estribor la orilla del estado de Misuri, y por babor la de Kentucky. Como, a fin de cuentas, aquellas dos comarcas no se diferenciaban en nada la una de la otra, me comía las uñas esperando que llegara la hora de la cena.

La campana de a bordo acabó por tener piedad de mí. Repicó tres veces y me precipité hacia el comedor.

Cuidé muy mucho de no cargarme el estómago; No quería, de ningún modo, que se me echara a perder la noche.

El barco atracó a unas millas de Fort Bellefontaine. Aquel bastión había sido

construido por los franceses en la época en que la Luisiana era suya. Aquí era donde tenían que desembarcar el general y sus dos oficiales. A la orilla esperaba ya un lando que al amanecer los conduciría al fuerte. Los soldados eran gente bien organizada.

Penetré en el salón hacia las nueve de la noche, tras los pasos de Gigante del Viento. La atmósfera de la sala estaba ya bastante cargada de humo. En el estrado, una orquesta acompañaba a Dolly Dolly, que se esforzaba en cantar entre aquella humareda. Pero los jugadores le prestaban tan poca atención como a los sonidos agrídulces de un

banjo, que un negro muy alto rascaba con más furia que un condenado.

En cuanto el señor Holloway distinguió al Fabricante de Lluvia, le gritó:

—Venga por aquí, amigo, la partida todavía no ha empezado y hay un sitio libre.

Tres pasajeros que compartían la mesa con el señor Holloway admiraban una caja de cuero negro que contenía un par de revólveres. El representante de *Smith and Wesson* llevaba siempre consigo algunas muestras, para enseñar a posibles clientes.

Sobre el rojo terciopelo del forro

del estuche, las armas causaban la admiración de los expertos. Las culatas eran de un espléndido nácar. El señor Gaho se sentó, tomó un arma en cada mano, las sopesó, comprobó su equilibrio e hizo girar los tambores. Después, tendió un revólver al señor Goodeye, que acababa de llegar.

—Vea los magníficos juguetes que fabrica la compañía del señor Holloway. ¿Qué le parecen a un experto?

El jugador tomó el arma, la hizo girar con presteza entre sus dedos, apuntó a un amorcillo alado que nos sonreía desde la pared, y murmuró

lacónicamente:

—¡Bah...!

Y se sentó a nuestra mesa sin haber sido invitado.

Aquella noche el jugador profesional no dio muestras de más conversación que de costumbre.

El representante colocó la caja negra bajo su silla, y cada uno se preparó para el póquer. Todos sacaron de sus bolsillos monedas de oro y plata, así como fajos de billetes.

El Fabricante de Lluvia ganaba desde el comienzo de la partida. Parecía, incluso, complacerse maliciosamente en superar las pujas del

señor Goodeye. Y siempre se llevaba las bazas.

A las once había llenado su jarrón, y a medianoche su gran jipijapa le servía de hucha. Los tres pasajeros masticaban nerviosamente sus cigarros apagados. El señor Holloway sudaba copiosamente. Únicamente el señor Gaho y el señor Goodeye conservaban la calma.

Hacia la una de la mañana, el señor Holloway anunció que ya no le quedaba dinero. Esto sucedía en el momento en que en el plato había más de dos mil dólares.

Aquella situación resultaba particularmente molesta: el

representante había puesto ya cuatrocientos dólares y, para tratar de salvarlos, necesitaba otros doscientos cincuenta. Propuso poner sobre la mesa su estuche de armas como garantía de la suma. Todos los jugadores aceptaron hacerle ese favor, porque el señor Holloway era realmente un hombre encantador.

Le tocaba dar al señor Goodeye, pero en lugar de distribuir las cartas permaneció inmóvil con la baraja en su mano. Todos lo miraron, sorprendidos.

Concentrado en sí mismo, el jugador profesional sopesaba el mazo mientras que sus ojos reflejaban contrariedad. El

señor Holloway fue el primero en romper un silencio que se espesaba a cada segundo.

—¿No reparte, señor Goodeye?

—Es imposible —decidió el jugador—, el juego está trucado. Falta una carta en la baraja.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó interesado un pasajero.

—¡Por el peso, señor! Esta baraja no tiene treinta y dos cartas, sino treinta y una.

Las personas de las otras mesas se habían levantado y formaban un círculo a nuestro alrededor. Un desconfiado comentó:

—Es imposible, al peso, saber que falta una carta en la baraja.

—Para usted quizás, pero no para mí.

Los ojos del señor Goodeye relampagueaban y había desaparecido su mutismo habitual.

—De todas formas, vamos a contarlas —anunció.

Y todos los presentes, subyugados, contaron con él:

—Una... dos... tres...

Mientras todos miraban las manos del señor Goodeye, yo estuve a punto de lanzar un grito: acababa de ver cómo el señor Gaho introducía una carta en el

bolsillo del señor Holloway. Goodeye no me dio tiempo a traicionar a mi compañero. Acababa de anunciar «treinta y una» y mostraba sus manos vacías. Después, súbitamente, hizo con la mano un gesto seco y, empuñando un Derringer, anunció imperturbable:

—Señores, háganme el favor de vaciar sus bolsillos sobre la mesa.

Y como si se tratara de la cosa más natural del mundo, explicó:

—Hay un tramposo entre nosotros; al hacer lo que les pido, me evitarán que mate a los cinco.

Para apoyar su petición, el señor Goodeye se quitó el sombrero con su

mano libre, lo colocó ante él y sacó el otro Derringer que llevaba sujeto por una presilla. Así, armado con dos pistolas, tenía en jaque a los jugadores.

Al ver a los presentes, cualquiera que hubiese llegado entonces habría pensado que el *Dorado* transportaba, con destino a algún museo, un cargamento de muñecos de cera. Tan sólo, en el fondo de la sala, Jo seguía agitando su coctelera. Parecía que aquel hombre vivía del «glu-glu» de las botellas.

El señor Gaho, al que nada alteraba, fue el primero en mostrar los forros de sus bolsillos. Rápidamente lo imitaron

los otros, que no quitaban los ojos de los Derringer.

El negro de la orquesta rascaba con tal fuerza su banjo que saltó una cuerda. Ante aquel ruido metálico, Dolly Dolly, atragantándose, se desplomó sobre la concha del apuntador.

Ahora los ojos estaban fijos en el señor Holloway. Lo vi hundir sus dos manos en el fondo de los bolsillos. Palideció, pero, con gran valor, colocó sobre la mesa el as de corazones.

Un «¡Ooooh!» de estupor y reprobación brotó por toda la sala, y Jo, por fin, se quedó quieto con el oído atento. El barman tenía un ojo gris

oscuro y el otro desaparecía bajo su párpado cerrado.

Concentré mi vista en la mesa fatídica. El que parecía más sorprendido de todos era el señor Goodeye. Se quedó con la boca abierta mientras su mirada iba de la carta al representante, y viceversa. Durante esa inspección, el señor Holloway tuvo tiempo de recobrase. Gimió con una vocecilla quejosa:

—No me mate, señor, le juro que soy inocente.

Tras nosotros el ruido aumentaba rápidamente. Todos discutían ásperamente para saber lo que se iba a

hacer con el cadáver. El capitán quería arrojarlo al agua, dentro de un saco, conforme a la tradición. Otros pretendían exponerlo, colgado de un obenque, a título de ejemplo. Más humano, el barman tartamudeó que era preciso meterlo en un féretro y expedirlo a *Smith and Wesson*, que se encargarían de remitir el cuerpo a la familia.

Pero el señor Holloway no estaba todavía muerto. Por el momento temblaba como un álamo bajo la tormenta. Daba pena verlo con sus dos manos alzadas por encima de la cabeza.

Mi conciencia me decía que tenía que sacarlo de aquella situación

intolerable. ¿Podía, sin embargo, condenar al señor Gaho? Seguía esperando que se denunciara a sí mismo.

Iba a pronunciarme en favor de la justicia, cuando el jugador profesional sorprendió a los allí reunidos:

—Usted se declara inocente, señor Holloway, y lo más curioso de este asunto es que no me cuesta nada creerle. Puesto que, por principio, jamás mato a un hombre cuando tengo una duda, lo dejo con vida. En lugar de enviarlo a explicarse ante Dios, lo abandono a la justicia de los hombres. Y créame, señor Holloway, no le hago ningún favor. Por lo que a mí se refiere, actuando así me

evito el riesgo de matar a un inocente. Mi alma es antes que el honor.

Por lo que decía, el señor Goodeye debía de ser muy devoto.

Varias personas aplaudieron su bello discurso, cargado de prudencia. Sin embargo, el capitán del *Dorado* apresó al representante de *Smith and Wesson* y lo encerró con dos vueltas de llave en un camarote. Lo entregaría al tribunal de San Luis.

El Fabricante de Lluvia recogió su jarrón y su sombrero-hucha y, sacándome de mi alelamiento, me dijo:

—Ven, muchacho, vamos a guardar en mi saco este dinero tan duramente

ganado.

Lo seguí de mala gana porque sabía que, una vez solos, estallaría el conflicto. Al fin y al cabo yo no tenía por qué seguir toda la vida con el Fabricante de Lluvia.

En nuestro camarote, Gigante del Viento colocó la caja negra en su gran saco de lona y vació allí también las monedas y los billetes contenidos del jarrón y del sombrero. Estaba a punto de decirle cuánto reprobaba su conducta, que podía haber causado la muerte de un hombre, cuando, a mis espaldas, se abrió de golpe la puerta. El general y sus dos oficiales se hallaban en el

umbral.

—Menuda partida, ¡truenos! —gritó el militar con aire jovial—. Quería felicitarle personalmente, señor...

—Gaho. Me llamo Gaho —replicó el Fabricante de Lluvia.

—Encantado, señor Gaho. Permítame que me presente. Soy el general Mitchum, ¡truenos! Nos conocimos cuando yo era comandante en el quinto regimiento de caballería, cuando usted se dedicaba a criar caballos.

Y, volviéndose hacia mí, el general añadió, guiñando un ojo:

—Todavía no era usted un personaje

importante. Me satisface comprobar que los dos hemos ascendido.

Entonces comprendí mi estupidez. ¡Debería haber reconocido a aquel hombre la primera vez que nos vimos en el *Dorado*! Por lo que al señor Gaho se refiere, no había tenido el placer de cruzarse con él porque el militar lo había evitado siempre.

El Fabricante de Lluvia adoptó el aire de un hombre atareado:

—Muy honrado con su visita, mi general. Pero me excusará que no pueda darle conversación. He de ocuparme de mil cosas antes de llegar a San Luis.

Cada uno de los oficiales apuntó a

Gigante del Viento con un largo revólver de caballería. Eran armas viejas, de las que utilizaban todavía los soldados. El ejército iba siempre retrasado con respecto a la moda, pero aquellos dos pistolones no dejaban de ser amenazadores.

El general no abandonó su amabilidad, acariciando la empuñadura del sable.

—Usted no me entiende, mi querido señor. Lo detengo por robo de caballos al ejército norteamericano, y por esta razón lo conduciré a Fort Bellefontaine, en donde será juzgado.

—¿Cómo? —dijo indignado Gigante

del Viento—. Jamás robé caballos al ejército. Yo le prometí cabalgaduras, y encargué a Dientes Puntiagudos, el jefe de los tejas, que se las entregara.

—No le hablo de éstas, ¡truenos! Aparte de que el tal Dientes Puntiagudos no nos entregó nunca nada. Usted lo atiborró hasta tal punto con el güisqui de la enfermería de nuestro regimiento, que intentó tomar él solo Fort Scott con uno de nuestros fusiles. Nos vimos obligados a acabar con él para no echarnos encima a toda la banda.

—¿Qué es lo que quiere de mí entonces? —preguntó Gigante del Viento, que ya estaba nervioso.

—Cuando hablo de robo me refiero a los dos caballos que el *sheriff* de Lubbock nos devolvió. ¿O es que se había olvidado de ellos?

—En absoluto —contestó el señor Gaho—. Pero usted olvida que a cambio de esos dos caballos yo dejé en su caja doscientos quince dólares y doce centavos.

—Desde luego, pero entre las ropas de Dientes Puntiagudos encontramos la nota firmada por usted. De acuerdo con sus instrucciones, transferimos ese dinero al *Universal Bank* de Dodge City. Ya ve que se llevó dos caballos del ejército sin pagarlos.

Me había olvidado por completo de aquellos doscientos quince dólares. ¿Por qué no había pasado el Fabricante de Lluvia por Dodge City para cobrarlos? Creo que el dinero no tenía para él ningún interés. Sobre todo le gustaba el riesgo. El señor Gaho apreciaba las dificultades ante las cuales podía desplegar su arte teatral.

El general proseguía, paternal:

—Digamos de pasada, ¡truenos!, que no aludiré al asunto del carro y del caballo isabelino, pues eso corresponde a los tribunales civiles. Como para nuestro negocio yo le nombré *scout*, el caso corresponde, pues, a la

jurisdicción militar.

Pero el Fabricante de Lluvia ya no escuchaba al general. Sus párpados se habían cerrado como la ranura de una hucha. Su rostro se contrajo. Yo empezaba a reconocer las menores reacciones de mi compañero: si se entregaba tan fácilmente a los militares era porque acababa de hallar una solución a sus problemas, y no por temor a los revólveres que le apuntaban.

De un golpe, Gigante del Viento se hizo dueño de la situación. Con una sonrisa burlona en los labios, dijo:

—De acuerdo. Puesto que insiste, le acompañaré a Fort Bellefontaine, y ya

verá que el resultado no es el que usted imagina.

El Fabricante de Lluvia se echó a la espalda su enorme saco y, tomándome del brazo, decidió:

—Adelante, Pete, sube. ¡Qué diablos! Vamos, chico, tenemos tantas cosas que hacer...

No terminó su frase. Recorrió la crujía a paso de carga, franqueó la pasarela y subió al lando enganchado que aguardaba en la orilla. Ordenó al sorprendido cochero:

—A Fort Bellefontaine. ¡Y rápido, tenemos prisa!

Tuve la impresión de que era

Gigante del Viento quien conducía al general ante el tribunal militar. Yo, aunque hubiera lucido charreteras de oro y hubiera tenido el honor de estrechar la mano del presidente de los Estados Unidos, habría desconfiado del Fabricante de Lluvia.

Dos pitidos desgarraron la bruma matinal. En la orilla, los hombres de la tripulación habían soltado amarras. El *Dorado* parecía despedirse de Gigante del Viento, que emprendía una nueva aventura.

Fort Bellefontaine estaba sólidamente construido. Los franceses no habían escatimado nada. Fabricado

en piedra tallada, aquel fuerte podía resistir los más temibles ataques. Su estructura maciza y sus accesos protegidos no tenían un aspecto animador: cuanto más difícil es entrar en una fortaleza más lo es, también, salir. Indudablemente, el señor Gaho estaría tomando en consideración esta última eventualidad. Dirigí una mirada hacia él...

¡Pues, no! ¡Se sonreía y admiraba la construcción!

—¡Qué magnífico fuerte! Ahora ya no se edifica con tanta solidez.

—¡Usted lo ha dicho! —aseguró el oficial, que parecía dejarse llevar por el

optimismo de su prisionero.

Al acercarnos, una corneta desgranó sus claras notas y se abrió una pesada puerta de roble. Después se cerró tras nosotros con un ruido siniestro. Nos hallábamos en un patio de grandes dimensiones, en cuyo centro se levantaba una construcción cuadrada.

Por todas partes sólo se veían hombres armados hasta los dientes. Las salidas del fuerte estaban guardadas por centinelas, y unos soldados hacían la instrucción como si fueran autómatas.

En la estancia en donde nos encontrábamos, una chimenea ocupaba todo un muro. Había algunas sillas

alrededor de una mesa. En un rincón, la bandera estrellada estaba metida en el casco de cobre de un obús. A nuestra llegada, un teniente, que escribía sentado tras la mesa, se cuadró tan rígidamente que cualquiera hubiese dicho que era un soldado de madera.

—¡Descanso! ¡Truenos! —ordenó el general, y el teniente recobró el movimiento como los demás soldados.

En el muro opuesto a la chimenea había una puerta que daba acceso a un reducto sin ventanas. En aquella pequeña habitación sólo había un tosco taburete y una tabla sobre la que se hallaba extendida una manta gris. Era el

calabozo del regimiento, destinado a los prisioneros en espera de ser interrogados.

Me compadecí del señor Gaho, pero en cuanto éste descubrió la celda, se metió en ella en tres zancadas. Colocó su saco sobre el taburete, se volvió, me dirigió una amable sonrisa y tiró hacia sí de la pesada puerta que cerraba la entrada. El general se quedó tan sorprendido de la extraña conducta de su prisionero, que maquinalmente corrió los dos enormes cerrojos de corredera. El señor Gaho introducía el desorden en el rígido ritual del ejército, pero ello no impedía que hubiera caído en la trampa

y que estuviera herméticamente encerrado en la ratonera.

El general dio órdenes:

—¡En menos de media hora quiero ver formado aquí el Consejo de Guerra en pleno! El prisionero nos robó caballos en Fort Scott. ¡Truenos! A mediodía, a más tardar, quiero que esté juzgado.

Hizo colocar dos centinelas ante la puerta de la celda, un sargento y un cabo. Después, dirigiéndose a mí, añadió:

—Y tú, chiquillo, eres libre de marcharte. A decir verdad, no sé por qué bajaste del barco. ¡Truenos!

Asumí mi voz de hombre de mundo para agradar al militar:

—Es que, mire usted, general, no quería abandonar a un hombre que me dio de comer largo tiempo. Y si quiere concederme un favor, déjeme que me quede al proceso. Estoy convencido de que mi presencia reconfortará al señor Gaho.

—¡Magníficos sentimientos, truenos! —decretó el militar, que tenía el aspecto de saber de qué hablaba—. No solamente te permito ayudar a tu compañero, sino que además voy a hacer que te traigan un tazón de café caliente.

Sentado en una silla, saboreé el humeante brebaje. ¡Mis ideas eran tan negras como el líquido de la taza! Me hacía mil preguntas. ¿Había robado esos caballos el Fabricante de Lluvia? La acusación era grave y podía suponer la pena de muerte. Siempre había oído decir que los militares no bromeaban en cuestión de caballos. Con ellos eso significaba, de entrada, doce balas en el cuerpo. Y si después se daban cuenta de que se habían equivocado, te indemnizaban con una medalla a título póstumo.

¡Siempre me había preguntado yo qué diablos podría hacer el difunto con

semejante condecoración! Debía de ser una costumbre. Los Verdaderos Hombres tenían también algunas muy curiosas.

Esa perspectiva me asustaba un poco, porque, a fin de cuentas, el asunto de los caballos no era lo más grave que cabía reprochar al señor Gaho... Pensé en el señor Holloway, encerrado en un camarote del *Dorado*...

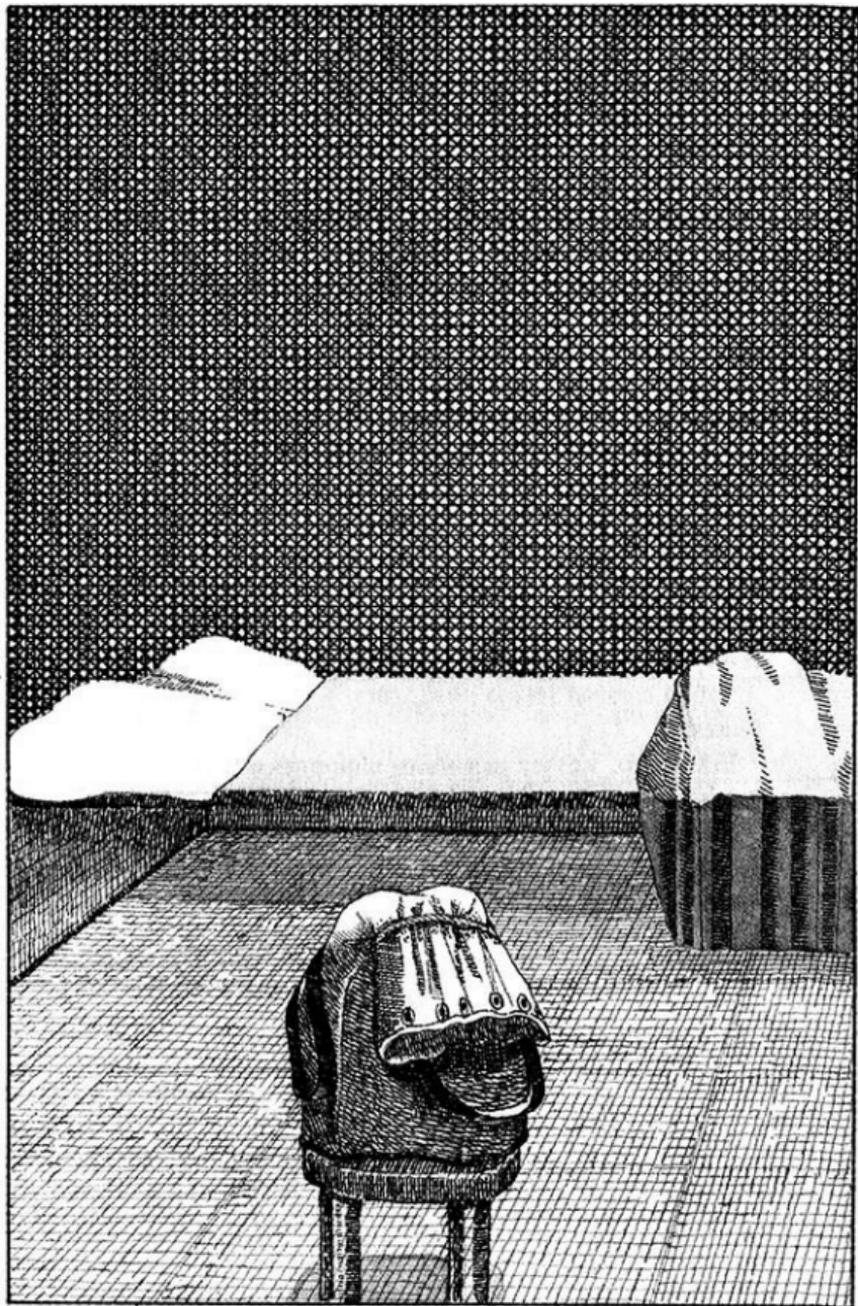
Ante aquella idea tomé una decisión y expliqué al general:

—Me molesta ser el primero en hablar, pero es indudable que su prisionero contará todo inmediatamente. El señor Holloway, el del barco, es

inocente. Fue el señor Gaho quien introdujo una carta en su bolsillo.

El militar reaccionó inmediatamente:

—¡Truenos! Te admiro, muchacho, por descargar así tu conciencia. No tengas ningún temor, ahora mismo voy a enviar un mensaje al *marshall* de San Luis para que libere al señor Holloway.



Había hecho algo bueno. Sin embargo, mis pensamientos siguieron siendo sombríos. Ahora pensaba que el tribunal se disponía a condenar a un hombre por una falta que no había cometido. Porque estaba seguro de que mi compañero no había robado los caballos del ejército, ya que éste los había recuperado. Todo me hacía pensar que el general, herido en su amor propio, no había comprendido la astucia del señor Gaho. Este astuto hombre se explicaría ante el Consejo de Guerra y sería puesto en libertad inmediatamente.

A cambio, pediría al Fabricante de Lluvia que indemnizara a la ciudad de

Lubbock por fin de la Borrasca y por el carro que se había llevado prestado. El gran saco del señor Gaho contenía dinero suficiente para resarcir al señor Kisby y a las gentes de Lubbock. Tranquilizado por fin ante la perspectiva de una reparación con respecto a aquellas buenas gentes, podría partir con mi compañero para hacer caer la lluvia en alguna otra comarca.

Con el corazón sereno asistí, pues, a los preparativos del proceso.

Eran cinco. Vestían magníficos uniformes con el sable de gala al costado. El general distribuyó los cargos:

—Capitán Kruger, usted desempeñará las funciones de juez de instrucción. Teniente Bisstrop, usted será el abogado defensor. Por lo que a usted se refiere, coronel Blood, y a usted, comandante Peters, desempeñarán el papel de jueces deliberantes.

El general se había reservado el puesto de fiscal, lo que no le iba nada mal.

El fiscal se sentó sin más preámbulos sobre la silla que tenía el respaldo más alto. ¿Acaso no desempeñaba las más altas funciones en aquel tribunal? El juez de instrucción se situó a su derecha y los dos jueces

deliberantes a su izquierda. El abogado defensor permaneció de pie, por el hecho de ser el de menor graduación y porque ya no quedaban más sillas. ¿O era porque desempeñaba la defensa del señor Gaho?

Listo, por fin, para su gran batalla, el general inició el juicio:

—¡Sargento, traiga al prisionero!

El sargento, estimando sin duda que aquella tarea era degradante para la posición que ocupaba en el ejército, transmitió la orden al cabo. Éste descorrió los cerrojos...

Como el prisionero no daba señales de vida, el cabo estiró un cuello tan

largo como el de un flamenco y metió su cabeza en la celda.

La retiró al instante. Con los ojos desorbitados, y prescindiendo de la vía jerárquica, balbuceó:

—¡Venga a ver usted mismo, mi general! ¡Es increíble!

El militar se quedó tan desconcertado por este atentado contra las ordenanzas, que acudió sin decir palabra. Su mirada recorrió la celda de arriba abajo. Sólo pudo pronunciar su sempiterno «¡Truenos!». El fiscal se secó la frente con la ayuda de un pañuelo bordado que debía de pertenecer a su mujer.

Todo el tribunal perdió su magnífica dignidad. El juez de instrucción y los demás corrieron a la celda. Me deslicé entre sus piernas y también yo me quedé atónito.

Sólo se veía, en un rincón, el saco de lona.

¡El Fabricante de Lluvia había desaparecido...!

Se produjo una desbandada entre los militares. El general gritó:

—¡Registren el fuerte desde los sótanos al granero! ¡Truenos!

El coronel Blood le hizo observar:

—Pero, mi general, no hay ventanas en esta estancia, los muros están

intactos, y la única salida da a ese despacho que usted no ha abandonado.

—¡Sé todo eso, pedazo de asno! — rugió el general—. Entonces, doble los centinelas. ¡No sé qué, pero haga algo! ¡Truenos!

Ante lo imposible, el ejército se sentía desamparado. Sabiendo perfectamente que aquello no serviría de nada, el teniente Bisstrop envió, sin embargo, todo un pelotón de caballería a recorrer los campos. Se buscó bajo la mesa, bajo el taburete, y el sargento, para dar muestras de su celo, llegó incluso a sacudir la manta.

De ella no cayó, sin embargo, ningún

Fabricante de Lluvia.

—Es preciso decir las cosas como son —resumió el capitán Kruger—. ¡Este hombre se ha evaporado!

Yo había comprendido el truco del señor Gaho. Tiré de los faldones de la guerrera del general y grité para conseguir que me oyera:

—Escúcheme, señor oficial superior. Yo sé cómo se ha volatilizado el señor Gaho...

Una losa de silencio cayó sobre la concurrencia.

Los militares se volvieron hacia mí, caminando de puntillas para no perderse ni una sola de mis palabras.

Me hicieron sentarme, me ofrecieron una nueva taza de café y el general me habló con la voz que debía de emplear para dirigirse al presidente de los Estados Unidos.

—Atiende, pequeño, cuéntanos todo lo que sepas acerca de los manejos de ese hombre. Sobre la bandera estrellada, todos los presentes te juramos que no tendrás que lamentarlo.

—Si le contara todo, no terminaría a la hora de acostarnos. Pero me limitaré a los hechos que ahora le interesan.

Suspiré hondo sin ser interrumpido por ningún comentario y comencé mi historia:

—Pues ésta es la explicación: hace algún tiempo pasamos por la tribu de los Verdaderos Hombres, cuyo jefe se llama Larga Pluma, y el brujo, Sonajero. El señor Gaho estuvo en tratos con Sonajero; intercambiaron trucos en secreto. Mi propio compañero dijo que había cambiado no sé qué por unos polvos que le vuelven a uno invisible y le permiten atravesar los cuerpos sólidos. No busquen otra explicación: el señor Gaho ha pasado a través del muro.

Si un rayo hubiera caído a los pies de aquellos militares, no se habrían quedado más sorprendidos. Pero, a fuer de sincero, pienso que ninguno de ellos

creyó en mi historia. El coronel Blood me tomó amistosamente del hombro y, tendiéndome el saco del Fabricante de Lluvia, me dijo amablemente:

—Nos has enseñado cosas muy interesantes y te lo agradecemos. Toma este saco, muchacho, te corresponde. Y ahora tienes que marcharte. Un paisano no puede permanecer tanto tiempo en un fuerte del ejército.

Cuando franquéé la puerta, oí brotar tras de mí un último «¡Truenos!». Un centinela me presentó armas; bueno, no sé, a menos que lo hiciera al capitán que me acompañaba.

Cuando estuve solo en el campo abrí

el enorme saco de Gigante del Viento. Estaba tan vacío como la cáscara de un huevo.

¡Bah! Tenía toda la vida ante mí para hacer fortuna. Silbando una vieja canción que me enseñó un buscador de oro, me puse en camino hacia San Luis. Con toda la experiencia adquirida en el curso de aquellos últimos meses malo sería que no consiguiera labrarme una posición con el algodón. Decidí hacer una visita a la compañía de los hermanos Poping y Poping.

Al cabo de unos meses quise comprobar si, por azar y a través del contacto con el señor Gaho, no habría

heredado yo algún don. Su gran saco de lona siempre me había sorprendido por la enorme cantidad de objetos que sacaba de allí.

¿Tendría yo el mismo poder que el Fabricante de Lluvia?

Me concentré y después metí en el saco una docena de chismes. Esperé una hora.

Al cabo de ese tiempo, abrí el saco y le di la vuelta. ¡Dios mío! Aquello funcionaba también conmigo: del saco cayó un pedazo de papel que yo no había puesto.

Era una nota escrita por el Fabricante de Lluvia:

«No olvides nunca, Pete Breakfast, que la honradez es el mayor tesoro». Y firmaba: «Tu amigo».

¡Me quedé de una pieza!

Notas

[1] *Breakfast* significa en inglés «desayuno». <<

[2] *Scout*: explorador, batidor de pista.
En el ejército de los Estados Unidos, los
scouts reclutados solían ser paisanos.

<<

[3] Los tejas dieron su nombre al Estado de Texas. <<

[4] *Pow-Woo*: consejo, entrevista, reunión. <<

[5] *Racoon*: mapache, ratón lavador. <<

[6] Nafta: producto líquido que se obtiene del petróleo, similar a la gasolina. <<

[7] *Peacock*: pavo real. <<

[8] Bronco: caballo indomable. <<

[9] En inglés, literalmente: Nadie. <<

[10] Sitting-Bull. <<

[11] Crazy-Horse. <<

[12] En siux, mujer. <<

[13] Dios de los siux. <<

[¹⁴] Hilo telegráfico. <<

[15] En aquella época se vendía la harina en sacos fabricados con unas telas algo más especiales, para que las mujeres las usaran después en la confección de sus vestidos. <<

[16] Este episodio es auténtico: archivos norteamericanos. <<

[17] Yellowstone. <<

[18] *Show-boats*: barcos con atracciones, casino, etc. <<

[19] Isabelino, o bayo: de color entre amarillo y blanco. <<

[20] No se trataba, naturalmente, del famoso escritor inglés, que vivió de 1564 a 1616, sino de un homónimo. <<

[21] *Good eye* significa, en inglés, buen ojo, buena vista. <<

[22] Célebre agencia de detectives cuya divisa era: «No dormimos jamás». <<

[23] Pequeña pistola de dos tiros. Con una Derringer fue asesinado e 1865 el presidente Abraham Lincoln. <<